

LA
REVISTA
MODERNA

~~1970-8~~



ALMANAQUE

PARA 1898

Numº 44



S. de la Torre

ATEU MADRID

AÑO II

MADRID 1.º DE ENERO DE 1898

NÚM. 44



La Revista Moderna

CIENTÍFICO, LITERARIO
MADRID
BIBLIOTECA

IMPRESA

20 y 22, Claudio Coello, 20 y 22.

DIRECTOR

Félix de la Torre.

ADMINISTRACIÓN

21, Claudio Coello, 21.



MIGNON.—Fotografía del Sr. Conde de Agüera.

Premiada con Medalla de Plata en el Concurso de fotografías celebrado por LA REVISTA MODERNA en Julio de 1897.

COMENTARIOS DEL AÑO

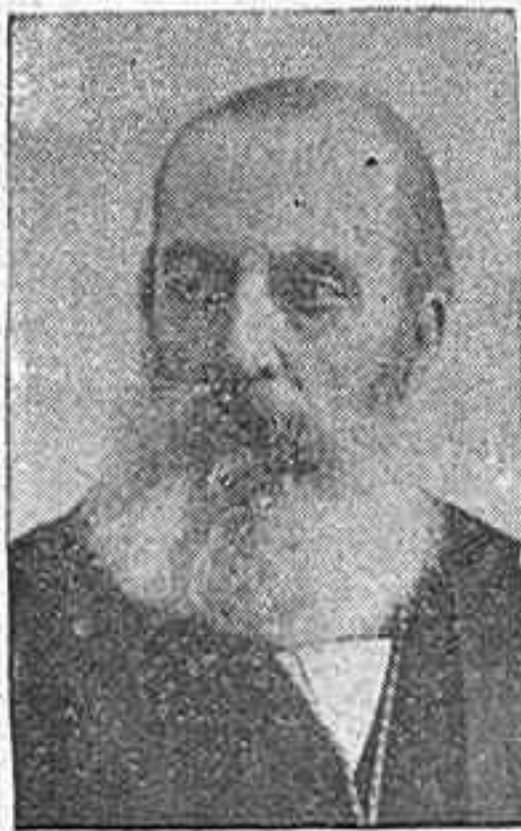
Es casi imposible recordar la infinidad de sucesos trascendentales ocurridos en este año, en el cual ha habido de todo, bueno y malo y mucho más malo que bueno. Por consiguiente, lo mejor será que fijemos un hecho característico en cada mes, ya sea un suceso político, literario ó de interés general, evocando los recuerdos y apuntándolos tal como se nos presentan, es decir, con la *perspectiva espiritual* posible al tratar de cosas tan recientes.

ENERO.—Atrae grandemente en este mes la pública atención el importantísimo discurso pronunciado por D. Francisco Silvela en la Redacción de *El Tiempo*. Puede afirmarse que ese discurso hace resaltar la figura del Sr. Silvela y dibujarse vigorosamente los contornos del partido, señalando aspiraciones y soluciones concretas y especificando las diferencias que le separan de las demás agrupaciones políticas. El partido que se hallaba en embrión es ya una criatura completa y formada.

FEBRERO.—El ingreso del gran novelista nacional D. Benito Pérez Galdós en la Academia Española, donde es recibido y contestado su discurso [por el ilustre maestro D. Marcelino Menéndez y Pelayo, es el acontecimiento más considerable del mes. Pocas veces se ha dado el caso de encontrarse juntos un artista de tan grande inspiración y un crítico de ciencia tan vasta y comprensiva. Los discursos del uno y del otro producen muy profunda sensación entre los literatos y, gracias á la prensa, en todo el público. Con Pérez Galdós entra en el vetusto recinto de la Academia una oleada de inspiración popular, netamente española, y la Academia la recibe con gusto, consagrándola por boca de su más ilustre representante, de Menéndez y Pelayo, quien, midiendo á Pérez Galdós con igual rasero que á los mayores maestros de nuestra literatura, confirma el fallo popular que ya proclamó clásico al autor de los *Episodios nacionales*.

MARZO.—La campaña del General Polavieja en Filipinas, digna de ser contada simplemente con el *veni, vidi, vici* de Julio César, demuestra y corrobora que si España tiene los mejores soldados del mundo, también posee entre sus Generales alguno digno, por su acierto en el organizar y dirigir, de figurar junto á los Molke y los Manteuffel, creadores de la táctica moderna. Los triunfos obtenidos por el General Polavieja en Cavite, son un consuelo y un respiro para la Patria, por tan continuas desgracias afligida.

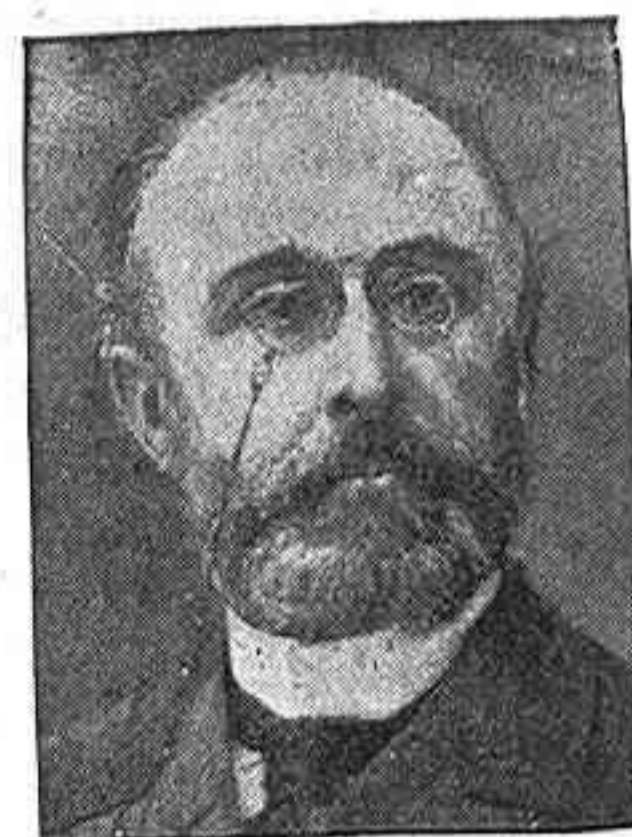
ABRIL.—El esfuerzo realizado por el General Polavieja altera gravemente su salud y continúa la campaña solo el General Lachambré, que la termina con felicidad apoderándose de Cavite y dispersando los mayores núcleos de la insurrección. Lachambré ha sabido interpretar y completar de un modo maravilloso los planes de Polavieja, dando nuevos días de glo-



nes; pero ¿quién sabe si en esto no había un poco de envidia de la felicidad que los ingleses disfrutaban?

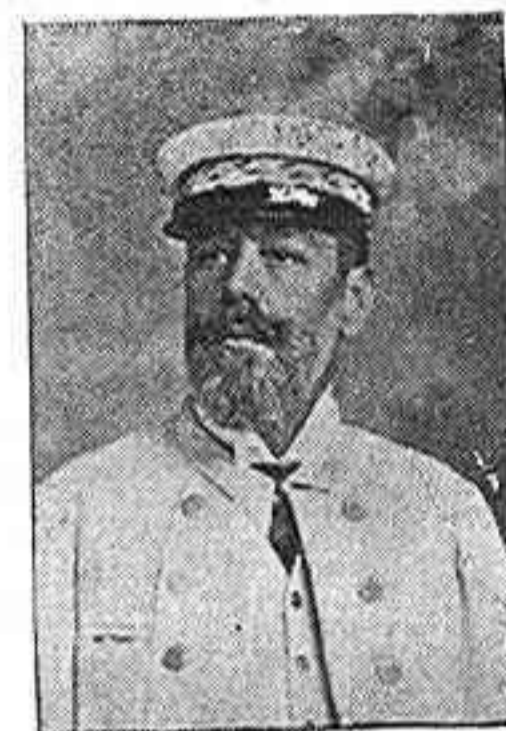
JULIO.—Un hombre de profundísimo talento, verdadera honra de la Patria, el Dr. D. José de Letamendi, falleció á principios de Julio. El Sr. Letamendi era de los excepcionales, de los que no hallan en una ni en dos ciencias campo bastante ancho para su aplicación: médico, literato, filósofo, músico, filólogo, en todo se distinguió por su grandeza y la originalidad de su pensamiento.

Tremenda sensación produce entre la gente política el discurso pronunciado por D. Segismundo Moret en Zaragoza. En él quedan claramente fijadas las soluciones que el partido liberal ofrece para el problema colonial, confirmadas posteriormente por un manifiesto del Sr. Sagasta.



ria á la Patria con sus no interrumpidas victorias.

MAYO.—Al comenzar el mes, una desgracia aflige á la literatura española y muy especialmente á la dramaturgia activa, militante: la muerte del



autor de *La Dolores*, D. José Feliú y Codina, autor que había llegado á apoderarse por completo del ánimo y de las simpatías del público, poniendo en juego siempre recursos puramente literarios y sin halagar los malos instintos de la multitud. El Sr. Feliú y Codina muere de repente, hallándose en lo más recio de la lucha y sin haber escrito aún su obra definitiva, pero dejando en pos de sí tres dramas tan notables como *La Dolores*, *María del Carmen* y *Miel de la Alcarria*.

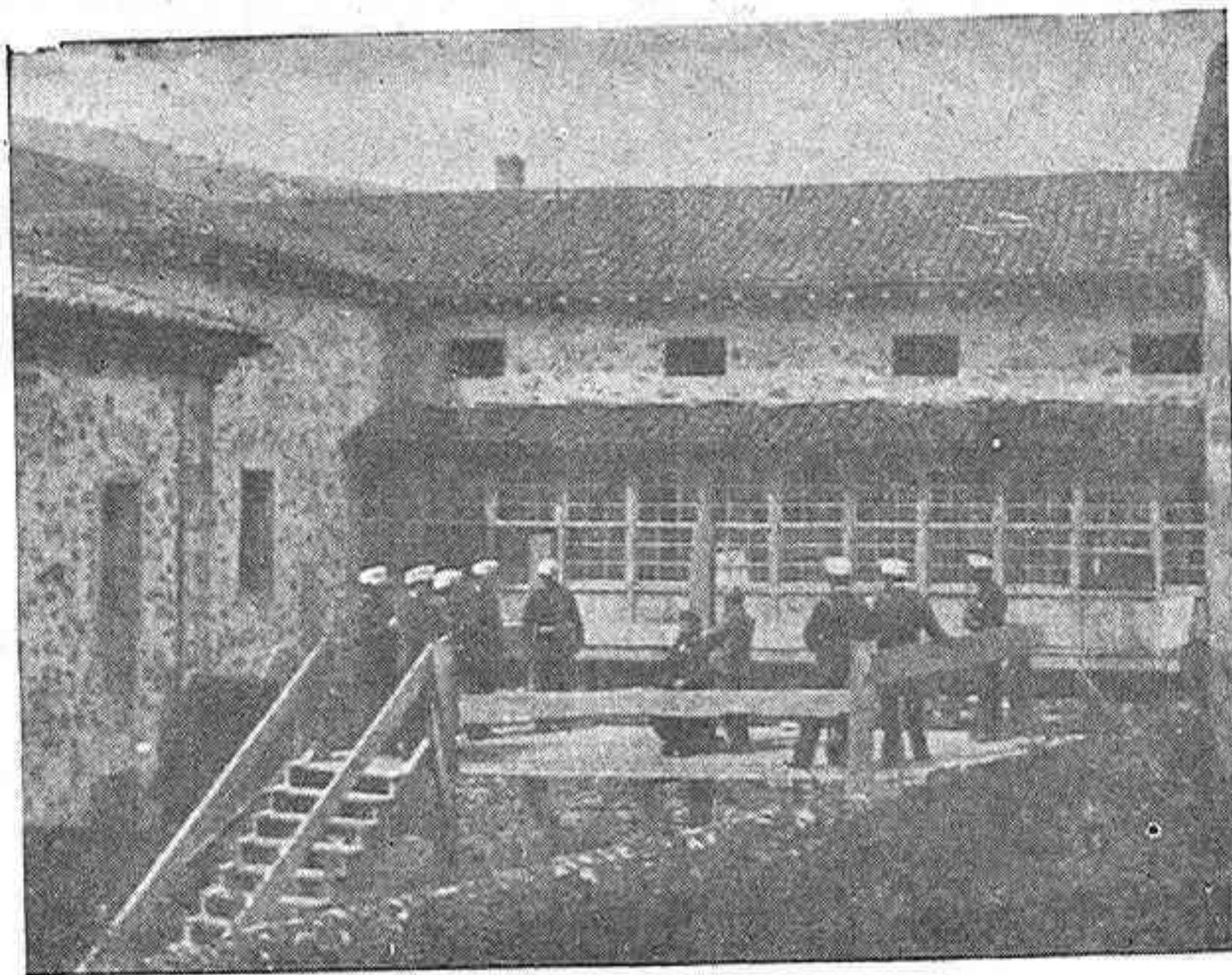
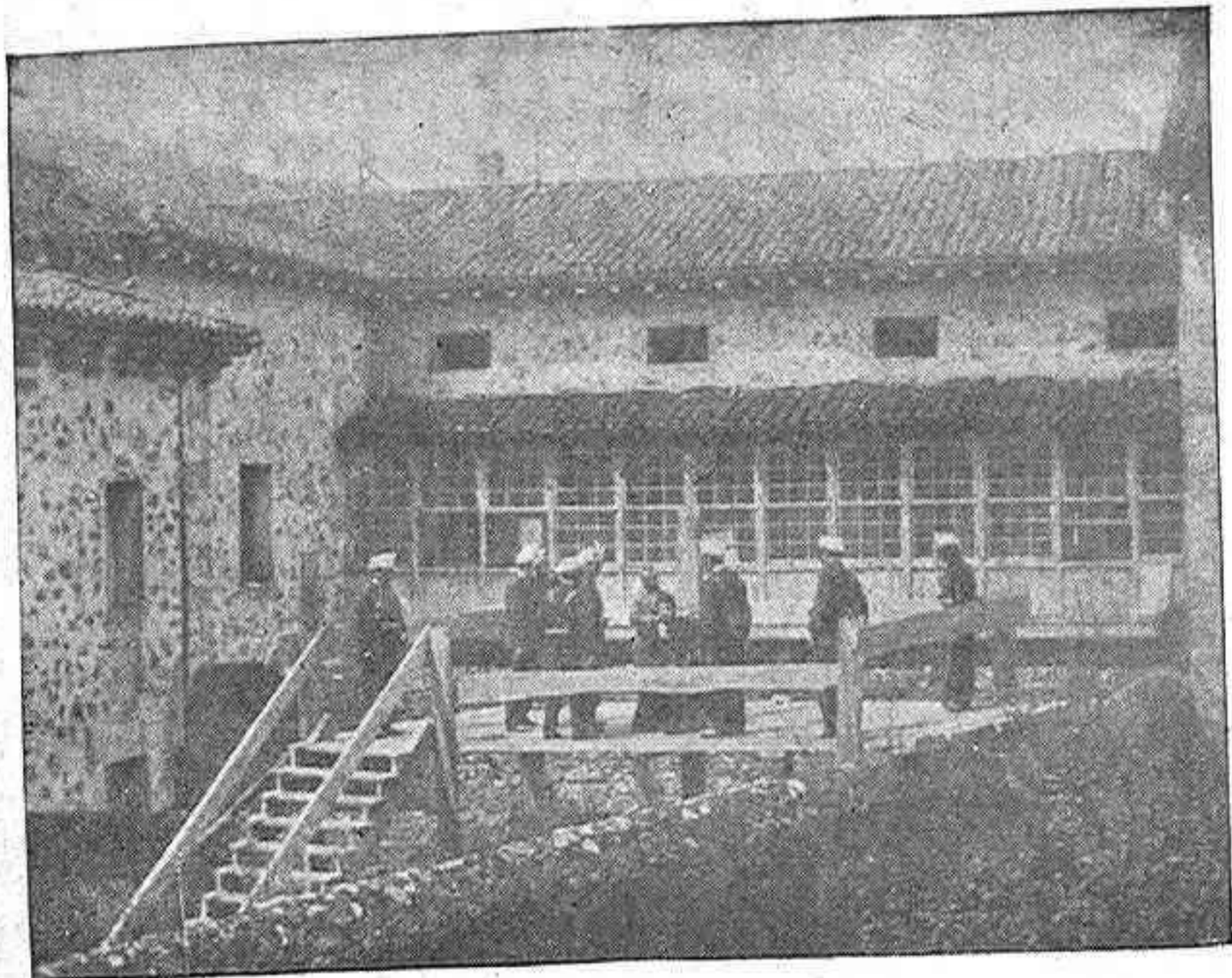
En este mes ocurre un lamentable incidente en el Senado, entre el Ministro de Estado, Sr. Duque de Tetuán, y el sabio catedrático y Senador, D. Augusto Comas. El escándalo no

puede evitarse, y como consecuencia de él se retiran de las Cámaras las minorías.

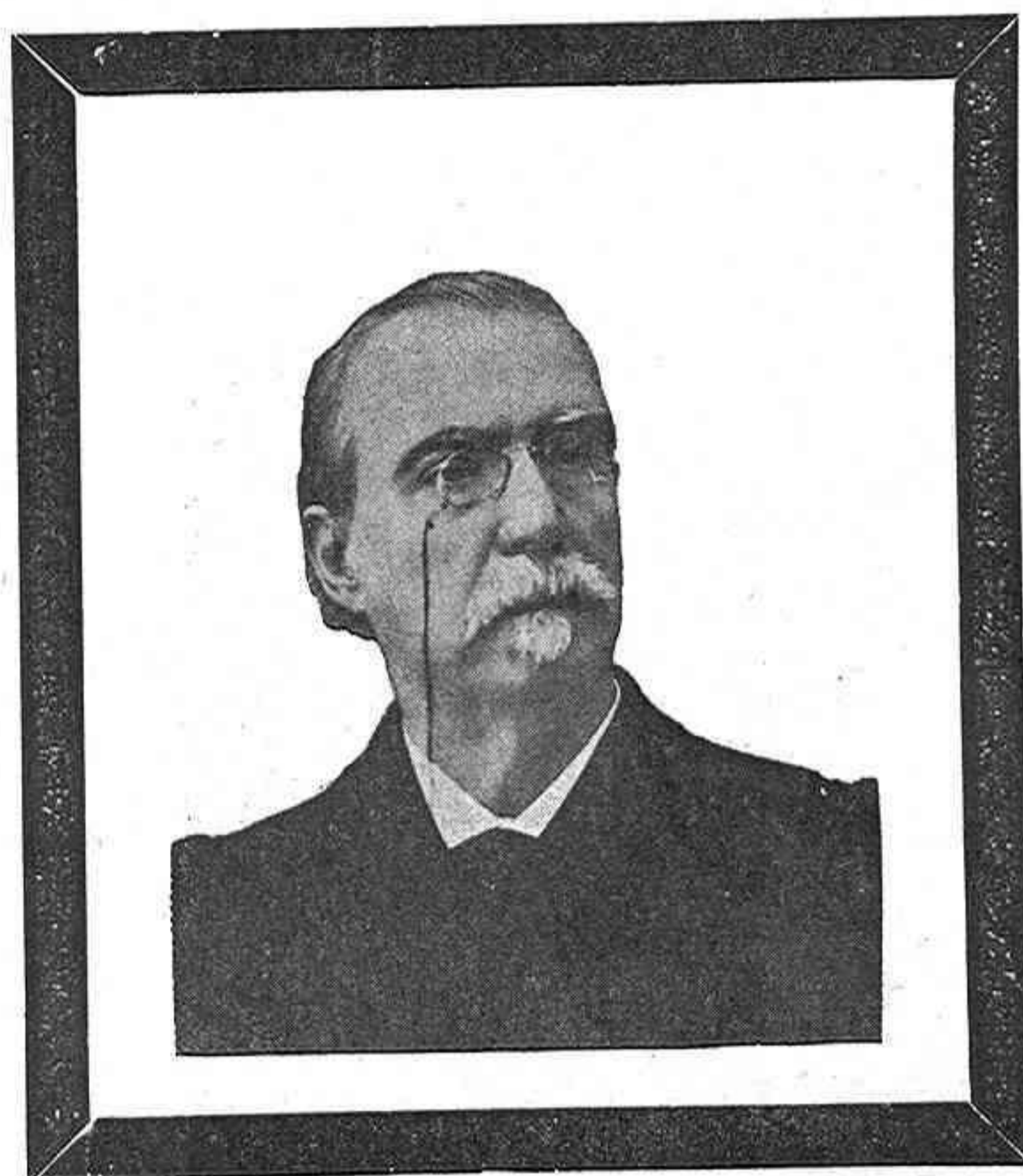
JUNIO.—Esta actitud de las minorías provoca la crisis ministerial, que se resuelve, después de largas consultas con todos los prohombres de los partidos políticos, en sentido favorable al Sr. Cánovas.

El jubileo de la Reina Victoria es el suceso que absorbe la atención de todo el mundo, con sobrado motivo. Sesenta años de reinado próspero y feliz, durante los cuales la Nación ha realizado considerables progresos en todos los órdenes de la actividad y del saber humanos, bien merecen festejos y regocijos como los que en toda Inglaterra y en sus colonias hubo. Para los extranjeros ya resultaban un poco empalagosas tantas y tan pesadas manifestaciones;





AGOSTO.—En este mes ocurre el suceso más importante del año: el asesinato de D. Antonio Cánovas del Castillo en Santa Agueda. La reprobación universal por el cobarde crimen y el horror por éste, producido, aumentan considerablemente las simpatías de todo el mundo hacia el ilustre y desdichado estadista español. Ya no es un partido político, sino la sociedad entera quien ha sido herida por las balas del asesino, y la sociedad entera lleva luto por el dignísimo magistrado de la Nación, muerto por haber arrojado con valentía y serenidad los peligros de su alto cargo y por haber cumplido severamente los deberes que éste le imponía. Nunca ha podido repetirse mejor que



un bel morir tutta una vita onora...

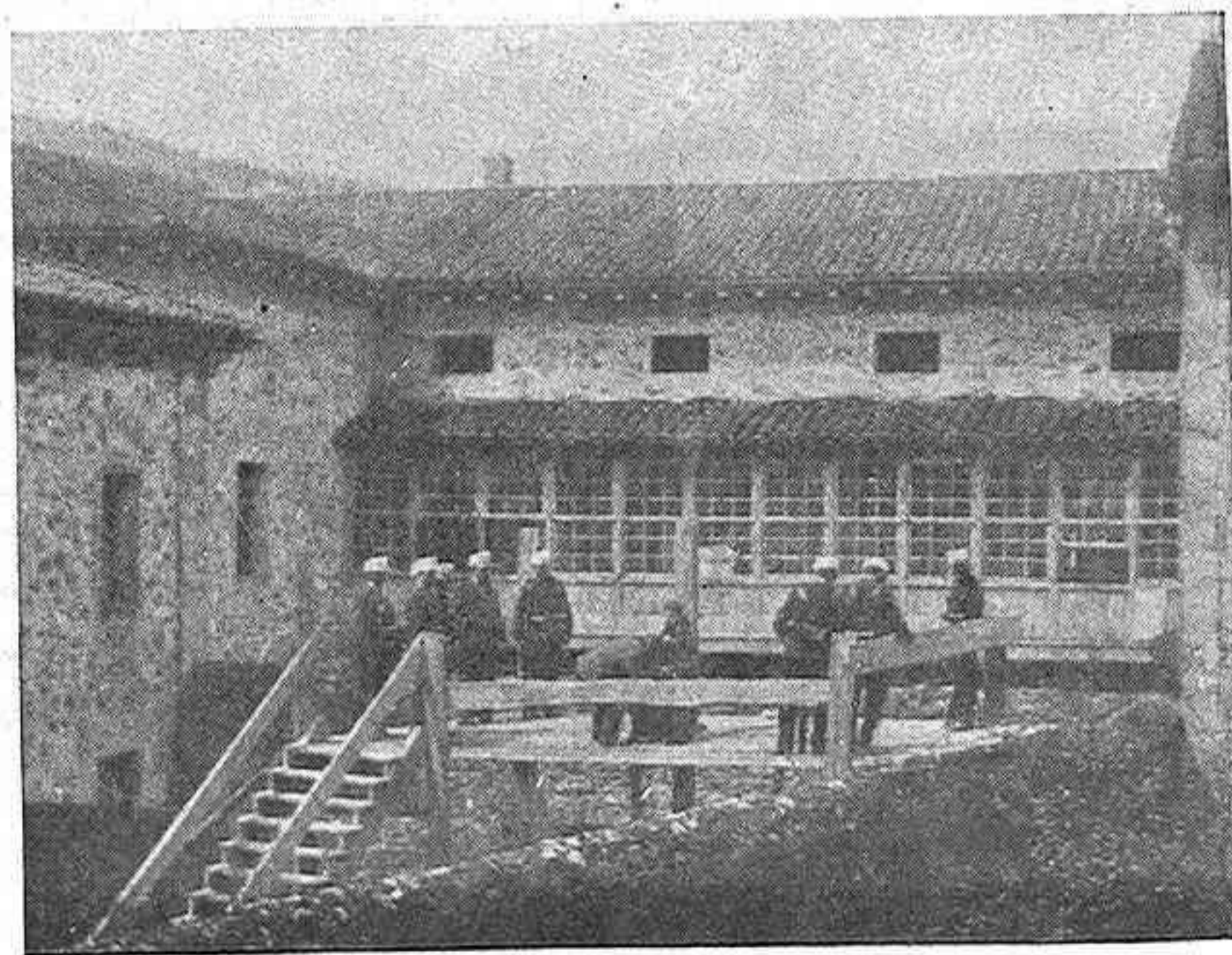
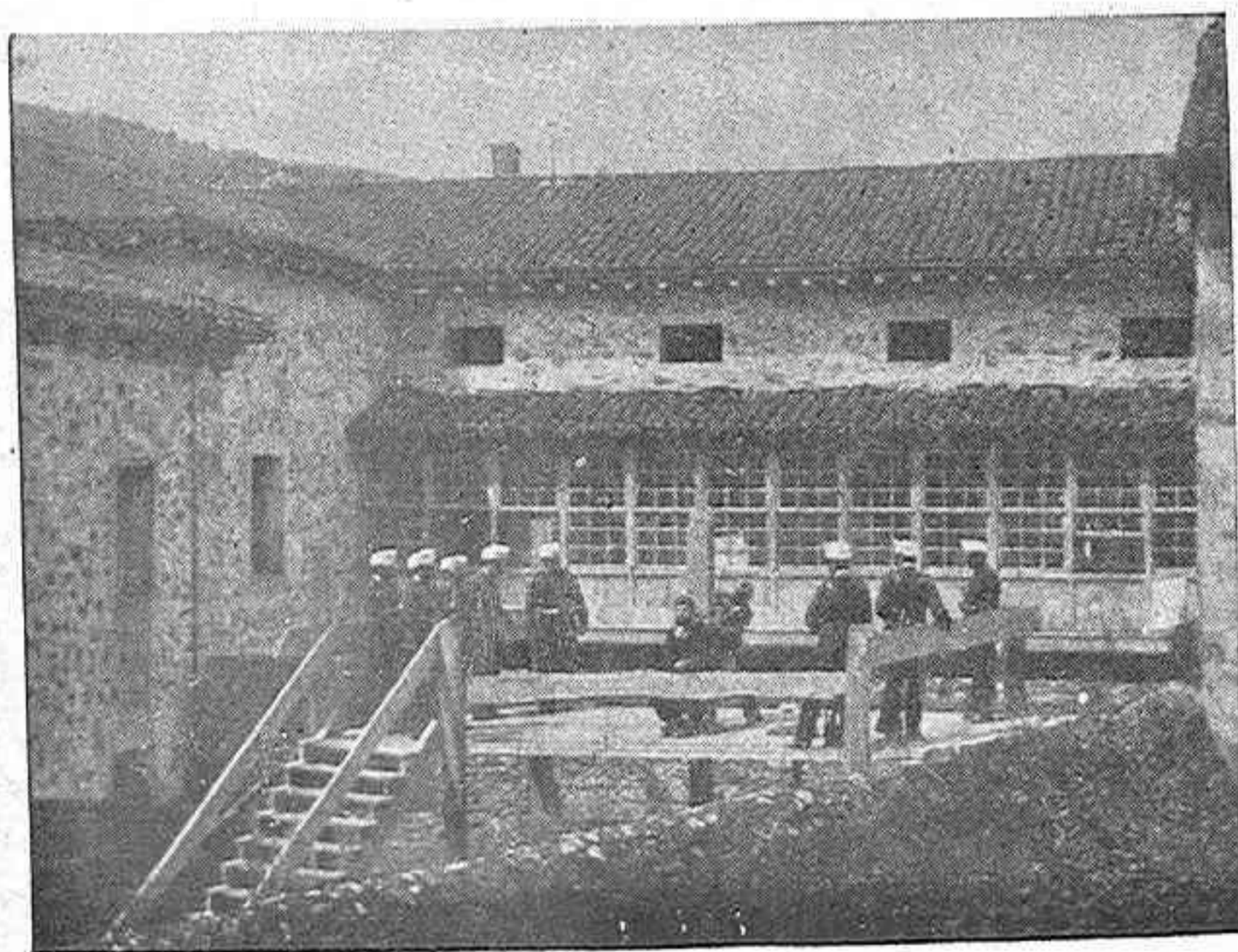
aparte que en la vida de Cánovas no hay nada que no sea honrado y digno. Su trágica muerte le vale, por lo nescillo, uno de los más sabios y virtuosos príncipes de la Iglesia, produciendo su muerte general duelo, no sólo en su diócesis, sino en toda España, donde el venerable Cardenal era muy respetado.

pronto el reconocimiento imparcial de sus altos méritos hasta por sus más encarnizados detractores, y, para lo futuro, la aureola del martirio, que muy pocos alcanzan con justicia.

Respecto del asesino las opiniones se dividen. No se trata de un loco, ni de un alucinado: es un criminal cualquiera, un asesino vulgar, y bueno es consignarlo así; como eran asesinos vulgares Ravallac y Damiens, Booth y Guittean, Oliva y Otero: seres degenerados que matan por matar, buscando un pretexto, afiliándose á una secta, pero sólo porque experimentan la necesidad del crimen.

En el mismo mes fallece

en Toledo el Cardenal Mo-



SEPTIEMBRE.—La cuestión litigiosa suscitada entre la Hacienda y el Obispo de Mallorca acerca de la posesión de bienes pertenecientes al Monasterio de Lluch, adquiere las proporciones de un verdadero conflicto, que preocupa gravemente al Gobierno y á la opinión pública. El Obispo de Mallorca, firme en su derecho y apoyándose con su autoridad como eclesiástico, declara incurso en excomunión al Ministro de Hacienda, Sr. Navarrotreverter. La cuestión queda sometida á la autoridad del Papa, lo cual no impide que sea esta una nueva dificultad para la marcha del Gobierno.

En Septiembre falleció el muy ilustrado polígrafo y académico D. Luis Vidart, persona que gozaba de generales simpatías por su vasta ilustración y por su excelente trato.

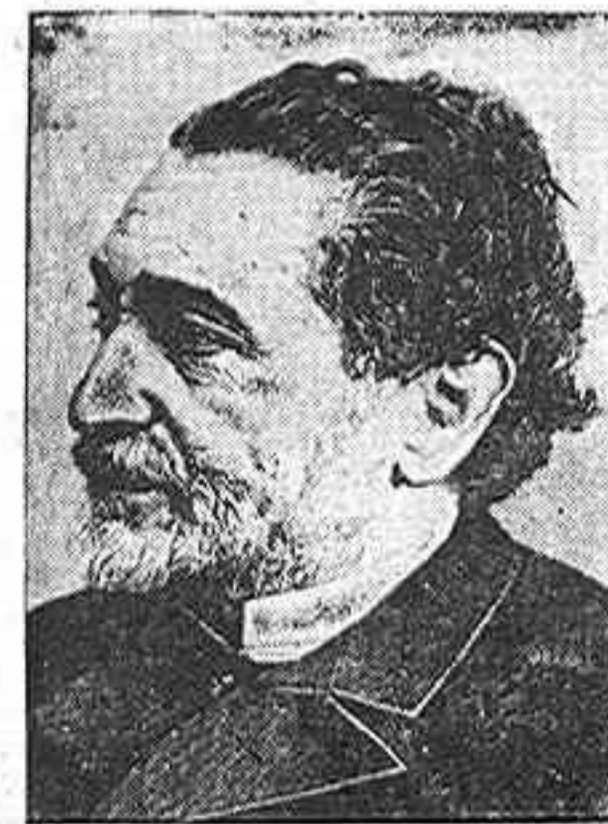
OCTUBRE.—La crisis ministerial, inevitable á causa de la desorganización producida en el partido gobernante por la muerte de su ilustre jefe, se declara y, después de una laboriosa gestación, queda formado el nuevo Ministerio presidido por el señor Sagasta. El Gobierno, en el cual se advierte la falta de algunos prohombres de la derecha del partido liberal, viene al poder con la resolución de cumplir el programa político expuesto por el Sr. Moret en su discurso de Zaragoza y por el Sr. Sagasta en su manifiesto de Avila. Esto representa un cambio radical de sistema político y militar en las colonias.

NOVIEMBRE.—En consecuencia, el Ministro de Ultramar se ocupa activamente en redactar la Constitución ultramarina, que aparece en la *Gaceta*, y el Gobierno sustituye en el mando de Cuba al General Weyler por el General Blanco. Verificanse en la Habana grandiosas manifestaciones de despedida al uno y de recibimiento al otro. La publicación de la Constitución autonómica es recibida con gran regocijo por la mayoría de los cubanos y se tiene esperanza de que su aplicación sea el fundamento inmediato de la paz, que todo el mundo desea. Esto el tiempo ha de hacerlo y decirlo.

Eusebio Blasco obtuvo un gran éxito con su libro *Co-razonadas*, poesías de gran inspiración y originalísimas por el fondo y por la forma. El libro fué universalmente aplaudido por el público y por la crítica.

En la velada aragonesa celebrada en la Asociación de la Prensa para oír al guitarrista Lapuente y al cantante Moreno, lee Blasco su poesía *Mi tocayo* y consigue una ovación entusiasta.

DICIEMBRE.—Llega á España el General Weyler, siendo su llegada y su recibimiento en la Coruña, en Barcelona y en Palma objeto de los más opuestos comentarios. Diferentes partidos solicitan el apoyo del General, quien no se pronuncia resueltamente en favor de unos ni de otros. Las vivas instancias del señor Romero Robledo parece que triunfan de la reserva de



Weyler, pero hasta el presente no ha hecho el General ningún acto ostensible que le comprometa á nada.

Estos son los sucesos más notables que hemos recordado y que definen y califican el año de 1897. Nuestro propósito no ha sido más que el de hacer reflexionar al lector sobre todos ellos, dejándole en completa libertad de juicio. Ni el año transcurrido ni otro alguno son absolutamente malos ni buenos. El tiempo no tiene la culpa de nada. Los males son culpa de los hombres: los bienes obra suya. Y, como decían los calendarios antiguos: Dios sobre todo.

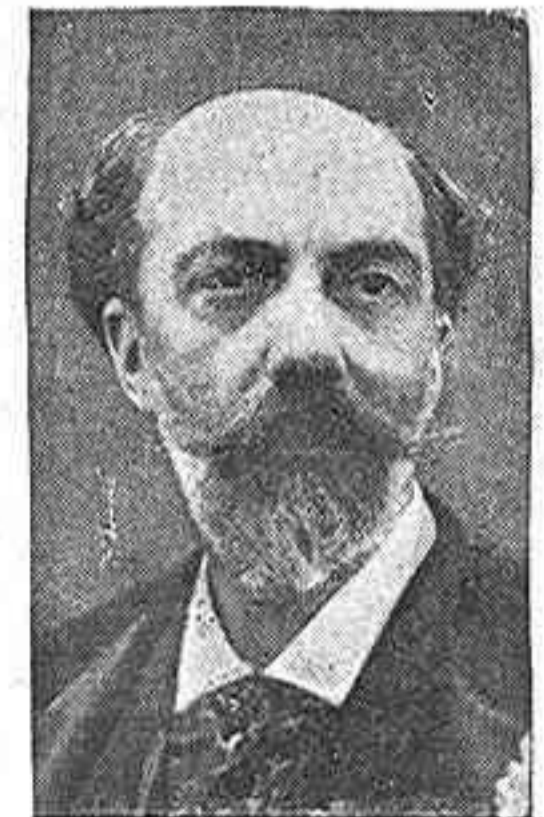
Sin embargo, los resultados del balance no son tan desastrosos como los que ofrecía el año 1896. No cabe negar que la situación política se ha despejado considerablemente con la subida al poder del partido liberal, para dar tiempo á que se reorganice el conservador y á que los sucesos y no la voluntad de los hombres, como ha acontecido siempre en estos casos, hagan resaltar la figura del jefe, que no se marca todavía con toda claridad.

En la guerra de Cuba también se nota sensible mejoría, efecto de lo quebrantada que se encuentra la insurrección, al cabo de dos años y medio de lucha, y acaso también, por más que aún es pronto para juzgar esto, por causa del anuncio del nuevo régimen colonial, sacrificio que la madre Patria ha hecho por evitar el de las vidas de sus hijos y al cual no deben ser insensibles los hombres de buena voluntad.

Finalmente, la feliz conclusión de la campaña de Filipinas, con gloria para el Ejército y sin desdoro de ningún prestigio, es la nota más viva y alegre que se puede dar en este resumen del año de 1897.

Bienvenido sea el 1898 y ojalá que al resumir los sucesos que en él ocurran, podamos deducir un saldo todavía más favorable que el presente.

L. R. M.



ENERO

LA FUENTE

En lo más obscuro
de la espesa alameda sombría
donde apenas el sol penetraba,
con ritmo inseguro,
la fuente armoniosa cantaba y reía,
reía y cantaba.

Pasado el estío,
y al caer de las áridas hojas,
y al quedarse los troncos desnudos,
llegó el cierzo frío
gimiendo tristezas, llorando congojas
con silbos agudos.

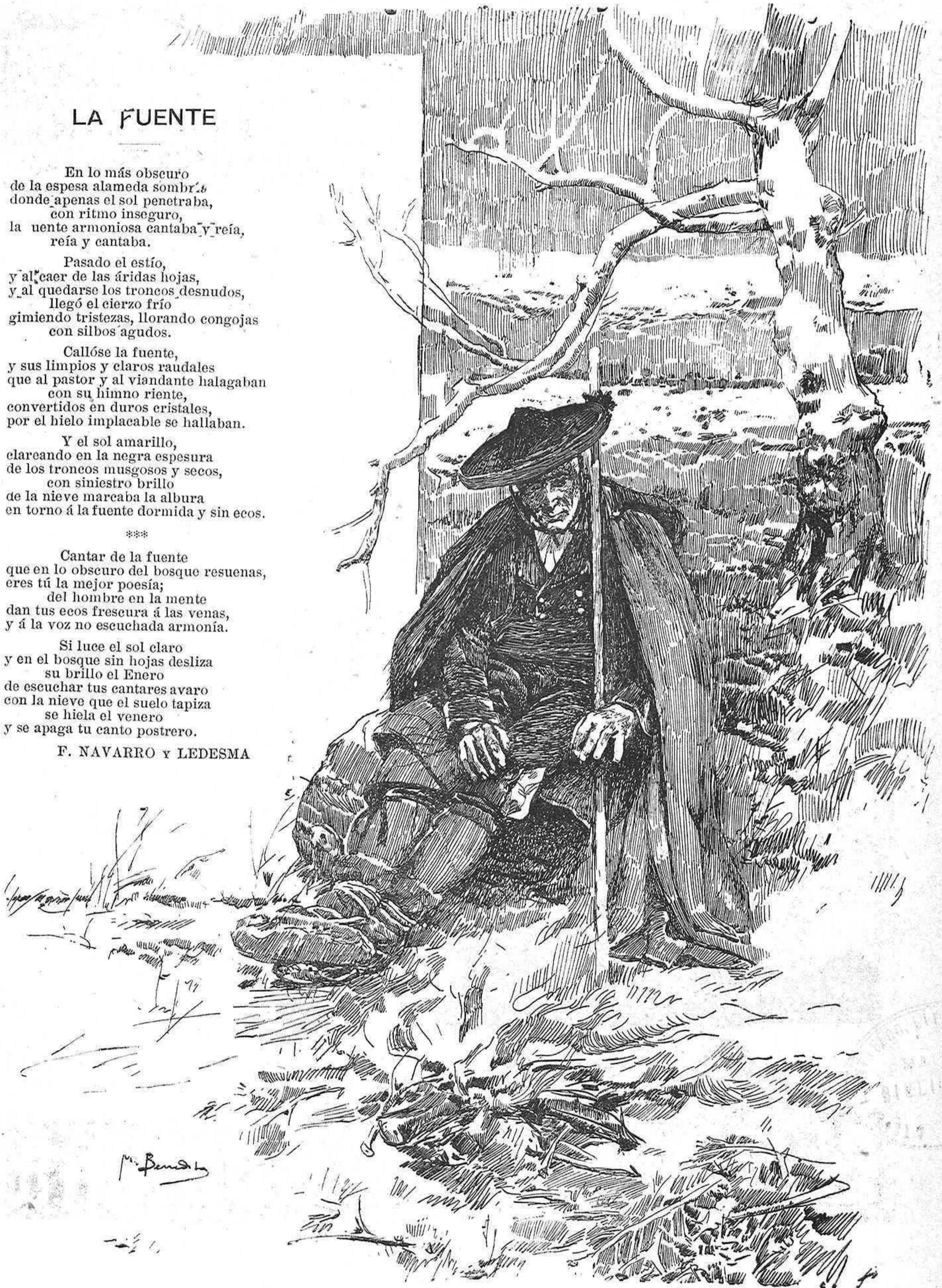
Callóse la fuente,
y sus limpios y claros raudales
que al pastor y al viandante halagaban
con su himno riente,
convertidos en duros cristales,
por el hielo implacable se hallaban.

Y el sol amarillo,
clareando en la negra espesura
de los troncos musgosos y secos,
con siniestro brillo
de la nieve marcaba la albura
en torno á la fuente dormida y sin ecos.

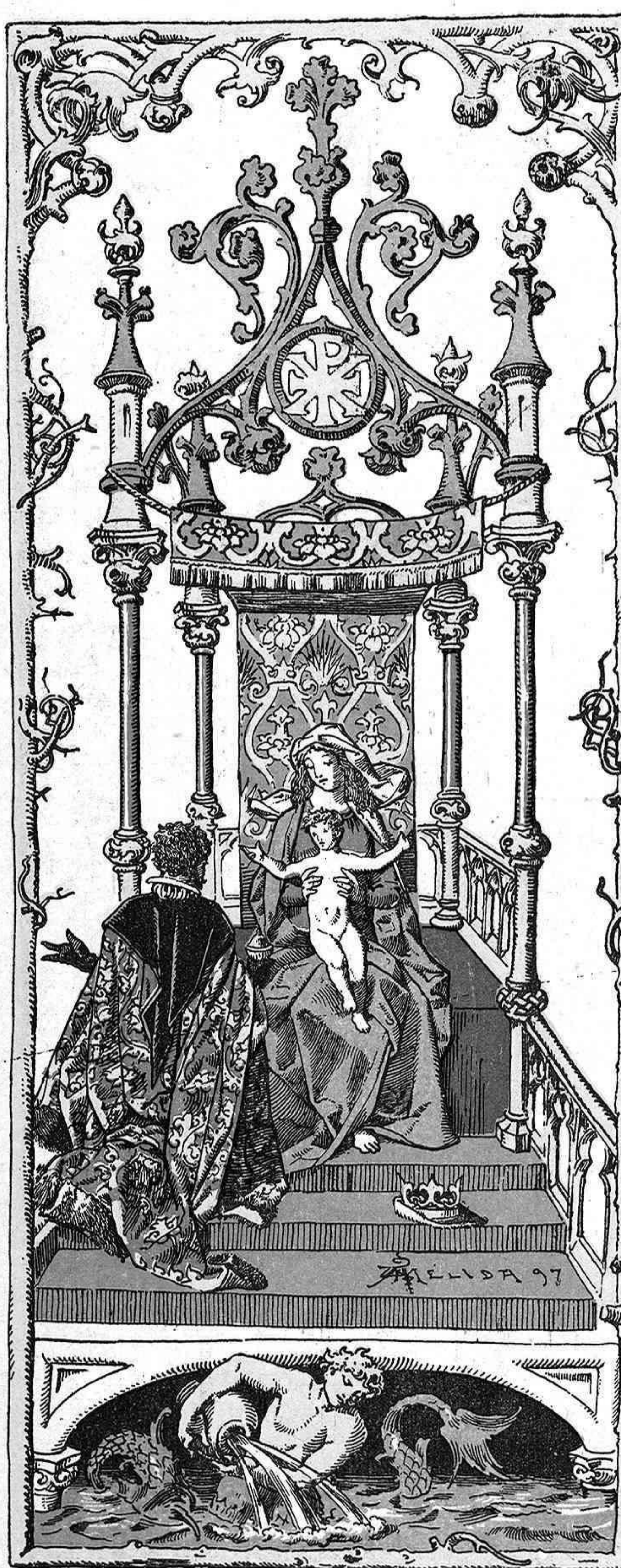
Cantar de la fuente
que en lo obscuro del bosque resuenas,
eres tú la mejor poesía;
del hombre en la mente
dan tus ecos frescura á las venas,
y á la voz no escuchada armonía.

Si luce el sol claro
y en el bosque sin hojas desliza
su brillo el Enero
de escuchar tus cantares avaro
con la nieve que el suelo tapiza
se hiela el venero
y se apaga tu canto postrero.

F. NAVARRO y LEDESMA



M. Benedit



AVILA

31 DÍAS Consagrado al Niño Jesús.

- 1 Sáb. † LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR.
- 2 Dom. Stos. Macario é Isidoro de Antioquía.
- 3 Lun. Santa Genoveva y San Daniel.
- 4 Mar. Santos Aquilino y Tito.
- 5 Miér. San Telesforo y Sta. Apolinaria.
- 6 Juev. † LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES Melchor, Gaspar y Baltasar.
- 7 Vier. Santos Julián, Félix y Jenaro.

Eclipse parcial de Luna, visible en España.

- 8 Sáb. San Luciano y Santa Gúdula.
- 9 Dom. San Julián y Santa Basilisa.
- 10 Lun. Santos Juan Bueno y Gonzalo.
- 11 Mart. Santos Higinio y Teodosio.
- 12 Miér. Santos Benito y Victoriano.
- 13 Juev. Santos Gumersindo y Leoncio.
- 14 Vier. San Hilario y Santa Macrina.
- 15 Sáb. Santos Pablo, Mauro y Benito.
- 16 Dom. El Dulce Nombre de Jesús, San Fulgencio y Santa Priscila.
- 17 Lun. San Antonio, abad.
- 18 Mart. La Cátedra de San Pedro en Roma, Santas Prisca y Margarita.
- 19 Miér. Santa Sara y San Canuto.
- 20 Juev. Santos Fabián y Sebastián.
- 21 Vier. Santa Inés y San Eulogio.
- 22 Sáb. Santos Anastasio y Vicente.

Eclipse total de Sol, invisible en España.

- 23 Dom. † SAN ILDEFONSO y S. Raimundo.
- 24 Lun. Ntra. Sra. de la Paz y San Timoteo.
- 25 Mar. La Conversión de San Pablo.
- 26 Miér. San Policarpo y Santa Paula.
- 27 Juev. Sta. Eulalia y San Juan Crisóstomo.
- 28 Vier. Santos Julián, Cirilo y Tirso.
- 29 Sáb. Santos Valero y Francisco de Sales.
- 30 Dom. Santos Hipólito y Lesmes.
- 31 Lun. San Pedro Nolasco y Santa Marcela.

AVILA

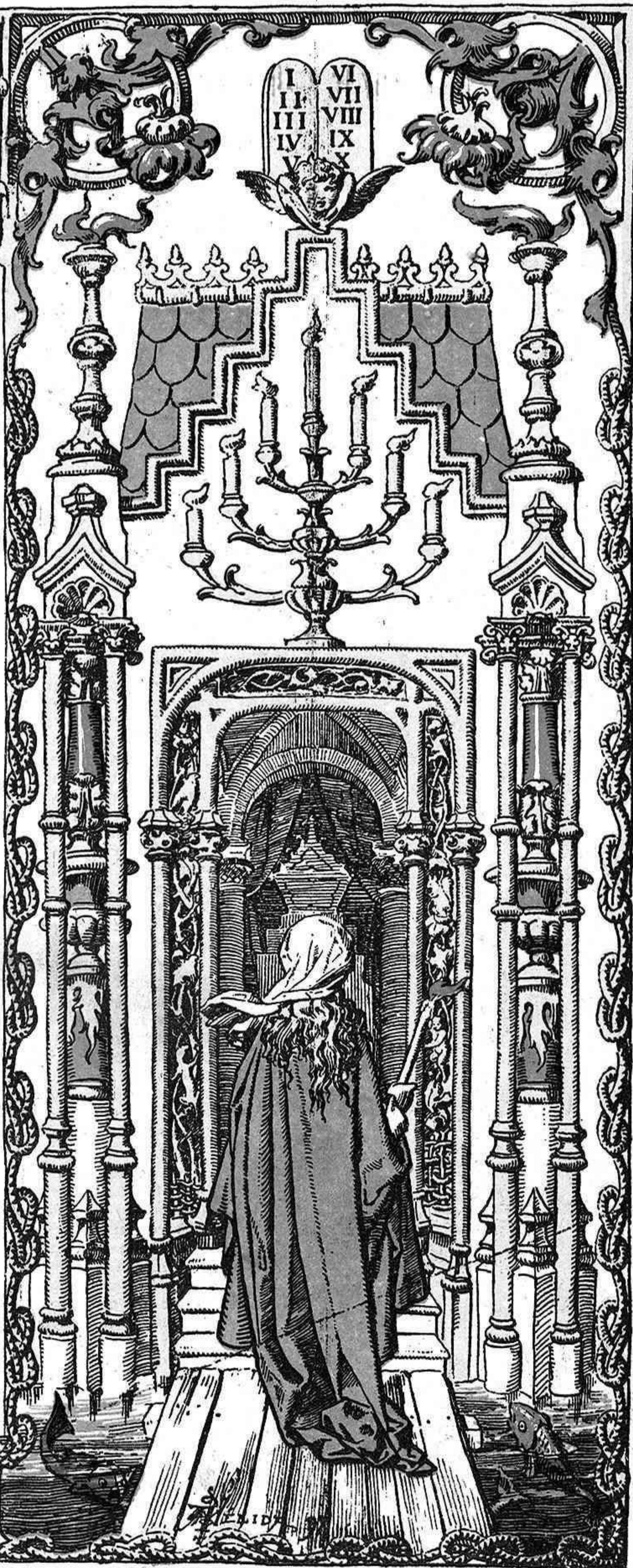
FEBRERO

28 DÍAS

Consagrado a la Purificación de Nuestra Señora.

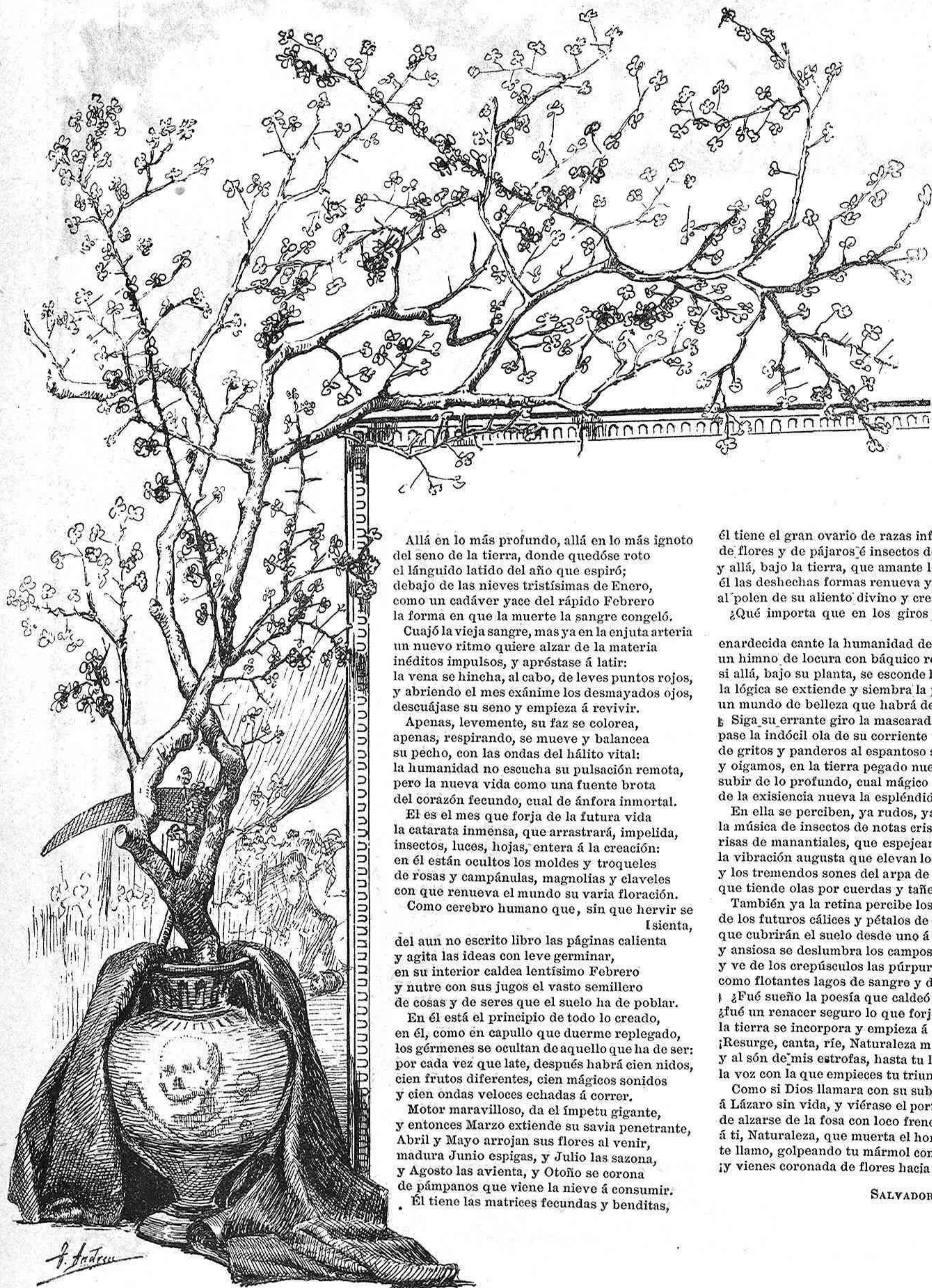
- 1 Mar. Stos. Ignacio, Severo, Pablo y Efrén.
- 2 Miér. † LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA, Santa Feliciana y S. Cándido
- 3 Juev. El Beato Nicolás Longobardi, Santos Blas é Hipólito.
- 4 Vier. Santos Andrés Corsino y José.
- 5 Sáb. Santa Agueda y S. Albito.
- 6 Dom. *de Septuagésima*.—Santa Dorotea.
- 7 Lun. San Romualdo y Santa Juliana.
- 8 Mar. Stos. Dionisio, Emiliano, Sebastián y Juan de Mata.
- 9 Miér. Sta. Apolonia y S. Donato.
- 10 Juev. Sta. Escolástica y S. Jacinto.
- 11 Vier. Santos Saturnino, Lázaro, Desiderio y Martín.
- 12 Sáb. Santa Eulalia, Santos Eugenio y Damián.
- 13 Dom. *de Sexagésima*.—Santa Catalina.
- 14 Lun. Santos Valentín y Vidal.
- 15 Mar. Santos Severo, Cástulo y Lucio.
- 16 Miér. Stos. Elías, Isaías, Jeremías y Julián.
- 17 Juev. Stos. Alejo y Julián de Capadocia.
- 18 Vier. Santos Simeón, Máximo y Claudio.
- 19 Sáb. Santos Conrado y Gabino.
- 20 Dom. *de Quincuagésima (Carnaval)*.—Santos León y Eleuterio, Stas. Irene y Paula.
- 21 Lun. Stos. Maximiano, Félix y Severiano.
- 22 Mar. Santos Pascasio y Austión, Sta. Margarita.
- 23 Miér. *de Ceniza*.—Santa Marta y San Florencio.
- 24 Juev. Stos. Matías y Modesto.
- 25 Vier. Stos. Cesáreo y Valero.
- 26 Sáb. Stos. Alejandro y Fortunato.
- 27 Dom. *I de Cuaresma, - Cuadragésima*.—Stos. Baldomero y Lázaro.
- 28 Lun. Stos. Basilio y Justo.

MARZO



LIBRERIA
P. P. P.

FEBRERO



Allá en lo más profundo, allá en lo más ignoto del seno de la tierra, donde quedóse roto el lánguido latido del año que espiró; debajo de las nieves tristísimas de Enero, como un cadáver yace del rápido Febrero la forma en que la muerte la sangre congeló.

Cuajó la vieja sangre, mas ya en la enjuta arteria un nuevo ritmo quiere alzar de la materia inéditos impulsos, y apréstase á latir: la vena se hincha, al cabo, de leves puntos rojos, y abriendo el mes exánime los desmayados ojos, descuájase su seno y empieza á revivir.

Apenas, levemente, su faz se colorea, apenas, respirando, se mueve y balancea su pecho, con las ondas del hábito vital: la humanidad no escucha su pulsación remota, pero la nueva vida como una fuente brota del corazón fecundo, cual de ánfora inmortal.

El es el mes que forja de la futura vida la catarata inmensa, que arrastrará, impelida, insectos, luces, hojas, entera á la creación: en él están ocultos los moldes y troqueles de rosas y campánulas, magnolias y claveles con que renueva el mundo su varia floración.

Como cerebro humano que, sin que hervir se
Isienta,
del aun no escrito libro las páginas calienta y agita las ideas con leve germinar, en su interior caldea lentísimo Febrero y nutre con sus jugos el vasto semillero de cosas y de seres que el suelo ha de poblar.

En él está el principio de todo lo creado, en él, como en capullo que duerme replegado, los gérmenes se ocultan de aquello que ha de ser: por cada vez que late, después habrá cien nidos, cien frutos diferentes, cien mágicos sonidos y cien ondas veloces echadas á correr.

Motor maravilloso, da el ímpetu gigante, y entonces Marzo extiende su savia penetrante, Abril y Mayo arrojan sus flores al venir, madura Junio espigas, y Julio las sazona, y Agosto las avienta, y Otoño se corona de pámpanos que viene la nieve á consumir.

El tiene las matrices fecundas y benditas,

él tiene el gran ovario de razas infinitas, de flores y de pájaros é insectos de color; y allá, bajo la tierra, que amante lo recata, él las deshechas formas renueva y las dilata al polen de su aliento divino y creador.

¿Qué importa que en los giros del Carnaval:

Iardiente

enardecida cante la humanidad demente un himno de locura con báquico reír, si allá, bajo su planta, se esconde la armonía, la lógica se extiende y siembra la poesía un mundo de belleza que habrá de resurgir?

¡Siga su errante giro la mascarada humana; pase la indócil ola de su corriente vana de gritos y panderos al espantoso són, y oigamos, en la tierra pegado nuestro oído, subir de lo profundo, cual mágico sonido, de la existencia nueva la espléndida canción.

En ella se perciben, ya rudos, ya divinas, la música de insectos de notas cristalinas, risas de manantiales, que espejeando van; la vibración augusta que elevan los pinares y los tremendos sonos del arpa de los mares, que tiende olas por cuerdas y tañe el huracán.

También ya la retina percibe los colores de los futuros cálices y pétalos de flores que cubrirán el suelo desde uno á otro confín, y ansiosa se deslumbra los campos recorriendo, y ve de los crepúsculos las púrpuras ardiendo como flotantes lagos de sangre y de carmín.

¿Fue sueño la poesía que caldeó mi frente? ¿fue un renacer seguro lo que forjó la mente? la tierra se incorpora y empieza á palpar. ¡Resurge, canta, ríe, Naturaleza muda; y al són de mis estrofas, hasta tu labio acuda la voz con la que empieces tu triunfo á celebrar!

Como si Dios llamara con su sublime acento á Lázaro sin vida, y viérase el portento de alzarse de la fosa con loco frenesí, á tí, Naturaleza, que muerta el hombre mira, te llamo, golpeando tu mármol con mi lira, ¡y vienes coronada de flores hacia mí!

SALVADOR RUEDA

J. Andreu



LA RIQUEZA OCULTA

En toda la provincia de Palencia era conocido por su avaricia el tío Maleta, habitante y natural de Villarroja, pueblo de los más insignificantes de Castilla. Su padre, tan avaro como él, había traído de América una gran fortuna, y al heredarla el tío Maleta, vendió las numerosas fincas que en los contornos de Villarroja poseía, reduciéndose á vivir en la peor de las casas de su padre y con tales estrecheces, que aun siendo de condición miserable todos sus convecinos, chocaba y era objeto de generales censuras su excepcional tacañería.

El cura de Villarroja, con quien paseaba frecuentemente, le censuraba á veces aquella manera de vivir, cuando, según todos los antecedentes, debía poseer una regular fortuna; pero el tío Maleta hacía oídos de mercader á las cariñosas excitaciones del párroco.

Un día éste se atrevió á decirle:

—Las riquezas las da Dios para hacer el bien; tú vives como el último pobre, y el mejor día puede el Altísimo privarte de una fortuna que de nada te sirve, y colocarte realmente en la situación miserable que has adoptado de un modo voluntario y por tu codicia.

—¡Perder yo mi dinero!—contestó iracundo á aquellas palabras que le habían parecido una amenaza.—No puede ser. El que lo tiene en fincas, lo pierde porque viene el granizo y la sequía y le arruinan. El que lo tiene en papel del Estado, como el médico, se encuentra con que los fondos bajan, y se le queda el capital en la mitad ó en nada. Y en cuanto al que se mete en negocios, no hay para qué decir lo expuesto que anda. Pero yo lo tengo en oro, señor cura, y enterrado, sistema antiguo, y si no es con la muerte no me lo puede quitar Dios, ni siquiera mermarlo. En cuanto á un robo, no hay cuidado, está bien guardado, que sólo mi hijo sabe el sitio, y éste claro es que guarde el secreto como yo, por la cuenta que le tiene. Ahora dice el alcalde que viene aquí uno de esos investigadores de la riqueza oculta que manda el Gobierno. A mí que venga. Que investigue la mía.

El tono de desafío á la Providencia que había en las palabras del tío Maleta hizo que el cura variase de conversación, limitándose á decir con aire familiar y cariñoso:

—Hay investigadores y también investigadoras.

El tío Maleta no entendió lo que el sacerdote quería decir en esta frase, y aquella noche contó y recontó los saquitos llenos de onzas de oro que la avaricia había reunido en un desván de su desventajado tugurio, diciendo de cuando en cuando, y como si todavía estuviera delante del cura:—Perderlo, ¿eh? Como no haya un terremoto y nos trague á todos.

No habían pasado muchos días cuando el tío Maleta se sintió enfermo, y temeroso de que cualquier persona que entrara á asistirlo diese casualmente con su dinero, llamó á su hijo, que residía en Valladolid, estudiando la carrera de comercio, según decía su padre, pero en realidad de dependiente de una tienda de ultramarinos, donde tenía por único sueldo la comida.

Tomás, que así se llamaba el hijo del tío Maleta, acudió presuroso al llamamiento paterno; pero no era aquel Tomás el que salió un día de la aldea con un chaquetón de paño pardo, un sombrero de alas anchas y unos borceguíes blancos. Regresaba el chico vestido de paño fino, con sombrero cordobés, pantalones ceñidos y de mejor tela que los del médico de Villarroja, único figurín de la elegancia que se conocía en aquellos contornos, y hasta lucía, para sujetar la corbata y en los dedos, anillos con piedras que, si eran legítimas, valían un dineral. El tío Maleta pidió explicaciones de aquella transformación, y Tomás las dió satisfactorias: el comercio producía mucho cuando se tenía habilidad, y en Valladolid era preciso vestir con lujo para hacer fortuna.

El chico fué la admiración de los mozos del pueblo por unos días, y no dejaban de mirarle las mozas con cierta complacencia; sólo el cura se atrevió á decirle, el primer día que le vió con el traje y modales de un torero:—Chico, en malos pasos debes andar tú en Valladolid.

La enfermedad del tío Maleta no era grave; pero según el médico, debía estar muchos días en el lecho y sin poderse mover. Se trataba de un reuma en las piernas, y el Galeno de Villarroja, que sabía que el tío Maleta no había de darle un cuarto, ni menos se lo había de gastar en medicina, recetó como único remedio un cambio atmosférico para cuando la divina Providencia tuviera á bien realizarlo.

—En mudando el tiempo está Ud. bueno—dijo al tío Maleta,—y no volvió á visitarle.

Como la enfermedad se prolongaba y el tiempo no tenía trazas de variar, Tomás convenció á su padre de que tenía que ir de cuando en cuando á Valladolid, porque su principal no podía estar solo tanto tiempo, ni la tienda abandonada. El tío Maleta, previa la condición de que el *principal* de Tomás pagase los viajes, accedió á que su hijo viniera á verle un día á la semana, y entretanto la asistencia quedaría encomendada á un chiquillo de corta edad, cuya inocencia era garantía de que no trataría de buscar las onzas que el enfermo atesoraba.

Yendo y viniendo Tomás á la antesala de la corte se pasó un mes, sin que el tío Maleta recibiera la medicina atmosférica, en cuya eficacia creía ciegamente, porque, entre otras razones, había la de que no le costaba un solo céntimo, y con esta halagüeña idea consolaba el aburrimiento de una tan prolongada estancia en la cama.

Por fin las nubes cubrieron el cielo, empezó á llover y el tío Maleta una mañana sintió que los dolores habían disminuído; hizo un esfuerzo para poner en juego sus piernas y notó con alegría que comenzaban á funcionar las articulaciones.

No estaba Tomás en Villarroja aquel día, esperó á que fuera el chiquillo que le llevaba la comida, pidió que le acercase los guñapos que constituían su traje, y aunque con algunos trabajos, logró vestirse y ponerse en pie.

En cuanto notó que podía andar despidió al muchacho. Vete—le dijo,—que voy á dar gracias á Dios por haberme puesto bueno;—y se dirigió á su desván para visitar el oro, aquel oro que no había visto durante cinco semanas bien cumplidas.

Estaba la fortuna en el fondo de un arcón lleno de libros y papeles viejos; la operación de desem-

barazar aquellos estorbos para llegar á los saquitos de onzas era larga; pero aquel día, por su estado de debilidad y de impaciencia, le resultaba eterna al avaro.

Por fin llegó á la última capa de papeles, levantó por un rincón un paquete y vió con sorpresa el fondo de tablas carcomidas del arcón.

—Se han corrido los sacos—pensó, respirando con dificultad, y se apresuró á levantar los demás papeles. Por todas partes aparecía la tabla negruzca, rajada y llena de manchones de polvo, casi petrificada por el tiempo.

El tío Maleta creyó morir, pero la rabia se sobrepuso á la pena, y con una agitación nerviosa que le daba fuerzas de que nunca había gozado, ni en los momentos de mayor salud, comenzó á golpear el arcón y á patear sus tablones, como si entre ellos pudieran hallarse las onzas.

De repente saltó del fondo un objeto brillante, de una brillantez que el tío Maleta conocía bien, porque era la del oro. ¡Sería una onza abandonada por el ladrón! Buscó presuroso por el sitio en que el objeto había caído, y después de escudriñar cuidadosamente todos los alrededores del arca, tropezaron sus dedos con una sortija. La acercó á sus ojos, pero en el desván había poca luz y salió á la escalera á examinarla. Era uno de los anillos con que su hijo se había presentado la primera vez que vino de Valladolid. Ya no había duda, el ladrón era Tomás. Repasando la sortija entre sus dedos, mirándola y remirándola, notó que en su parte interna había letras. El tío Maleta leía muy mal, pero en aquel momento todos sus sentidos estaban aguzados y todas sus facultades tan excitadas y despiertas, que de corrido leyó en letras perfectamente dibujadas: *Luisa y Tomás, 7 de Enero 1890.*

«Enero del 90!—gritaba el tío Maleta bajando por la escalera.—¡Al año de estar en Valladolid!

En un momento pensó mil cosas: quiso dar parte al juez para que encerrasen á su hijo y fuera á presidio ó al patíbulo, que era lo menos que merecía; luego se arrepintió de esta idea y trató de salir inmediatamente para Valladolid, á fin de despedazar con sus propias manos al autor del atentado; pero tantas emociones aniquilaron sus escasas fuerzas y cayó sobre un sillón, llorando amargamente y lanzando horribles maldiciones. Y en este estado, no sintió que la puerta de la calle se abría y que Tomás entraba con su aire chulesco de costumbre y se dirigía á la alcoba para saludarle...

Tomás, al ver la cama vacía experimentó un susto terrible.—Mi padre se ha levantado—pensó,—pues ya ha visto que no hay dinero;—y salió huyendo hacia la calle; pero antes de llegar á la puerta sintió que unas manos de hierro le agarraban, al mismo tiempo que la enronquecida voz del tío Maleta le llenaba de improperios.

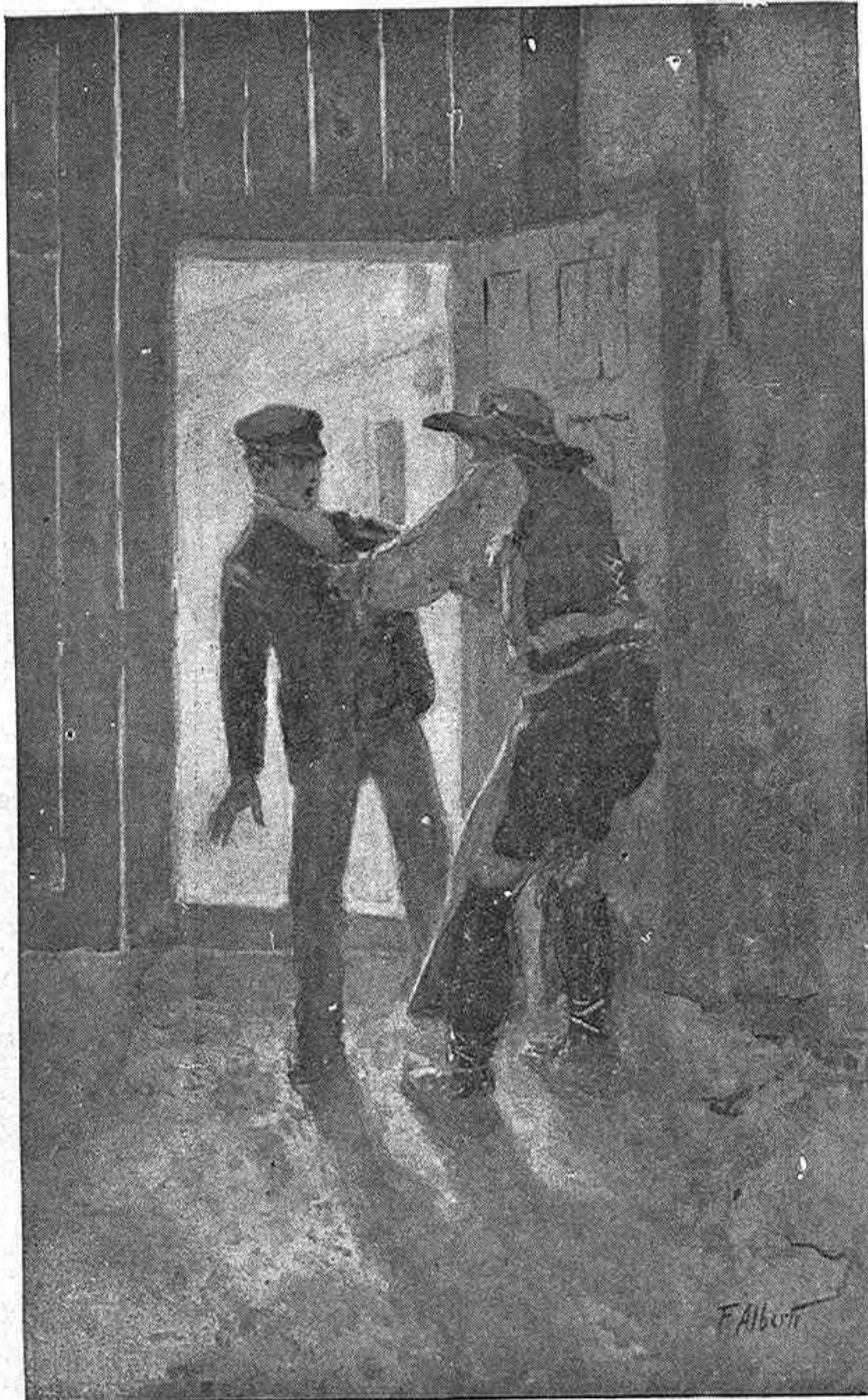
Tomás creyó morir á manos del autor de su existencia; pero al fin las fuerzas del viejo cedieron y pudo ganar la calle despavorido; corriendo y sin saber adónde dirigirse, fué á parar instintivamente á casa del cura, donde creyó encontrar amparo contra los primeros efectos de la furia de su padre.

El cura necesitó pocas explicaciones de parte de Tomás para averiguar lo que le llevaba en aquel estado y en aquellos momentos á su presencia.

Habrás robado á tu padre durante su enfermedad—le dijo,—y todo el dinero estará en manos de alguna mujer indigna de la consideración de las gentes. Has caído en Valladolid sin conocer el mundo, sin sólida educación cristiana y expuesto á ser víctima de la primera persona que quisiera explotarte...

Todo había sucedido así; cuando Tomás vino al pueblo con su traje flamenco la primera vez, ya estaba gastada una parte del tesoro del tío Maleta, porque un prestamista generoso le había adelantado cuanto dinero necesitaba para obsequiar á Luisa, una cantadora de café de último orden...

El cura, para quitar á Tomás de enmedio, le hizo salir en seguida del pueblo y pocos días después para América, recomendado á un hermano suyo, comerciante en la ciudad de Lima.



Pocos años después era popular en toda la provincia de Palencia un loco á quien daban limosna las gentes caritativas.

Era el tío Maleta, y su locura, pacífica, consistía en decir, cuando le daban una moneda:

—Dios se lo pague y no oculte su dinero, hermano, que donde no llegan los investigadores, alcanzan las investigadoras.

EMILIO S. PASTOR

MARZO VENTOSO

Carta de un murguista.

«Don Juan, mi amigo sincero:
Sé que está usted ocupado,
y como le han encargado
los versos del *mes tercero*,

aunque me da no sé qué,
á usted me dirijo yo,
para pedirle que no
los haga: yo los haré.

Los versos del mes nefando
en que el viento da pavura,
debe hacerlos este cura,
puesto que vive soplando.

Murguista de profesión
de la cabeza á los pies,
recorro todo este mes
en alas de mi trombón.

En Marzo el ayuno impera,
en Marzo todo es vigilia,
en Marzo está mi familia
igual que la de cualquiera.

¿Por qué del mes no me asusto?
¿Por qué no lo encuentro malo?
Porque es cuando yo me igualo
al que ayuna por su gusto.

Teniendo para cenar
judías, estoy contento.
Yo soy artista de viento,
¡no lo puedo remediar!

Dejaré, pues, el trombón
de pistón, y por usted
haré al mes de San José
cuatro versos... de pistón.

«¡Oh, tú, mes del escabeche
y el bacalao con *encajes*!
¡Oh mes el de los potajes
y el chocolate sin leche!

¡Oh tú, que mandas parné
á este murguista *gili*,
gracias á que cae en ti
el bendito San José!

Mes en el cual los trombones
sufren desaires y aun trepes,
por dedicar á los Pepes
la fuerza de us pulmones,

mes del santo más notorio,
mes que amable nos invitas
á tocar á las Pepitas
lo mejor del repertorio,

y que, en cambio, sin piedad,
mandas viento á cualquier parte,
por lo que pueden llamarte
soplón de solemnidad,

¡no des jamás al olvido
á este ser desventurado,
con instrumento abollado
y estómago entumecido;

á este que con igual fe
toca el vals de *La gran vía*,
que toca la *Fantasia*
marisca de *Chachipé*!

Da un buen día á mi consorte,
que se llama *Encarnación*
y no tiene un cuarterón
de carne ni al *sur*, ni al *norte*.

Conserva, en fin, mis sentidos
y no olvidaré tus dones
en mis cortas oraciones
y en mis largos resoplidos.»

Ya tiene Marzo los versos
que hice por delegación.
¿Que en vez de ser de pistón,
son, más que malos, *perversos*?

Pues perdone usted á este ser
que un estallido va á dar,
más que á fuerza de soplar,
á fuerza de no comer,

y mande á este desgraciado,
que es atento como él solo,
José Fernández Eolo,
(artista de aire colado.)»

Por la copia,
Juan Pérez Zúñiga.



R. Hidalgo de Carides



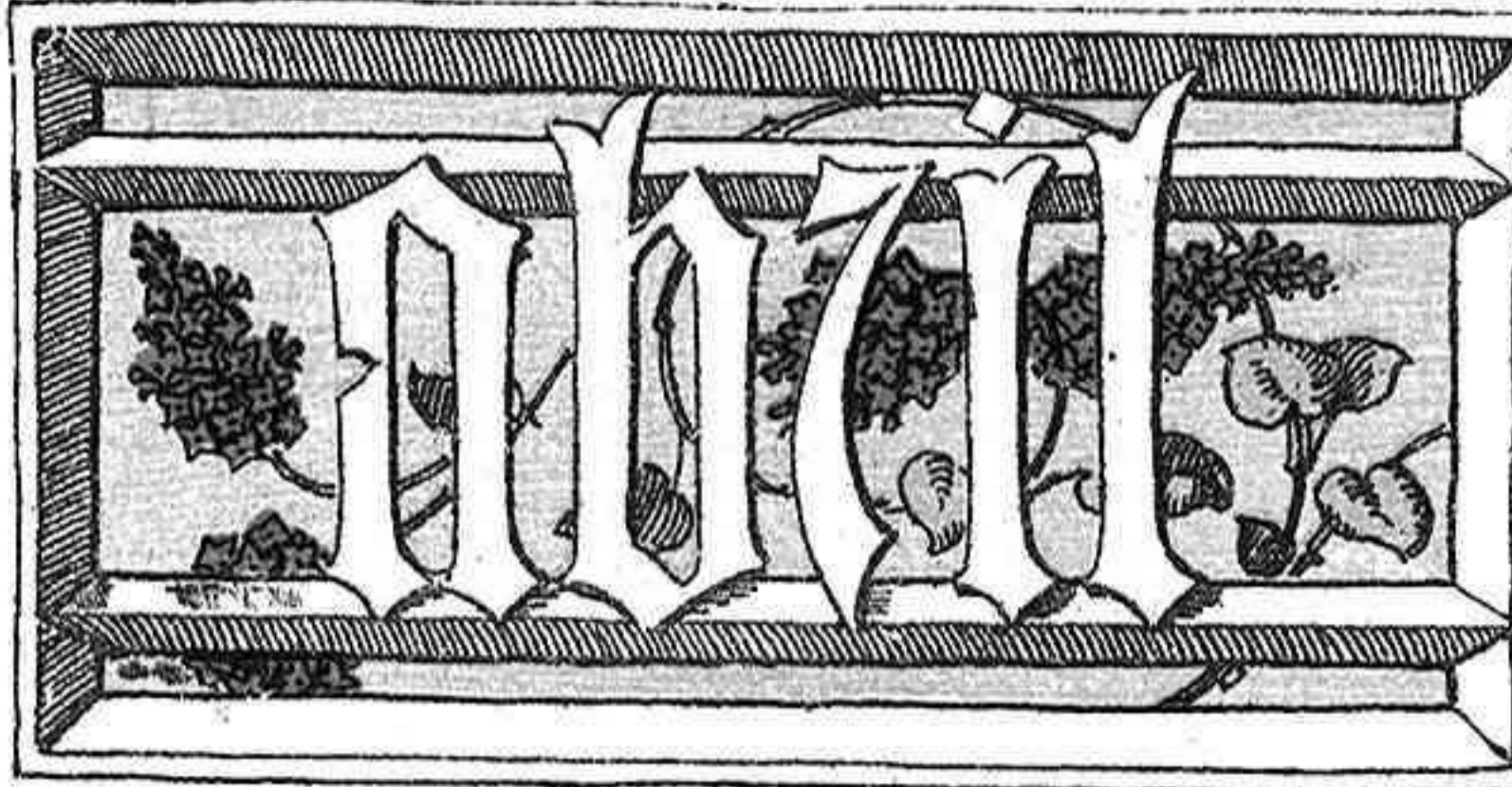
31 DIAS
 Consagrado al Patriarca San José.

- 1 Mar. El Santo Angel de la Guarda y San Rosendo.
- 2 Miér. Santos Simplicio, Pablo y Lucio.
- 3 Juev. Santos Emeterio y Celedonio.
- 4 Vier. Santos Casimiro, Lucio y Cayo.
- 5 Sáb. Santos Eusebio, Teófilo y Adrián.
- 6 Dom. *II de Cuaresma.*—San Víctor.
- 7 Lun. Santo Tomás de Aquino.
- 8 Mar. Santos Cirilo y Urbano.
- 9 Miér. Santas Francisca y Catalina.
- 10 Juev. Santos Crescencio y Melitón.
- 11 Vier. Santos Eulogio y Constantino.
- 12 Sáb. San Gregorio el Magno.
- 13 Dom. *III de Cuaresma.*—San Leandro.
- 14 Lun. La Traslación de Santa Florentina.
- 15 Mar. Santos Raimundo y Longinos.
- 16 Miér. Santos Ciriaco, Agapito y Julián.
- 17 Juev. Santos José de Arimatea y Patricio.
- 18 Vier. Santos Gabriel Arcángel y Cirilo.
- 19 Sáb. † SAN JOSÉ, esposo de la Santísima Virgen.
- 20 Dom. *IV de Cuaresma.*—Santa Eufemia.

PRIMAVERA

- 21 Lun. San Benito.
- 22 Mart. Santos Deogracias y Bienvenido.
- 23 Miér. Santos Fidel y Victoriano.
- 24 Juev. Santos Segundo y Agapito.
- 25 Vier. † LA ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS.
- 26 Sáb. Santos Braulio y Teodosio.
- 27 Dom. *de Pasión.*—Santos Ruperto y Juan.
- 28 Lun. Santos Castor y Doroteo.
- 29 Mar. Santos Jonás y Pastor.
- 30 Miér. Santos Juan Clímaco y Régulo.
- 31 Juev. Santa Balbina y San Amadeo

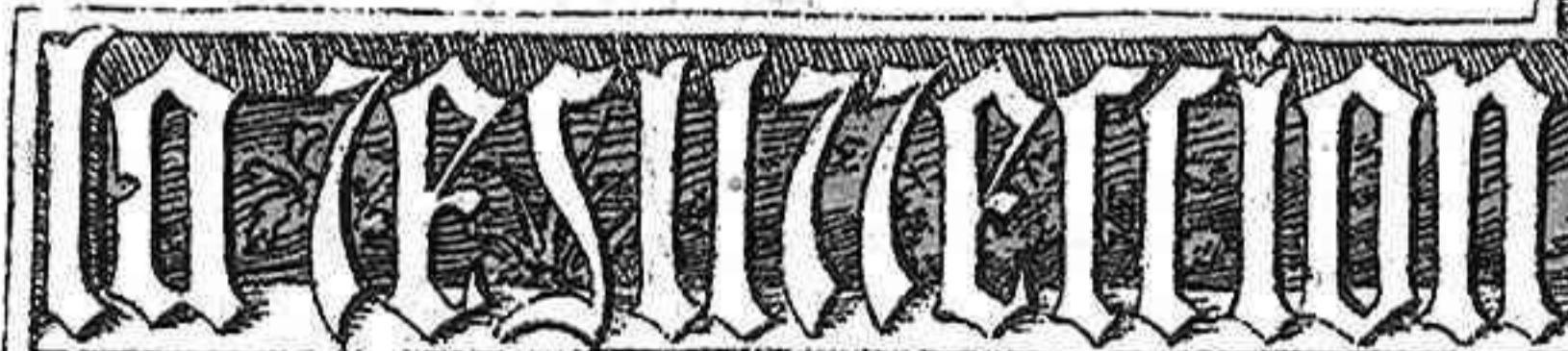
SAN JOSE



30 DÍAS

Consagrado á los dolores y soledad de María.

- 1 Vier. *de Dolores*.—Sta. Teodora, Stos. Marcario, Venancio y Valerico.
- 2 Sáb. Santos Francisco y Abundio.
- 3 Dom. *de Ramos*.—Stos. Ricardo, Ulpiano, Benigno y Benito.
- 4 Lun. Santos Isidoro, Ambrosio y Víctor.
- 5 Mar. San Vicente y Santa Eulalia.
- 6 Miér. Stos. Celestino, Guillermo y Urbano.
- 7 Juev. *Santo*.—Santos Epifanio y Donato.
- 8 Vier. *Santo*.—Santos Dionisio y Alberto.
- 9 Sáb. *Santo ó de Gloria*.—Sta. María.
- 10 Dom. *Pascua de Resurrección*.—Santos Daniel y Ezequiel.
- 11 Lun. Santos León, Felipe é Isaac.
- 12 Mar. Santa Bibiana, Stos. Sabas, Damián y Constantino.
- 13 Miér. Santos Hermenegildo y Máximo.
- 14 Juev. Santos Tiburcio y Valeriano.
- 15 Vier. Stas. Basilisa y Anastasia, S. Máximo.
- 16 Sáb. Sta. Engracia, Stos. Lamberto, Cayo y Cremencio.
- 17 Dom. Santos Aniceto y Esteban.
- 18 Lun. Santos Andrés, Eleuterio y Toribio.
- 19 Mar. Stos. Sócrates, Dionisio y Vicente.
- 20 Miér. Sta. Inés, Santos Marcelino y Víctor.
- 21 Juev. Nuestra Señora de Sancho Abarca, Santos Anselmo, Honorino y Simón.
- 22 Vier. Santa Sotera, San Cayo.
- 23 Sáb. Santos Jorge, Clemente y Gerardo.
- 24 Dom. Santos Fidel, Gregorio y Leoncio.
- 25 Lun. Stos. Marcos, Esteban y Hermógenes.
- 26 Mar. Nuestra Señora de la Cabeza, San Cleto.
- 27 Miér. Santos Toribio y Pedro.
- 28 Juev. Santos Esteban y Prudencio.
- 29 Vier. Santos Pedro, Roberto y Paulino.
- 30 Sáb. Ntra. Sra. del Villar, Santa Catalina.





ABRIL

Al empezar este mes,
según veraces profetas,
al sombrero, la mantilla
le dirá de esta manera:
«Anda al fondo del armario,
que mi reinado comienza
y ya sentí las caricias
de la mano de mi dueña.
Ya sombreé ante el espejo
su hermosa cara morena
y ya me han dicho sus ojos
que agradecida se encuentra,
porque cuando va conmigo
parece á todos más bella.
Mira que hoy, al colocarme
sobre su gentil cabeza,
—¡Malhaya—dijo—las modas
que nos vienen de otras tierras
y ponen cintas y pájaros,
y plumas raras y selvas
sobre cabellos que piden
tocado de blondas negras!—
Y clavando en ti sus ojos
con fulgores de centella,
lanzó, al verte tan ridículo,
una carcajada homérica...
No te asombre, pobre fatuo,
que toda mujer que es cuerda
se ría de ti en desquite
de lo mucho que la afeas;
pues eres pura bambolla,
tornadizo en tu apariencia,

muralla para la vista,
flojo, que el viento te lleva,
y entre las burlas de todos
contigo á su gusto juega;
y, en fin, das muerte á los besos
que con tus alas tropiezan,
deteniendo en su camino
á los labios que se acercan.
Ya sé que eres orgulloso
y que acaso me desprecias,
y que tomas mis palabras
como desplantes de vieja.
Que te hiciste indispensable
para más de cuatro necias;
que te dan vida con trapos
que para nada aprovechan.
Pero no te hispes que, al fin,
yo me impongo... y soy la reina
y en este mes hay dos días...
¡que para ti los quisieras!
Pues oigo en ellos más flores...
muchas más que las que llevan
cuantos sombreros-jardines
existen sobre la tierra.
Dos días en que consigo
sobre tu loca soberbia,
con mi poder soberano,
la victoria más inmensa...
porque al mostrarte en la calle
causa asombro tu presencia,
y como á hereje te miran
los que te ven en la iglesia.

LUIS DE ANSORENA



ANECDOTAS EXTRAVAGANTES

No cabe discutirlo, no cabe dudarlo siquiera: la lectura asidua de la prensa periódica—sobre todo en lo que respecta á la llamada *información*—resulta, á la larga y aun á la corta, interesante y amena, y no sólo amena é interesante, si que también (como dice, sospecho que en són de chunga, mi amigo Luis Taboada), si que también instructiva. Como que el *reporter* moderno cumple exacta y fielmente con lo mandado por el precepto antiguo, y procura escribir y escribe *delectando pariterque monendo*.

Imaginen ustedes, pongo por ejemplo, lo interesante, lo curiosa y lo instructiva que es la siguiente relación, verídica y además ilustrable y todo:

«Un mozo de muy buen humor (así lo calificaba el periodista que refirió el lance), un mozo de buen humor»..., repito, me parece que lo estoy viendo: sería alto, recio, de buen color; estaría en posesión de una fisonomía muy abultada y de una cabeza muy redonda; nada, vuelvo á decirlo, me parece que estoy viéndolo: un idiota.

Pues nada, que el tal quiso dar á sus convecinos, sigue hablando el *reporter* (dicho sea con perdón), una broma fúnebre, y fué, ¿y qué hizo? Pues nada, sino hacerse el muerto.

Y ahora verán ustedes lo que discurrió el mozo.

Y aquí voy á copiar textualmente las palabras del noticiero, ó sea del cronista de las *gestas* del mozo gallego (porque aquel mozo no era de Toledo, sino de Galicia).

El cual cronista dice así:

«Fuése á la playa (*el mozo gallego*), empapóse en agua las ropas, poniendo en ellas cierto desorden, se embadurnó la cara, y hecho esto aguardó á que se aproximase por allí alguien.

Y cuando oyó que, efectivamente, llegaban algunas personas tendióse en la playa cuan largo era y se fingió muerto.

«¡Qué demonio», pensaría el mozo de buen humor, «valiente susto van á llevarse los que llegan! ¡Cómo y cuánto voy á divertirme!»

Y, en efecto, llegaron dos aldeanas, las cuales, cuando hubieron visto al fingido difunto se asustaron tanto, tanto; que decidieron en seguida... despojarlo de las ropas y del dinero que tenía, y que, pensarían ellas muy juiciosamente, para aquel viaje no le hacían absolutamente ninguna falta.

El mozo de buen humor dejaba hacer á las aldeanas como si de veras estuviese muerto; pero cuando éstas, después de haberse apoderado de la chaqueta y del chaleco y del reloj y de algunas monedas, se disponían á descalzarlo, consideró que la broma había durado bastante y se incorporó de un salto, haciendo huir despavoridas á las infelices aldeanas que, por lo visto, eran un tanto asustadizas.

Si las primeras personas que cerca del mozo de buen humor pasaron, en vez de ser dos pobrecillas hembras, las cuales solamente intentaban desnudar á un muerto, llegan á ser dos ó tres desalmados, para quienes los difuntos no tienen derecho á resucitar, y menos si esa resurrección viene á privarles del fruto de su trabajo, cabe en lo posible y hasta es muy probable que aquella broma fúnebre hubiera sido la última que diese á sus convecinos el mozo gallego.

Lo cual no significa, eso no, que la diversión discurrida dejara de ser ingeniosa y divertida para el interesado.

Que pudo quedarse en el sitio, es verdad; pero ¿quién le quitaba ya lo bailado? Todas las desgracias que pudieron sobrevenirle estaban compensadas de antemano con el bromazo que había corrido.

*
* *

Y si tuvo gracia y agudeza la broma del mozo gallego, no le fué en zaga, ni por lo aguda ni por lo graciosa, la discurrida por un mozo de Manresa.

Entró en un café, se sentó á una mesa, llamó al mozo y pidió un refresco.

Todo esto era perfectamente correcto; no se salía de lo usual y ordinario.

Pero la más negra venía detrás.

Dice el cronista de este otro bromazo:

«No había el mozo aún vuelto la espalda, cuando el parroquiano (*que no era parroquiano, por supuesto*) se echó mano á la cintura, sacando de la misma una enorme faca, que abrió, colocándola encima de la mesa.

Los mozos del café, que no se explicaban la necesidad de aquella herramienta para refrescar, llamaron á los mozos de escuadra, y éstos prendieron al dueño de la navaja, navaja que en aquel



lance vino á desempeñar funciones de espada de Bernardo, pues ni pinchó ni cortó, ni hizo otra cosa que dar con su hoja y con sus cachas en el depósito del Juzgado correspondiente.

Parece que al *guapo* le fué ocupada una pistola de dos cañones y se le recogió un revólver de seis, descargados *ambos á ocho*.

El noticiero no refería más. Hemos de presumir que el bromista, después de pasar algunas horas



en la prevención, y en vista de lo inofensivo de su armamento y pertrechos de guerra, sería puesto en libertad; pero no me nieguen ustedes que el hombre dió un susto á los concurrentes del café y se divirtió en grande.

¡Calle Ud., hombre, si hay cada ciudadano que para esto de discurrir diabluras y divertirse tiene un ingenio y una sombra!

*
* *

Pues miren ustedes: no digo que sea mala esa broma, no señor; pero para bromazo inesperado y al propio tiempo sin peligro alguno para el embromador, el que solía dar á los viajeros que se dirigían á Valencia un hombre

de lengua barba y de mirada torva,

el cual, allá hacia las primeras horas de la madrugada, cuando apenas se indicaban los albores del crepúsculo, y cuando el tren se detenía en una de las estaciones próximas á la de Albacete, asomaba por las portezuelas de los carruajes donde dormitaban los viajeros ó empezaban á desperezarse los que se proponían bajar al andén; asomaba, digo, su *hirsuta* cabeza, verdadera cabeza de estudio, y mirando fosco á uno y á otro lado, pronunciaba con voz bronca y que parecía partida de una cueva: ¡¡Navajas!! ¡¡¡PUÑALES!!!

Este pacífico vendedor, que por extraño procedimiento anunciaba su mercancía, embromaba al viajero con mucha seriedad; asustaba á casi todos los que por primera vez le oían, y nunca fué llevado, que yo sepa, á los calabozos del Juzgado.

Y para que se vea lo que son los caprichos de la suerte, nunca hablaron de él los noticieros, ni lo han inmortalizado en sus páginas los periódicos ilustrados.

Y ¡vive Dios! que lo merecía.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

MINERVA Y MARTE

Cuando el arte moderno quiere simbolizar ideas abstractas y por lo mismo perdurables en la humanidad, copia fielmente del arte antiguo, que supo encarnarlas en formas plásticas de sin par belleza. Por esta persistencia de los modelos clásicos, la expresión más alta de la guerra es el dios Marte; la de los beneficios de la paz, la diosa Minerva. No hay que equivocarse los términos. La *Iliada* nos representa á Minerva «armada de punta en blanco», desde que nace, cual rayo deslumbrador de la cabeza de Júpiter.



Tipo arcaico de Minerva.—En un ánfora panatenaica, vaso griego del Museo Arqueológico Nacional.

La diosa se nos ofrece desde el primer momento como emblema harto elocuente de «la paz armada». Siempre con su casco, su lanza y su escudo, la vemos presidir las memorables fiestas panateneas, verdaderos triunfos de la paz, de que tan dichosos disfrutaron los atenienses, y la vemos hoy en los frontones ó portadas de los modernos templos de las Artes y de las Ciencias, donde los hombres no mantienen otras luchas que las de la emulación noble y fecunda, nacida de la sed inagotable de saber y del generoso esfuerzo por establecer lo sabido, que dominan á las inteligencias. Sin duda, tan antigua como la guerra es la convicción de la humanidad, de que sólo por la fuerza de las armas se mantiene la paz que con ella se conquistó; y si se considera que la guerra es tan antigua como el hombre, tan constante como las discordias y tan horrible y cruel como las ambiciones desmedidas, eterno agijón de todas las rebeldías de la indomable voluntad, asusta pensar á costa de cuántos desastres y dolorosos esfuerzos ha encontrado ocasión y sereno ambiente la inteligencia para realizar sus maravillosas creaciones.

Por eso se comprende que el culto á Minerva haya traspasado los límites de la mitología y se mantenga en lo moral como emblema piadoso al que volvemos los ojos con gratitud.

Al contrario que Minerva, Marte es el símbolo de «la guerra por la guerra»; es la personificación del furor bélico, del ciego ímpetu que arrolla todo, tala, destruye, horripila y mata. Los antiguos no se contentaron con representar este encadenamiento de ideas en la figura imponente del indomable guerrero, sino que dieron á éste por séquito á la Discordia, el Miedo, el Ardimiento y el Terror, que eran otros tantos genios maléficos ó demonios, cuya impía misión consistía en infundir á los adversarios los sentimien-

tos que simbolizaban. Considérese cuán lejos iba la mitología en la representación de la idea de la guerra.

La paz armada, la guerra por la guerra: he aquí dos términos antitéticos, que entrañan un problema siempre viejo y siempre nuevo, que hoy tenemos sobre el tapete los españoles.

Pero ese problema, dilúcidelo quien pueda. Nosotros, más devotos de Minerva que de Marte, sólo queremos dedicar algunas líneas á lo que pudiéramos llamar aspecto artístico del caso (todo en el mundo, hasta la muerte que es la gran negación, tiene su aspecto artístico), y con ello acaso logremos distraer algún tanto á algunos espíritus de las tristezas que les produce la misma causa que nos inspira estas líneas.

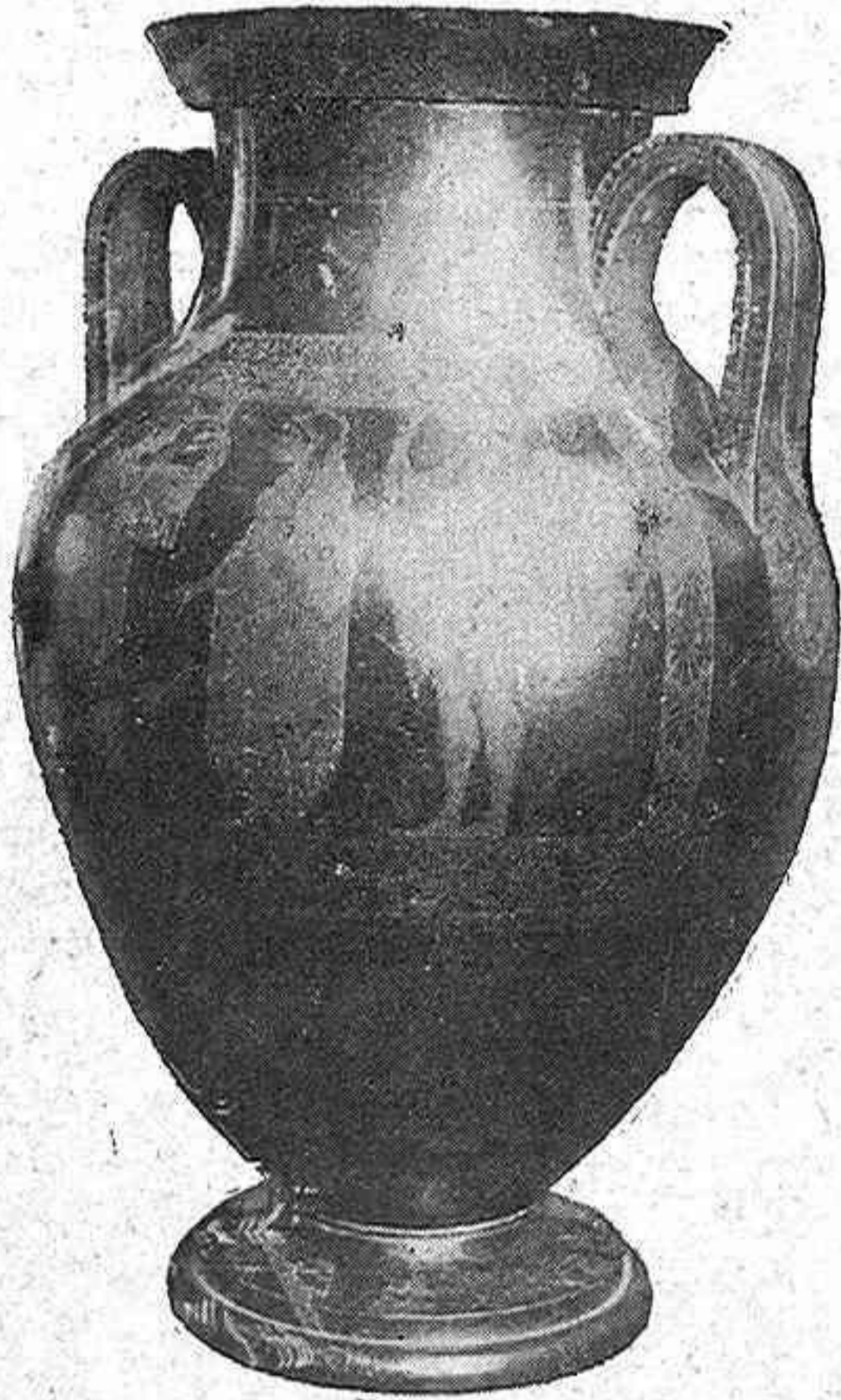
Arqueológicamente hablando, Minerva se nos ofrece con el doble carácter de protectora de la Paz y de virgen guerrera. Pero el arte antiguo, sólo por excepción, interpretó el primer concepto. En él se inspiró Endoyos cuando esculpió en Eritrea á la diosa sentada, con corona y con una rueca en las manos, y en otro ejemplar que hizo para ser consagrado en la Acrópolis de Atenas. Pero el arte severo, más penetrado sin duda de que la paz es una consecuencia de la guerra, prefirió el tipo belicoso de los poemas homéricos, el tipo más constante y con el que la diosa ha llegado hasta nosotros. Es la Minerva con casco frigio de alta cimera, por armadura la égida piel de reptil con sus bordes herizados de serpientes, adornada en la parte correspondiente al peto con el horrible mascarón de Medusa, capaz de poner miedo en el esforzado espíritu de Júpiter, según la expresión homérica; escudo abrazado y lanza empuñada. No nos detendremos á repasar aquí las múltiples imágenes de la diosa que de la antigüedad se conservan y las sensibles modificaciones del tipo plástico que en ellas se advierten. Bastará recordar que el ídolo más antiguo de Minerva, al cual se atribuía origen legendario, como la piedad cristiana se lo



Tipo clásico de Minerva.—Estatua antigua en mármol de Italia. Museo Nacional de Pintura y Escultura.

atribuye á las vírgenes de rostro negro, era el *Palladion*, que se suponía caído del cielo, y que Ulises y Diomedes robaron de Troya. Muchas ciudades griegas se envanecieron de poseer el auténtico *Palladion*, es decir, que hubo varios. Eran de madera y el que se veneraba en Atenas revestíanle cada año con un *peplos* ó vestido nuevo, bordado por muchachas atenienses, el cual bordado representaba algún asunto heroico. Justamente, la triunfal conducción y solem-

ne ofrenda del *peplos* era lo que motivaba las citadas fiestas panateneas. No se conservan dichos ídolos, pero sí sus representaciones en pinturas de vasos, por las que se ve que reproducían el tipo belicoso de la diosa blandiendo la lanza cual si combatiera á favor de los griegos. Combatiendo representan también á la diosa las figuras que decoran las



Tipo arcaico de Marte.—En un ánfora griega, firmada por el alfarero ANDOKIDES. Colección del Museo Arqueológico Nacional.

ánforas panateneas, ánforas que llenas de aceite del olivar sagrado de Minerva, en Atenas, servían de premio á los vencedores de los concursos hípicas ó atléticos que formaban parte de aquellas fiestas de la paz á que nos hemos referido. En actitud guerrera encontramos á Minerva en sus estatuas arcaicas, como son la tan conocida del frontón del templo de Egina y otras que se suponen copias de la Atenea Polia que se conservaba en el templo del Erecteo, en Atenas. De estas copias arcaicas, una, notabilísima, se conserva en el Museo de Dresde, otra en el de Madrid, y aun puede añadirse la serie la de Atenea Promacos, descubierta en Herculano.

En cuanto al tipo físico, todas estas imágenes reproducen la belleza virginal, austera de la diosa, con algo de semihombruno, que guarda relación con el tipo de la amazona, creado también por la fábula y por el arte antiguos. Minerva es, en efecto, la virgen pagana. En medio de las escandalosas historietas de la mitología, Minerva conserva su fama intachable de virgen pudorosa, que no llegan á obscurecer ni las tradiciones de su amistad con Hércules, al que auxilió la diosa no pocas veces, de lo que dan testimonio no pocos monumentos. La Minerva de Egina sonríe, pero su sonrisa noble es la propia de la majestad olímpica. En las imágenes de carácter más bélico, el rostro tiene expresión amenazadora, el cuerpo un movimiento impetuoso.

El poderoso genio de Fidias creó, en el siglo V antes de Jesucristo, el tipo plástico de Minerva que había de prevalecer. Hizo varias estatuas de la diosa, de las cuales tres estaban en el mismo Atenas. La primera fué la Atenea Promacos, la diosa guerrera; la segunda la de Atenea Lemniana, que expresaba el carácter pacífico de la deidad; la tercera, en que se fundían los dos caracteres, y por consiguiente la de concepción más completa, era la Atenea que estaba en el Partenón. Desgraciadamente, ninguna se conserva, y sólo por las copias descubiertas se reconoce la última. Es la diosa reposada, severa, con la lanza en la diestra y apoyada en el suelo; en la mano izquierda, en vez de lanza, la figura de la Victoria; á los pies la serpiente consagrada y

el escudo abandonado. Toda la figura tiene un carácter de grandeza y de majestad. El rostro, de frente purísima, de facciones dulcificadas, respecto del tipo arcaico de boca virginal, de ojos penetrantes, de barba bien acusada, ofrece la expresión majestuosa de la inteligencia soberana. Es la diosa de la Paz, la diosa de las Artes inmortales y de las Ciencias sublimes: es la diosa de los antiguos y de los modernos, la diosa de todos los tiempos.

Los griegos, por lo mismo que amaban las artes, amaban la paz, y sin duda por esto no querían acordarse mucho de Marte. El dios de la Guerra fué pocas veces representado por los artistas. Solamente hay noticia de dos estatuas importantes suyas: una de Alcámenes y otra de Scopas. Las que se conservan sólo pueden admitirse como copias, si acaso. El tipo arcaico de Marte, que hallamos en la pintura de vasos es el de un guerrero barbudo, que no se diferencia de los demás. Más tarde es el de un atleta vigoroso, desnudo, con casco, escudo y espada: es el tipo juvenil é imberbe creado por el arte de la buena época. Como sucedió con Minerva, el arte dulcificó el tipo que así se nos ofrece en la estatua existente en la villa Ludovisi, que representa al dios sentado y más que ocioso, pues no sólo ha dejado el escudo junto á sí y retiene la espada en las manos, como podría hacerlo con cualquiera otra cosa, sino que tiene al lado á Cupido, y aun se cree que la seductora Venus formó parte del grupo. También se ha pensado, al tratar de reconstituirle de algún modo los brazos no existentes de la famosa Venus de Milo, que esta belleza sobrehumana abrazaba á un Marte pacífico, como se ve en algunas monedas. Verdaderamente el dios de la Guerra es un amante digno de la diosa del Amor, y nos ofrece un nuevo aspecto de la cuestión, que nos preocupa á los españoles; porque el amor,

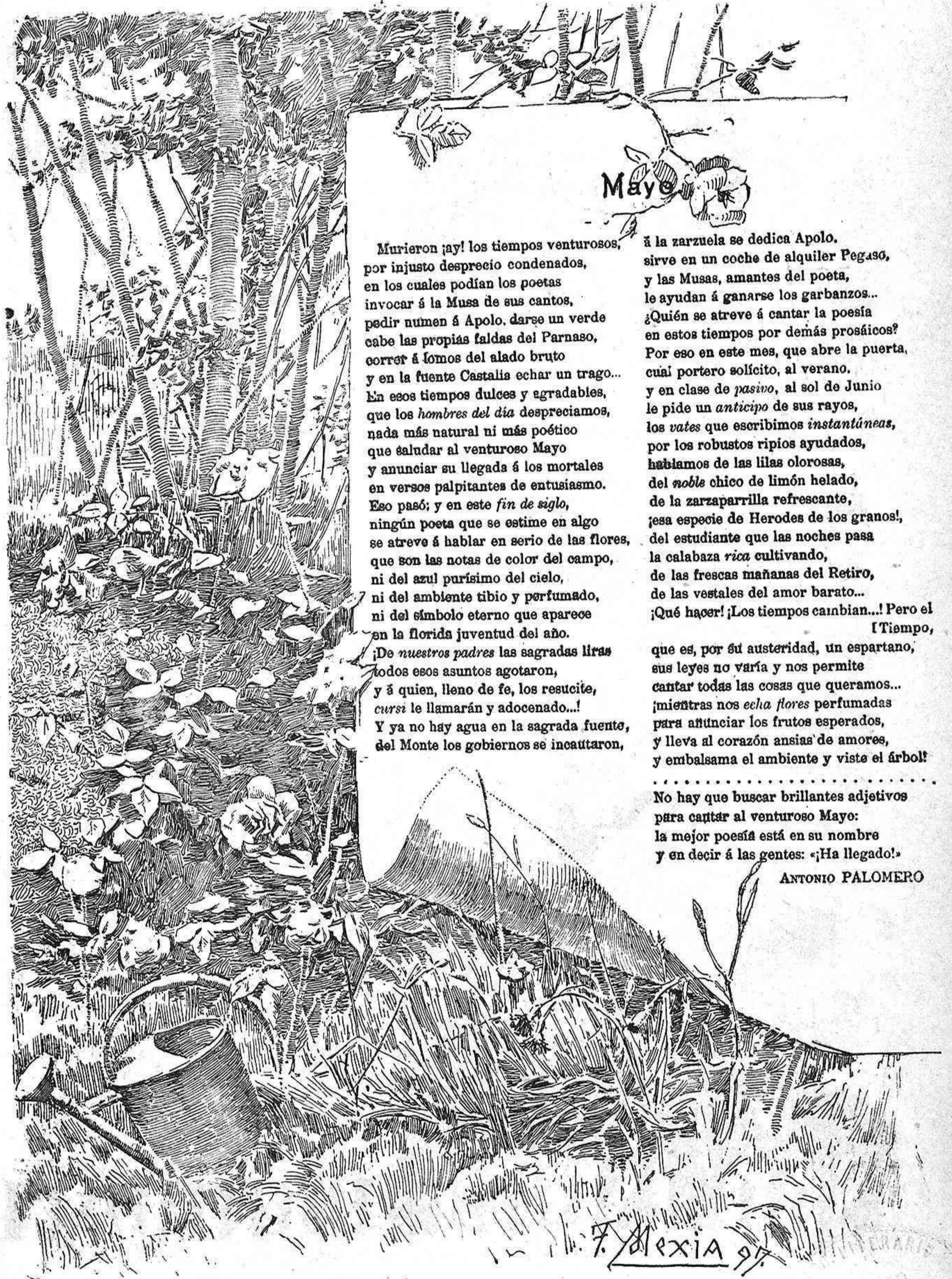


Tipo clásico de Marte con Cupido.—Copia del grupo de Scopas. Museo de Reproducciones Artísticas.

que todo lo vence, es el medio más humano de acabar las guerras.

Pero algún lector exclamará: «¡Lástima que no sea verdad tanta belleza!» De todos modos, aprovechen los artistas los modelos clásicos para interpretar con acierto la Paz y la Guerra, ó, de otro modo, á Minerva y á Marte.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA



Mayo

Murieron ¡ay! los tiempos venturosos,
por injusto desprecio condenados,
en los cuales podían los poetas
invocar á la Musa de sus cantos,
pedir numen á Apolo, darse un verde
cabe las propias faldas del Parnaso,
correr á lomos del alado bruto
y en la fuente Castalia echar un trago...
En esos tiempos dulces y agradables,
que los *hombres del día* despreciamos,
nada más natural ni más poético
que saludar al venturoso Mayo
y anunciar su llegada á los mortales
en versos palpitantes de entusiasmo.
Eso pasó; y en este *fin de siglo*,
ningún poeta que se estime en algo
se atreve á hablar en serio de las flores,
que son las notas de color del campo,
ni del azul purísimo del cielo,
ni del ambiente tibio y perfumado,
ni del símbolo eterno que aparece
en la florida juventud del año.

¡De *nuestros padres* las sagradas liras
todos esos asuntos agotaron,
y á quien, lleno de fe, los resucite,
cursi le llamarán y adocenado...!
Y ya no hay agua en la sagrada fuente,
del Monte los gobiernos se incautaron,

á la zarzuela se dedica Apolo,
sirve en un coche de alquiler Pegasus,
y las Musas, amantes del poeta,
le ayudan á ganarse los garbanzos...
¿Quién se atreve á cantar la poesía
en estos tiempos por demás prosáicos?
Por eso en este mes, que abre la puerta,
cual portero solícito, al verano,
y en clase de *pasivo*, al sol de Junio
le pide un *anticipo* de sus rayos,
los *vates* que escribimos *instantáneas*,
por los robustos ripios ayudados,
hablamos de las lilas olorosas,
del *noble* chico de limón helado,
de la zarzaparrilla refrescante,
¡esa especie de Herodes de los granos!,
del estudiante que las noches pasa
la calabaza *rica* cultivando,
de las frescas mañanas del Retiro,
de las vestales del amor barato...
¡Qué hacer! ¡Los tiempos cambian...! Pero el

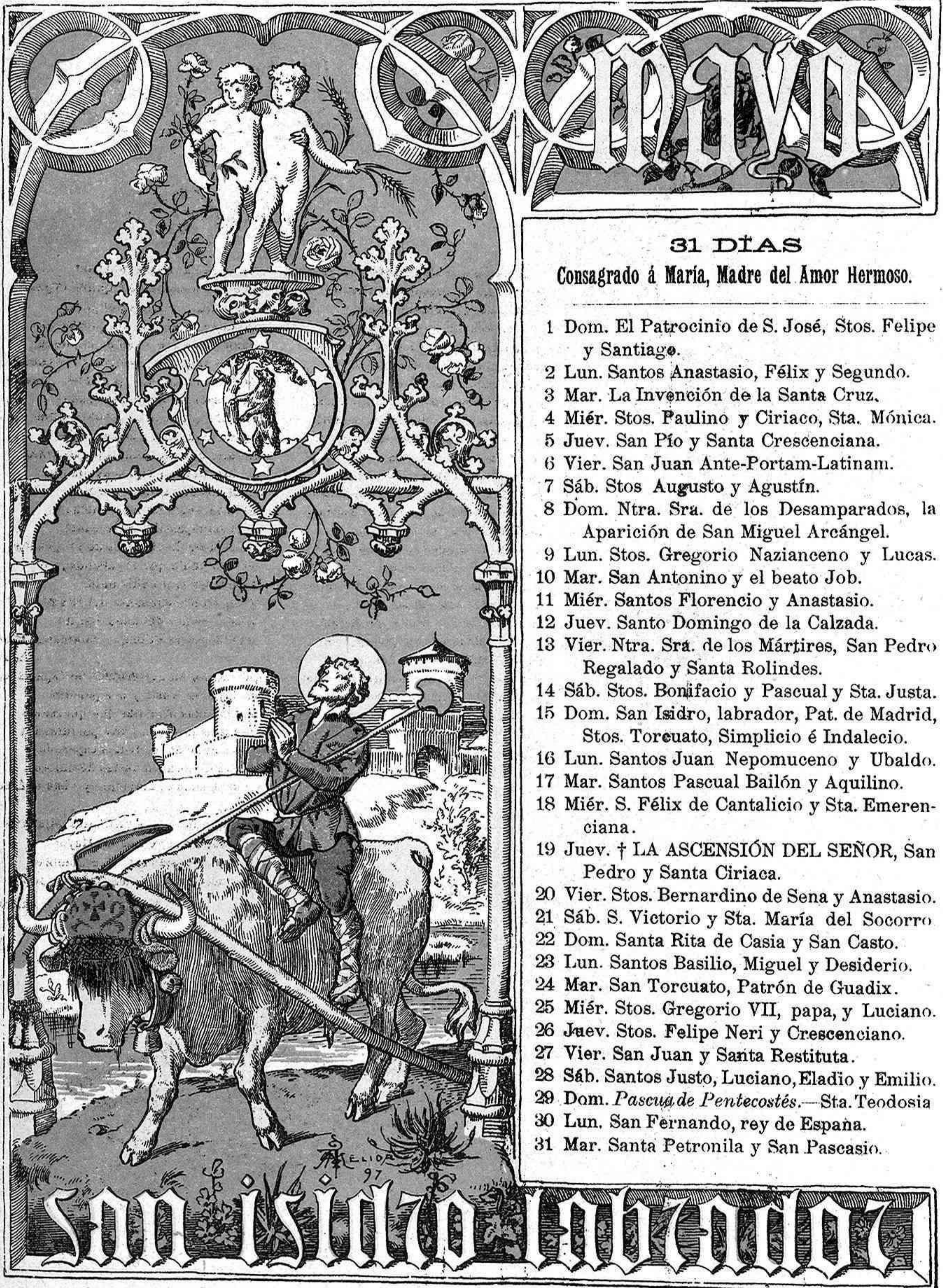
[Tiempo,

que es, por su austeridad, un espartano,
sus leyes no varía y nos permite
cantar todas las cosas que queramos...
¡mientras nos *echa flores* perfumadas
para anunciar los frutos esperados,
y lleva al corazón ansias de amores,
y embalsama el ambiente y viste el árbol!

.....
No hay que buscar brillantes adjetivos
para cantar al venturoso Mayo:
la mejor poesía está en su nombre
y en decir á las gentes: «¡Ha llegado!»

ANTONIO PALOMERO

Alexia 97

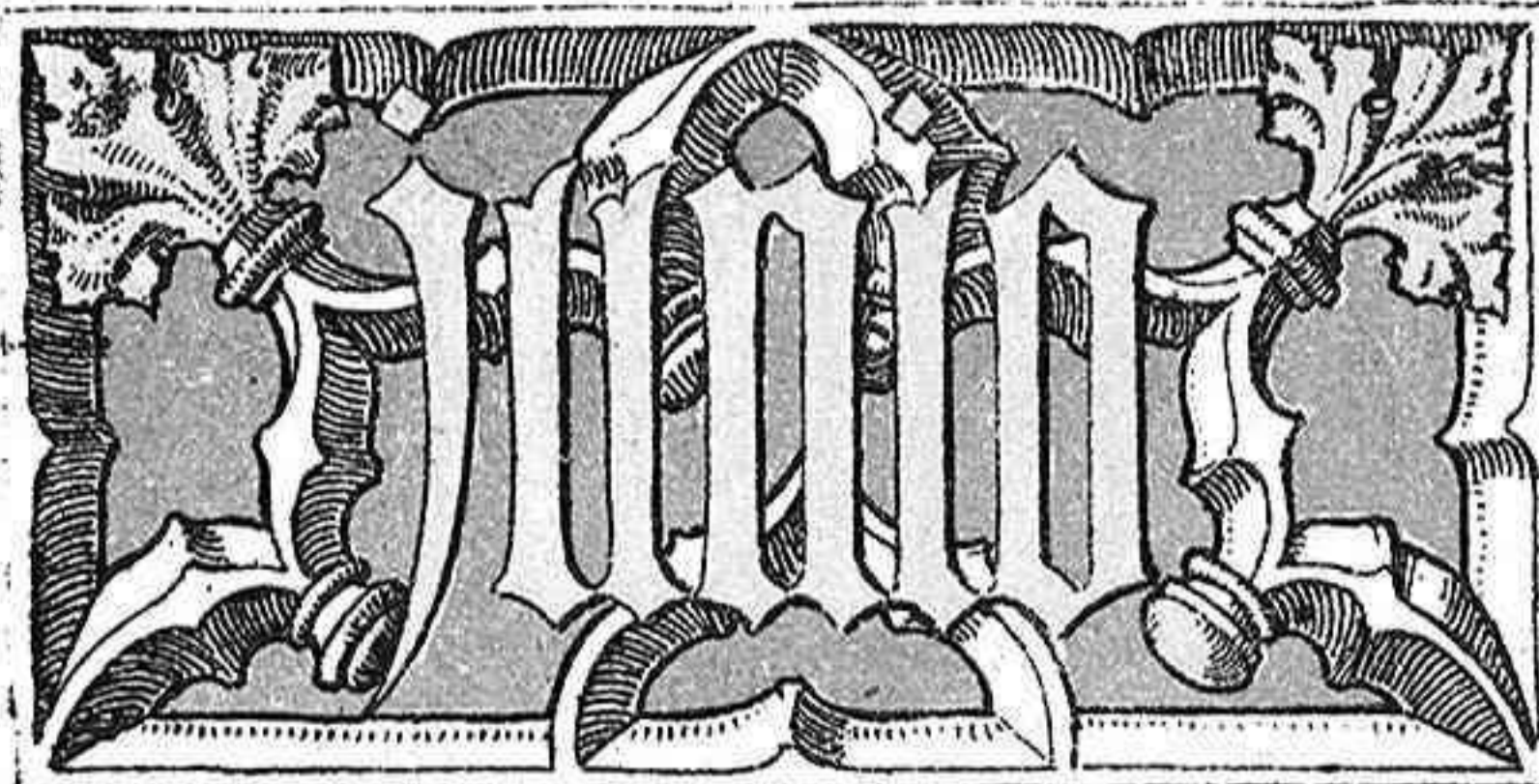


31 DÍAS

Consagrado á María, Madre del Amor Hermoso.

- 1 Dom. El Patrocinio de S. José, Stos. Felipe y Santiago.
- 2 Lun. Santos Anastasio, Félix y Segundo.
- 3 Mar. La Invención de la Santa Cruz.
- 4 Miér. Stos. Paulino y Ciriaco, Sta. Mónica.
- 5 Juev. San Pío y Santa Crescenciana.
- 6 Vier. San Juan Ante-Portam-Latinam.
- 7 Sáb. Stos. Augusto y Agustín.
- 8 Dom. Ntra. Sra. de los Desamparados, la Aparición de San Miguel Arcángel.
- 9 Lun. Stos. Gregorio Nazianceno y Lucas.
- 10 Mar. San Antonino y el beato Job.
- 11 Miér. Santos Florencio y Anastasio.
- 12 Juev. Santo Domingo de la Calzada.
- 13 Vier. Ntra. Sra. de los Mártires, San Pedro Regalado y Santa Rolindes.
- 14 Sáb. Stos. Bonifacio y Pascual y Sta. Justa.
- 15 Dom. San Isidro, labrador, Pat. de Madrid, Stos. Torcuato, Simplicio é Indalecio.
- 16 Lun. Santos Juan Nepomuceno y Ubaldo.
- 17 Mar. Santos Pascual Bailón y Aquilino.
- 18 Miér. S. Félix de Cantalicio y Sta. Emerenciana.
- 19 Juev. † LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR, San Pedro y Santa Ciriaca.
- 20 Vier. Stos. Bernardino de Sena y Anastasio.
- 21 Sáb. S. Victorio y Sta. María del Socorro.
- 22 Dom. Santa Rita de Casia y San Casto.
- 23 Lun. Santos Basilio, Miguel y Desiderio.
- 24 Mar. San Torcuato, Patrón de Guadix.
- 25 Miér. Stos. Gregorio VII, papa, y Luciano.
- 26 Juev. Stos. Felipe Neri y Crescenciano.
- 27 Vier. San Juan y Santa Restituta.
- 28 Sáb. Santos Justo, Luciano, Eladio y Emilio.
- 29 Dom. Pascua de Pentecostés.—Sta. Teodosia
- 30 Lun. San Fernando, rey de España.
- 31 Mar. Santa Petronila y San Pascasio.

SAN ISIDRO LABRADOR



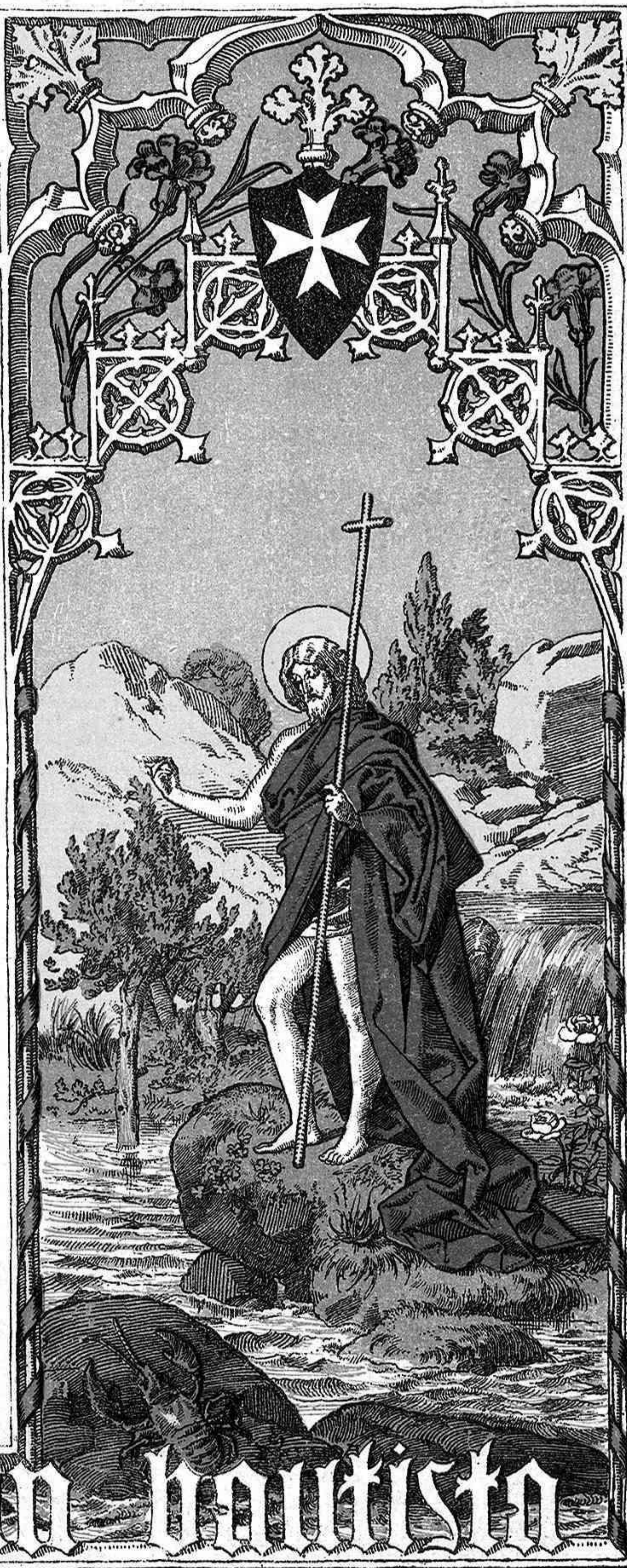
30 DÍAS

Consagrado al Santísimo Sacramento.

- 1 Miér. Ntra. Sra. de la Luz y San Segundo.
- 2 Juev. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo.
- 3 Vier. Santas Paula y Clotilde y S. Ovidio.
- 4 Sáb. Stos. Francisco Caracciolo y Quirino.
- 5 Dom. La Santísima Trinidad y S. Sancho.
- 6 Lun. Santos Norberto, Felipe y Amancio.
- 7 Mar. S. Roberto y el triunfo de S. Pablo.
- 8 Miér. Stos. Medardo, Heraclio y Salustiano.
- 9 Juev. † SMUM. CORPUS CHRISTI y Santos Feliciano y Ricardo.
- 10 Vier. Santos Restituto, Crispulo y Timoteo.
- 11 Sáb. Ntra. Sra. de los Milagros, San Félix.
- 12 Dom. Stos. Juan de Sahagún y Nazario.
- 13 Lun. Santos Antonio de Padua y Trifilo.
- 14 Mar. Stos. Basilio el Magno, Rufino y Anastasio.
- 15 Miér. Santos Vito y Santa Crescencia.
- 16 Juev. Stos. Francisco de Regis y Quirico.
- 17 Vier. El Sagrado Corazón de Jesús.
- 18 Sáb. Stos. Marco y Marceliano y Sta. Paula.
- 19 Dom. El Purísimo Corazón de María.
- 20 Lun. Santos Silverio, Inocencio y Macario.
- 21 Mar. San Luis Gonzaga y Santa Demetria.

VERANO

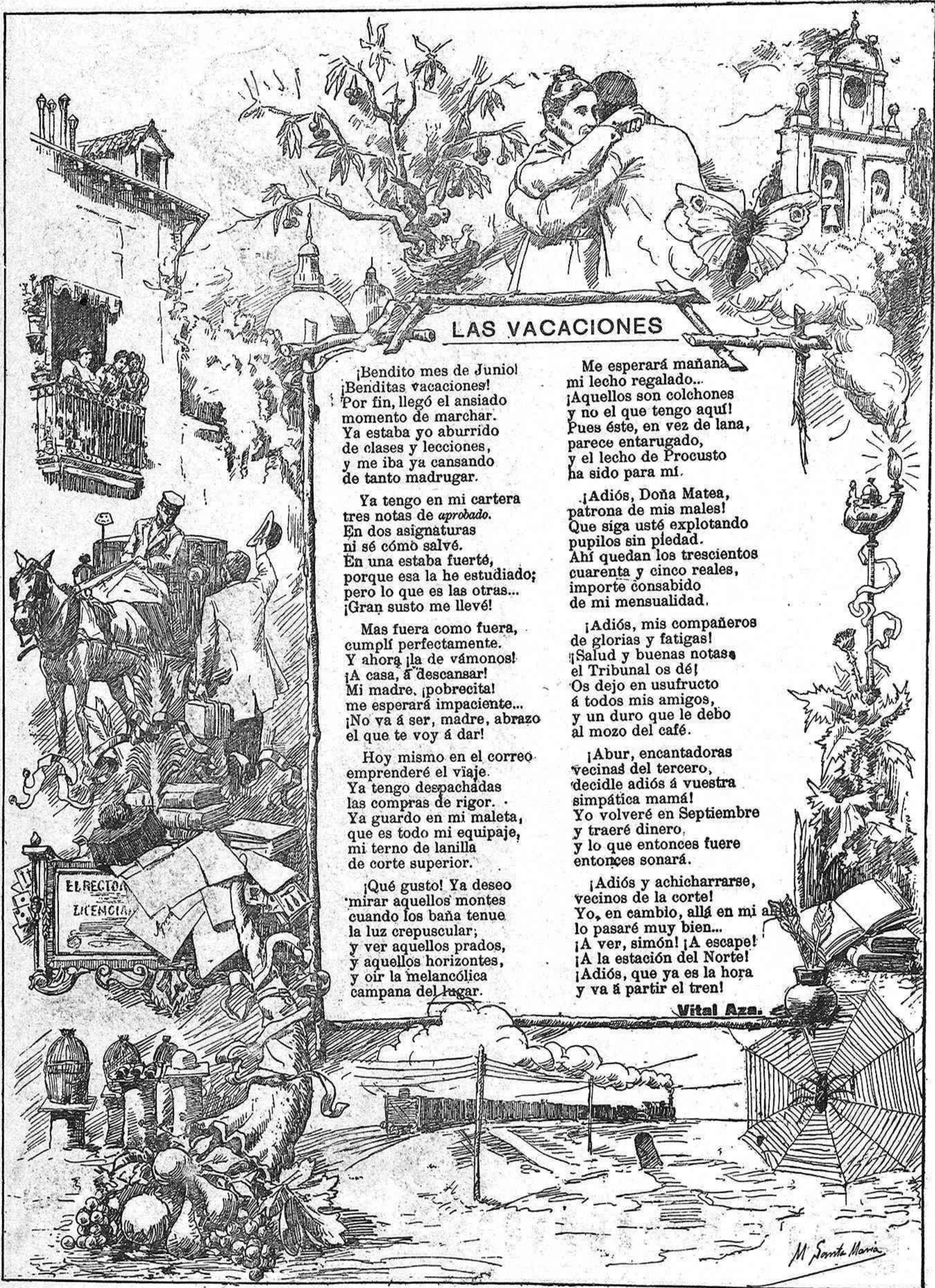
- 22 Miér. Santos Paulino, Albano y Juan.
- 23 Juev. San Félix y Santa Agripina.
- 24 Vier. La Natividad de San Juan Bautista.
- 25 Sáb. Santas Orosia y Lucía y Stos. Eloy y Guillermo.
- 26 Dom. Santos Juan, Pablo y Virgilio.
- 27 Lun. Santos Zoilo, Ladislao y Anselmo.
- 28 Mar. Santos León II, Benigno y Paulo.
- 29 Miér. † SAN PEDRO Y SAN PABLO, San Marcelo y Santa Benedita.
- 30 Juev. La Conmemoración de Santiago.



SAN JUAN BAUTISTA

BIBLIOTECA LITERARIA
MUSEO
BIBLIOTECA

JUNIO



LAS VACACIONES

¡Bendito mes de Junio!
¡Benditas vacaciones!
Por fin, llegó el ansiado
momento de marchar.
Ya estaba yo aburrido
de clases y lecciones,
y me iba ya cansando
de tanto madrugar.

Ya tengo en mi cartera
tres notas de *aprobado*.
En dos asignaturas
ni sé cómo salvé.
En una estaba fuerte,
porque esa la he estudiado;
pero lo que es las otras...
¡Gran susto me llevé!

Mas fuera como fuera,
cumpí perfectamente.
Y ahora ¡a de vámonos!
¡A casa, a descansar!
Mi madre, ¡pobrecita!
me esperará impaciente...
¡No va a ser, madre, abrazo
el que te voy a dar!

Hoy mismo en el correo
emprenderé el viaje.
Ya tengo despachadas
las compras de rigor.
Ya guardo en mi maleta,
que es todo mi equipaje,
mi terno de lanilla
de corte superior.

¡Qué gusto! Ya deseo
mirar aquellos montes
cuando los baña tenue
la luz crepuscular,
y ver aquellos prados,
y aquellos horizontes,
y oír la melancólica
campana del lugar.

Me esperará mañana
mi lecho regalado...
¡Aquellos son colchones
y no el que tengo aquí!
Pues éste, en vez de lana,
parece entarugado,
y el lecho de Procusto
ha sido para mí.

¡Adiós, Doña Matea,
patrona de mis males!
Que siga usted explotando
pupilos sin piedad.
Ahí quedan los trescientos
cuarenta y cinco reales,
importe consabido
de mi mensualidad.

¡Adiós, mis compañeros
de glorias y fatigas!
¡Salud y buenas notas
el Tribunal os dé!
Os dejo en usufructo
a todos mis amigos,
y un duro que le debo
al mozo del café.

¡Abur, encantadoras
vecinas del tercero,
decidle adiós a vuestra
simpática mamá!
Yo volveré en Septiembre
y traeré dinero,
y lo que entonces fuere
entonces sonará.

¡Adiós y achicharrarse,
vecinos de la corte!
Yo, en cambio, allá en mi año
lo pasaré muy bien...
¡A ver, simón! ¡A escape!
¡A la estación del Norte!
¡Adiós, que ya es la hora
y va a partir el tren!

Vital Aza.

M. Santa María

EL USURPADOR

I

—Pues sí: ayer las he visto á pocos metros de esa alfombra de tejas, alrededor de ese campanario que allá á lo lejos se ve, revoloteando libres, felices, aparejadas y deshaciendo á latigazos con las alas los montones de aromas que las flores empiezan á abandonar al viento. Y sin embargo, no vienen á este nido de nuestro balcón... Sus amores coincidieron con mis amores. ¡Pobres golondrinas! Cuando ellas vinieron, por la primavera pasada, á construir el nido, parecía que el mío iba á formarse al mismo tiempo. Y ellas se fueron, y mis ilusiones pasaron también... Ayer he recibido una carta y he visto unas golondrinas. Te lo confieso, Rafael: será una tontería, pero siento impaciencias, zozobras, vacilaciones...

—¡Siempre visionario, siempre soñador, poeta siempre! No voy á dejarte que subas otra vez á mi cuarto... Pero el hecho es que hay golondrinas ya por todas partes, y las nuestras no llegan... ¡Calla! Por allí viene una pareja...

—¡Nada! ¡No son las *nuestras*! ¡Se van...! Me da rabia preocuparme por tales pequeñeces.

—¡Pobre Alejandro! ¡Qué loco estás!

—Sin embargo, á veces coincidimos.

—Sí, coincidimos en gustarnos los pájaros. Pero tú eres psicólogo, yo naturalista; tú poeta, yo cazador; tú nervioso, yo sanguíneo. Desengáñate, no estamos de acuerdo. Nos parecemos, sí, en que los dos somos estudiantes...

—Justo. Y en que nos decidimos á mirar los libros cuando ya los exámenes están al caer.

Y Rafael añadió sentenciosamente: *Non oportet studere, sed studuisse.*

II

La noche había ya colgado en el cielo sus estrellas, levemente doradas; había colgado en el aire sus velos negros; había acallado los rumores del día y esparcido las esencias del campo.

Rafael y Alejandro, asomados al balcón nuevamente, silenciosos y pensativos, abarcaban con la vista las más grandes distancias asequibles, mirando siempre el uno á la tierra y el otro al cielo.

Ligero murmullo turbó el reposo. Parecía oírse ruido de alas en el nido. Alejandro fué á hablar, y Rafael, haciéndole signo de que callara y sujetándose en el balcón, alzó la mano, la introdujo en el nido abandonado junto al dintel, y se oyó un gemido que anunciaba un estremecimiento. Estrujándole con los dedos, sacó prisionero del nido un pajaraco negro, feo, sucio.

Y Alejandro, desesperado porque no volvían las golondrinas, le arrebató de las manos la presa, retorció la cabecita del ave-chucho, y le arrojó con ira contra la pared. Alejandro siguió al balcón impaciente y febril, como el que espera sin esperanza.

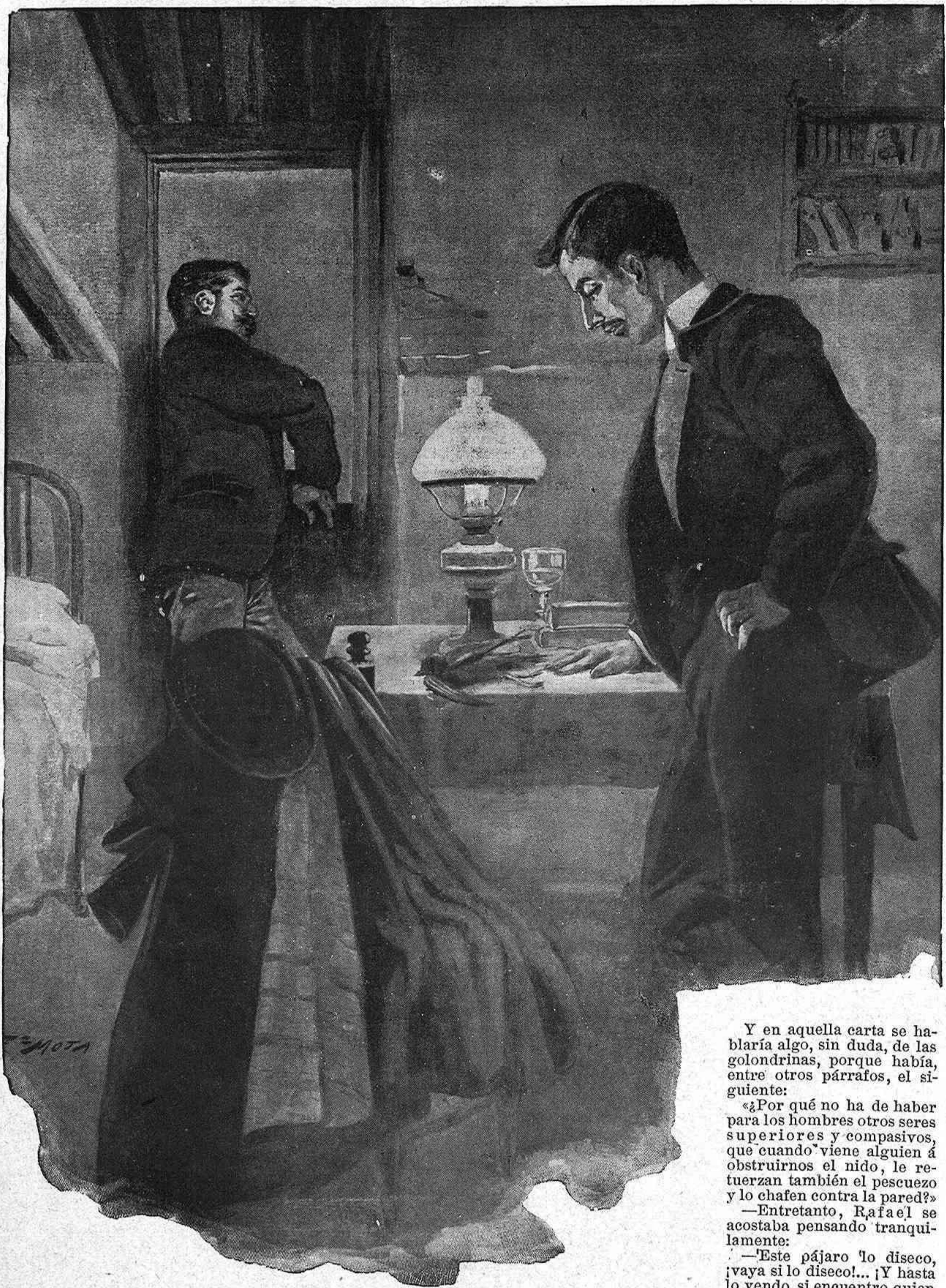
Rafael, con gran calma, recogió el pajaraco, le puso sobre el velador, le dió cien vueltas, lo examinó pluma por pluma, y miraba á Alejandro con lástima y asombro á la vez.

—Adiós chico—le dijo éste,—tengo que escribir una carta.

III

Bajó Alejandro á su habitación, y mientras se le saltaban involuntarias lágrimas, trazó sobre un blanco pliego dos palabras tan nerviosamente escritas que sólo la persona á quien iban dirigidas sería capaz de entender que decían *vida mía*.





Y en aquella carta se hablaría algo, sin duda, de las golondrinas, porque había, entre otros párrafos, el siguiente:

«¿Por qué no ha de haber para los hombres otros seres superiores y compasivos, que cuando viene alguien á obstruirnos el nido, le retuerzan también el pescuezo y lo chafen contra la pared?»

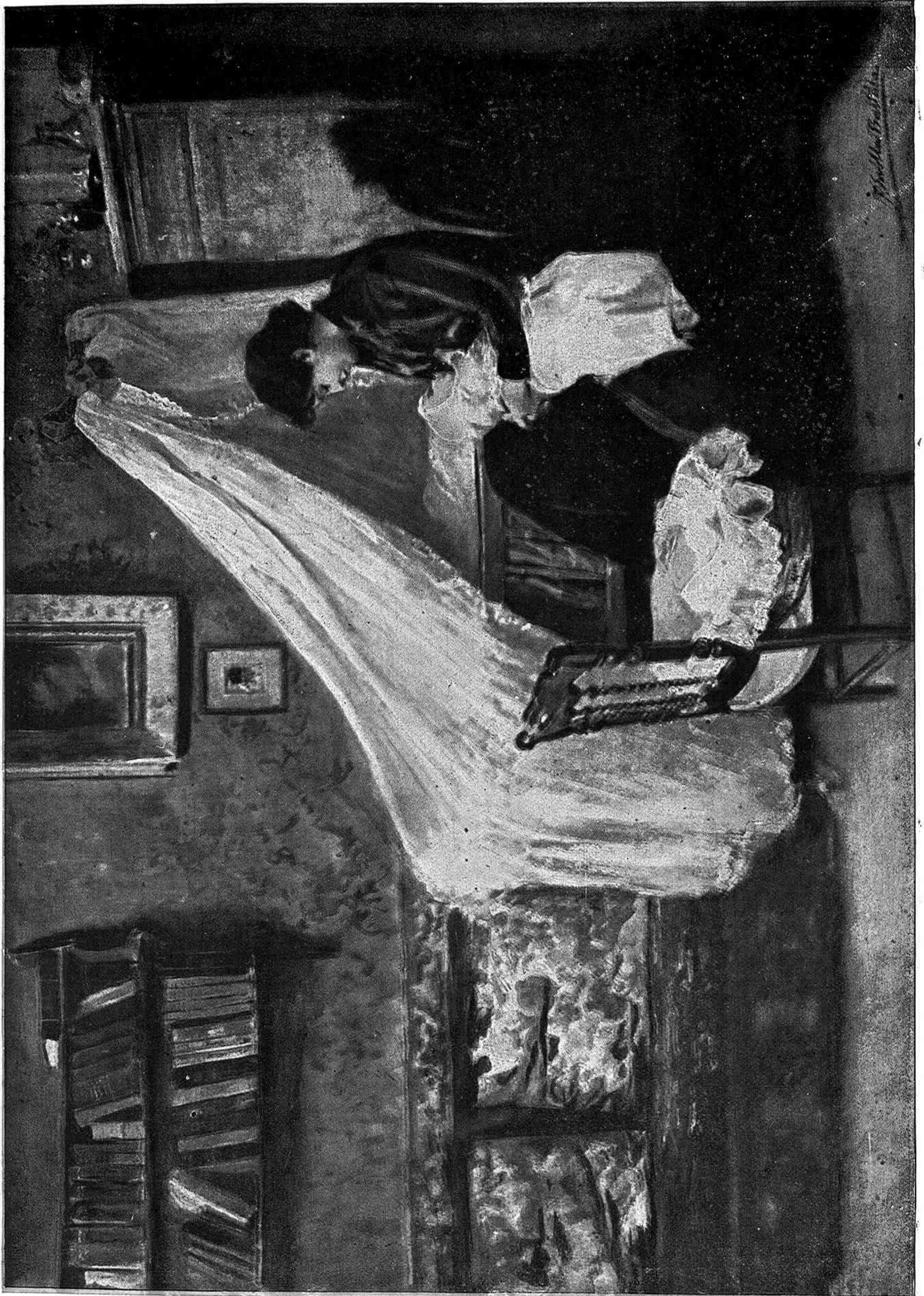
—Entretanto, Rafael se acostaba pensando tranquilamente:

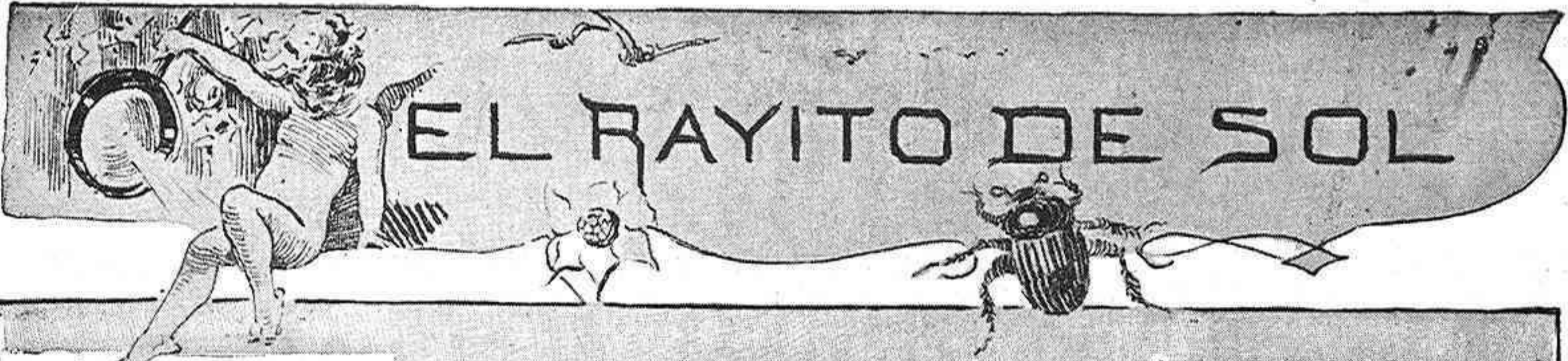
—'Este pájaro lo diseco, ¡vaya si lo diseco!... ¡Y hasta lo vendo, si encuentro quien me lo compre!

IV

Las golondrinas volvieron al nido, ya libre; pero Rafael y Alejandro iban á cogerlas para acariciarlas, y 'entonces' volaban con más brío y en regresar tardaban más. Porque á las golondrinas, con las 'mismas' ansias de libertad que los hombres, no hay como favorecerlas y mimarlas para que no se las vuelva á ver.

RICARDO J. CATARINEU





EL RAYITO DE SOL

Por el paseo
de los castaños,
los viejecitos,
con paso tardo,
van tristemente,
van encorvados,
del sol de invierno
buscando un rayo.

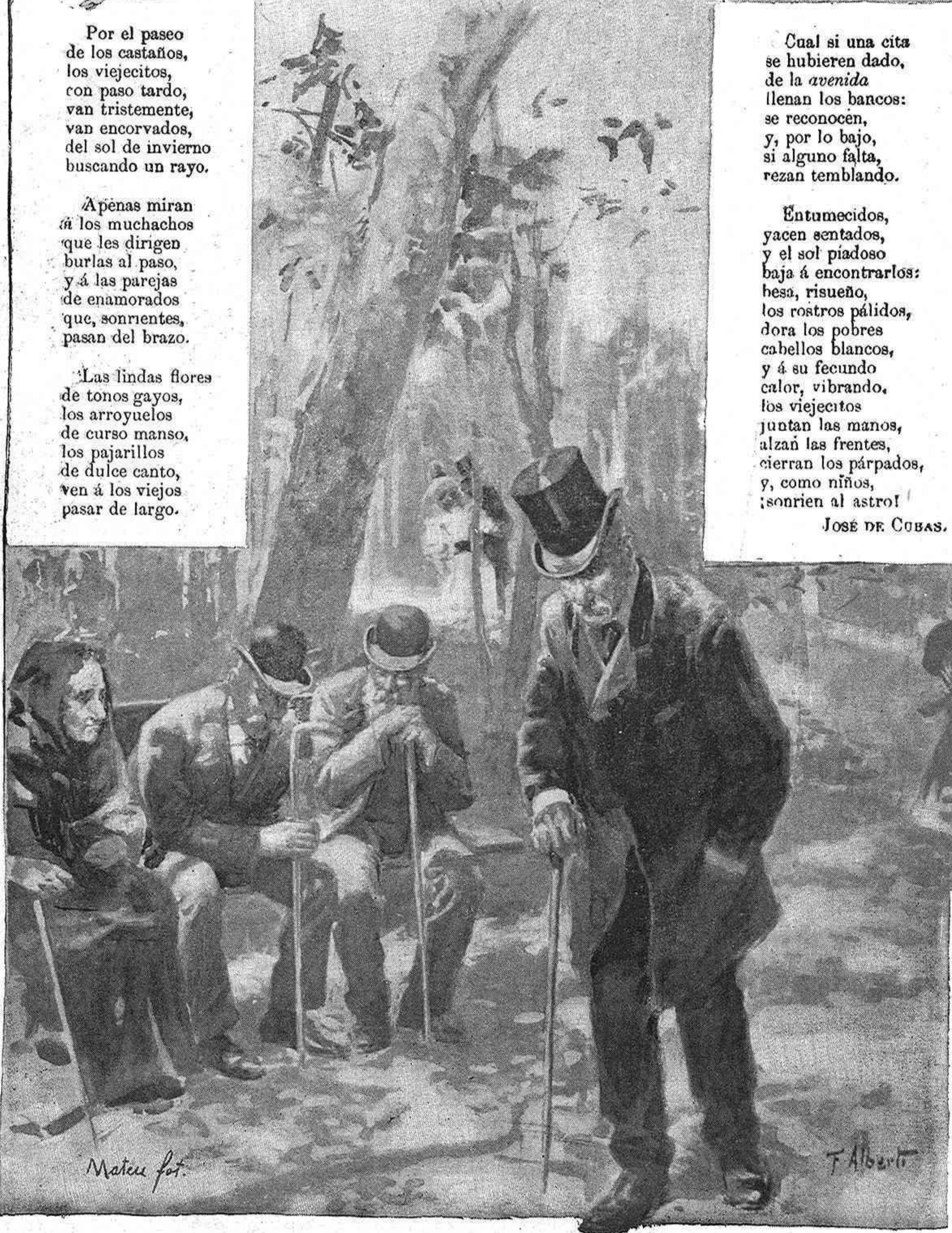
Apénas miran
á los muchachos
que les dirigen
burlas al paso,
y á las parejas
de enamorados
que, sonrientes,
pasan del brazo.

Las lindas flores
de tonos gayos,
los arroyuelos
de curso manso,
los pajarillos
de dulce canto,
ven á los viejos
pasar de largo.

Cual si una cita
se hubieren dado,
de la avenida
llenan los bancos:
se reconocen,
y, por lo bajo,
si alguno falta,
rezan temblando.

Entumecidos,
yacen sentados,
y el sol piadoso
baja á encontrarlos:
hesa, risueño,
los rostros pálidos,
dora los pobres
cabellos blancos,
y á su fecundo
calor, vibrando,
los viejecitos
juntan las manos,
alzan las frentes,
cierran los párpados,
y, como niños,
sonrien al astro!

JOSÉ DE CUBAS.



Mateu fot.

F. Alberti

BIBLIOTECA

JUAN DE ARIAS

Tradición burgalesa.

I

En los primeros años del siglo xv vivía en Burgos una pobre viuda, cuyo marido, muerto gloriosamente peleando contra el moro, no le había dejado al morir otra fortuna ni otros bienes que un niño y una niña, ambos de muy corta edad; viéndose por tanto obligada la infeliz á buscar en el trabajo, no sólo la propia subsistencia, sino también y además la de sus hijos.

Aunque laboriosa como pocas, la pobre mujer trabajaba día y noche; su mal retribuido trabajo apenas le bastaba á procurarle lo estrictamente necesario para no morir de hambre, no obstante lo cual, llevaba con cristiana resignación sus duelos y privaciones, apenándola únicamente la idea de que su hijo no podría tener la esmerada educación de que, á no dudar, era digno.

Juan de Arias, porque tales eran el nombre y apellido del muchacho, ó Juanillo á secas, como no sólo su familia, sino todos los vecinos y vecinas le llamaban, hacia concebir en efecto las más risueñas y brillantes esperanzas, porque desde que su madre, que, por excepción, dada la época, era una mujer instruída, le enseñó las primeras letras, Juanillo mostró un gran deseo de estudiar y de saber, viéndosele, no sólo analizar cuanto oía ó leía, sino deducir y juzgar de las ideas que le eran expuestas, induciendo y deduciendo después con la lógica y la habilidad de una razón ya formada.

Por estas condiciones que le adornaban y que fueron la nota más saliente de su carácter, Juanillo, que como todos los niños, había oído referir esos estupendos cuentos de brujas, fantasmas y aparecidos que todos los niños oyen, y todos, ó casi todos creen, siendo el terror de sus corazones infantiles, se reía de todos esos cuentos y se burlaba de todas esas cosas; pues fuera de los de la religión cristiana, en los que sincera y absolutamente creía, los demás misterios y cosas sobrenaturales eran para él, ó dificultades científicas, que procuraba explicarse y vencer, ó paparruchas ridículas, de las cuales se burlaba.

Espíritu razonador, Juanillo, sin sospecharlo siquiera, era una razón poderosa y un espíritu fuerte y esforzado, que rechazaba con indignación las preocupaciones de su época, rica, á decir verdad, en ellas; bien es cierto que en esto de preocupaciones y absurdos todos los siglos son ricos; y el nuestro, á pesar de ser



escéptico y descreído como pocas, es como pocas también dado á las preocupaciones y asequeble á los absurdos.

II

Una tarde, la viuda de Martín Arias, así en vida se llamaba el valiente y esforzado padre de Juanillo, rezaba como de costumbre, arrodillada delante de un altar de la Virgen, en la Catedral de Burgos, y á su lado y arrodillados como ella, rezaban

también sus dos hijos, de los cuales, el varón había llevado á la Virgen una hermosa corona de flores silvestres, cogidas por él en los campos y bosques, donde con otros chicos de su edad había correteado todo el día.

Juan, hecha su piadosa ofrenda y concluída su corta aunque fervorosa oración, no pudiendo dominar su natural viveza, ni permanecer tranquilo mucho tiempo, se puso de pie y después de recorrer con sus miradas los objetos todos de la capilla, y de examinar no por curiosidad, sino porque no podía estarse quieto, si estaba bien corrido el cerrojo de una ferrada puerta que frente al altar había y que á una profunda y antigua piscina daba entrada, sin darse cuenta de ello y sin que su madre y hermana notaran su desaparición, comenzó á recorrer la Catedral, cuya bellezas, tradiciones y secretos conocía como pocos.

Juanillo, en efecto, que desde la edad de cinco años había visitado diariamente y por lo menos dos ó tres veces cada día la magnífica Catedral, escuchando atentamente cuanto de ella referían á los que la visitaban, los clérigos, los sacristanes, los campaneros, los monaguillos y cuantos conocían la historia, tradiciones, leyendas y secretos del célebre monumento, y que, por añadidura, había oficiado de monago muchas veces y ayudado á los sacristanes en las tareas de limpieza, conocía palmo á palmo la basílica, no existiendo en ella altar, sepulcro, puerta, ventana, escondrijo ni rincón que no hubiera examinado muchas veces. Y tanto como en su parte material, conocía Juanillo la Catedral en sus tradiciones y leyendas, al escuchar las cuales había sonreído burlón algunas veces, porque el muchacho, que á una fe y á una piedad profundas, unía una aversión instintiva á admitir como verdades dogmáticas cosas que distaban mucho de serlo, ni creía la mayor parte de los terroríficos relatos que escuchaba, ni temía, como los chicos y hasta muchos grandes suelen temer, las jugarretas y malas artes de los muertos, aparecidos, brujas, duendes, endriagos y fantasmas.

Pintado con lo ya dicho el carácter del protagonista de mi relato, tiempo es ya de volver á su madre y á su hermana, las cuales, cuando al concluir sus oraciones notaron que Juanillo había desaparecido, creyeron que se hallaría visitando, como tantas otras veces, la Catedral, y sin sobresalto alguno recorrieron, buscándole, tanto la nave principal, cuanto las capillas todas, en ninguno de cuyos sitios fué encontrado el que buscaban.

Pensando, en vista de esto, que el muchacho se habría marchado á casa, y que en ella, al llegar, le encontrarían, á casa se dirigieron madre é hija; pero tampoco en ella estaba el chico, por cuya razón, deshaciendo lo andado y llenas de cuidado ya, volvieron á la Catedral, preguntaron á los sacristanes que en aquel momento cerraban las macizas puertas, y como éstos nada sabían de Juanillo, ambas, aunque cada una por su lado, recorrieron las calles y plazas buscándole; ambas fueron cien veces á su casa y otras cien se lanzaron á la calle inútilmente, porque el chico no parecía ni pareció en toda la noche.

—¿En dónde estará mi hijo? ¿Qué le habrá pasado á mi Juan?—exclamaba su madre entre sollozos.

III

Descansando de lo mucho que durante el día había correteado por el campo, Juanillo, acurrucado en el sillón presidencial del coro de la Catedral de Burgos, dormía á pierna suelta; y ni el sacristán, á pesar de haber pasado repetidos veces junto á él agitando las llaves del templo y repitiendo la frase *se va á cerrar*, había despertado al muchacho, ni éste, por culpa de su vestido de paño pardo, que se confundía con las sombras, había sido visto por el sacristán, que, linterna en mano, había, antes de cerrar, hecho la indispensable requisa.

Cerradas después de ésta las pesadas puertas del templo, dentro del cual, nadie, ni grande ni chico, quedaba, según dijeron los sacristanes á sus atribuladas madre y hermana, Juanillo, mientras ellas llenas de afán é inquietud le buscaban por todas partes, dormía con toda tranquilidad y sin cuidado alguno, y ya los gallos habían cantado al mediar la noche, cuando el frío—en Burgos de noche hace frío todo el año—le hizo que despertara.

La luz de la luna, que iluminaba á trozos la nave principal, coro y capillas del templo, le permitió desde el primer momento reconocer el lugar donde se encontraba, recordando entonces que había dejado á su madre y hermana rezando en la capilla de la Virgen, que después entró en el coro, que en él se sentó y que á causa sin duda de su cansancio se había dormido en él tranquilamente.

—Buena la he hecho con dormirme y buena estará mi madre—murmuró entre dientes el muchacho.—¡Pobre madre!—añadió,—¿cuánto llorará esta noche y qué mal rato la estoy dando sin querer!, á pesar de lo cual es seguro que mañana habrá azotes y casi seguro que no habrá comida, como esta noche no hay cena y lo peor del caso es que tengo hambre.

De este modo se expresó al despertar Juanillo, en cuyo espíritu las solemnes grandeza y majestad del lugar en que se encontraba, la completa soledad en que se veía y el imponente silencio que reinaba, lejos de despertar ideas de temor, las despertaron de placer, puesto que dándose perfecta cuenta de ellas, mejor—dijo,—visitaré la Catedral de noche y la veré como ninguno la ha visto, y diciendo y haciendo comenzó á recorrer una por una las diferentes capillas.

Al llegar á la de la Virgen, el muchacho quedó absorto ante la belleza del cuadro que á sus atónitas miradas se ofrecía.

La luz de la luna, penetrando en la capilla á través de los cristales de colores de una altísima vidriera, frente al altar situada, iluminaba completa y espléndidamente la sagrada imagen de la hermosa Madre Dios, de cuyos ojos brotaban, al parecer, miradas de sin igual dulzura y cuyos sonrientes labios parecía que iban á abrirse para dejar oír la voz de la Reina de los Angeles, la cual, á causa de la altura de la vidriera, que sólo permitía que la luz de la luna iluminara la santa imagen, pero no los lados ni la parte baja del altar, aparecía surgir de las tinieblas, luminosa ingrátida, divina.

—Si la viera ahora mi madre—pensó el chico;—y acordándose de su madre, se arrodilló ante la imagen de la de Jesús para pedirle consolará á la suya aquella noche.

—«Vuelve á nosotros esos tus ojos»—decía con fervor Juanillo, cuando un ruido, que semejaba el rumor de pasos, llegó á sus oídos é interrumpió su oración.

Otro niño cualquiera, mejor dicho, no cualquier otro niño, sino cualquier hombre, dado lo imponente de la situación, se hubiera aterrorizado seguramente pensando en esos fantasmas, en esos muertos que abandonan sus tumbas por las noches para dar guerra á los vivos, en esos espíritus malignos, en fin, fruto de la superstición; pero Juanillo, que ni era supersticioso ni creía en aparecidos, no pensó en lo sobrenatural, á pesar de lo cual se sobresaltó muy de veras, porque, si como creía, se trataba de un robo sacrílego y los ladrones le veían, corría el peligro de ser muerto.

—¿Dónde me escondo?—se preguntó mentalmente;—y como conocía la Catedral piedra por piedra, recordó que entre el altar de la Virgen y el muro granítico del templo existía una estrechísima escalera, secreta é invisible exteriormente, que llegaba hasta lo más alto del retablo, para cuya limpieza servía;—y allí—se dijo,—allí estaré seguro;—y corriendo la tabla derecha del ara del altar que servía de puerta de entrada á la escalera, desapareció por la abertura, volviendo á correr la tabla.

Bien había hecho el muchacho en ocultarse, porque un ladrón, en efecto, procurando apagar el ruido de sus pisadas, avanzaba cautelosa pero decididamente hacia el altar de la Virgen, cuya magnífica corona de brillantes era, sin duda, e

objeto de sus sacrílegos deseos, puesto que con intención de apoderarse de ella, se puso de un salto encima del altar, extendiendo después el brazo para coger la rica joya.

—¡Sacrílego!—exclamó con santa indignación, pero imprudentemente, Juanillo al ver el movimiento del bandido.

Juzgando que había sido descubierto, el ladrón descendió de un salto del altar y desnudó ferozmente su daga, cuya vista, haciendo comprender á Juanillo que su exclamación podía costarle la vida, le inspiró la atrevida idea de defenderse con lo mismo que le podía perder, y jugándose animoso el todo por el todo—¡sacrílego!—repitió con voz tonante, por dos veces.

Miró el bandido á todas partes, escuchó anhelante un corto rato y, no viendo á nadie, no escuchando nada, creyó, como Juanillo se proponía y esperaba, que era la Santísima Virgen la que por tres veces le había increpado; y él, que estaba dispuesto á matar, á defenderse desesperada y bizarramente de los hombres, á arrostrar intrépido todo peligro humano, tembló, tuvo miedo, se aterró ante lo divino; y sin poder valerse, sin darse quizá cuenta de lo que hacía, dejó caer el puñal, y él mismo, vencido, anonadado por el terror, cayó de rodillas, exclamando:—¡Perdón, perdón, Virgen santa!

De rodillas y aterrado permaneció el bandido un largo rato; pero como ningún daño experimentaba, como todo era quietud y silencio en la Catedral y la cólera de Dios no se desataba terrible en contra suya, el bandido fué calmándose por grados y poco á poco recobrando el perdido valor, al recobrar el cual, alentado por la impunidad y estimulado por la riqueza de la corona de la Virgen, cuyos magníficos brillantes centelleaban tentadores, se disponía á ponerse en pie para lanzarse por segunda vez al altar,

cuando Juanillo, que había leído en las ávidas miradas del bandido sus criminales intentos y que se había trazado ya un plan completo para evitar el robo y apoderarse del ladrón—infame—exclamó:—¿qué es lo que por segunda vez intentas?

«Sólo un ser sobrenatural, la Virgen tan sólo—pensó el bandido,—puede leer, como ha leído, mi pensamiento y adivinar mis intenciones;— y nuevamente creyó que era la Madre de Dios la que le hablaba, y se aterró nuevamente.

—Podía anonadarte, podía sepultarte vivo y hundirte para siempre en los infiernos—continuó diciendo el muchacho;—pero quiero que vivas y te arrepientas, y para que la necesidad no te arrastre al crimen, voy á hacerte rico; levántate.

El bandido se puso en pie, obedeciendo maquinalmente.

—Frente á mi altar hay una puerta: descorre el cerrojo y abre—dijo de nuevo Juanillo, que viendo que el ladrón le obedecía aterrado, prosiguió dándole órdenes.

—Entra, baja catorce escalones y luego sigue adelante hasta que encuentres el tesoro que te doy, y que hallarás al final de una obscura galería. Entra, obedece, quiero que seas rico y que te arrepientas.

Automáticamente y sin saber lo que hacía entró el bandido, y no bien su figura se perdió en la obscuridad, cuando saliendo del interior del altar, apareció Juanillo en la capilla y de un salto llegó á la puerta por donde había desaparecido el ladrón, cuyos pasos sonaban cada vez más apagados y distantes.

—Sigue, ¡no temas, el tesoro está ahí—gritó fuertemente el chico.

—¡Oh, Virgen Santa!—exclamaba en aquel momento el ladrón, ya veo brillar el tesoro, ya lo veo.

—¡Cógelo, cógelo, pues!—dijo á voces y riendo á carcajadas Juanillo, que con una ligereza y una sangre fría pasmosas, cerró de pronto la puerta y corrió rápidamente sus cerrojos.

IV

El suceso metió ruido, porque Juanillo, una vez asegurado el ladrón, se colgó de la cuerda de un esquilón cuyos sonidos alarmaron al campanero, el cual, á su vez, echando á vuelo sus lenguas de metal, puso en alarma y conmoción á Burgos, cuyos valerosos y esforzados vecinos, al oír el toque inusitado de las campanas, acudieron á la Catedral para enterarse de lo que sucedía, y una vez enterados, prendieron al ladrón, y entusiasmados con el muchacho, le condujeron á su casa triunfalmente.

Entusiasmado también el Obispo hizo que Juanillo al siguiente día le refiriera minuciosamente lo sucedido, y comprendiendo por su relato todo lo que el muchacho valía, dispuso fuera educado á costa suya.

Juan de Arias llegó á ser Obispo de Segovia en el reinado de Enrique IV de Castilla, y en sus escritos, combatió con sin igual habilidad y donaire las muchas pre-

MARIANO VALLEJO



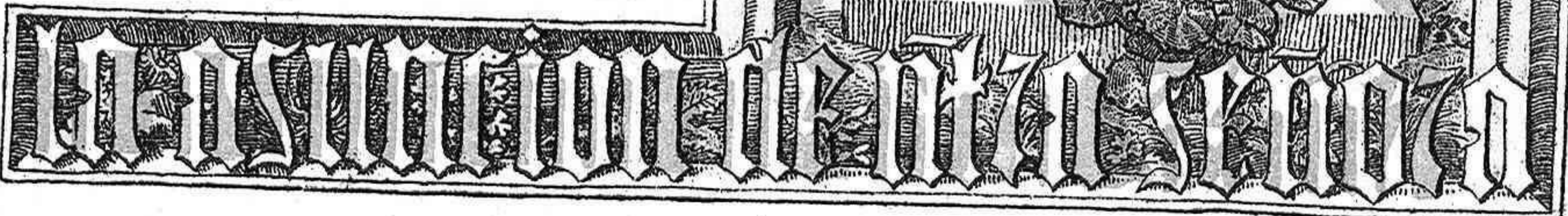
lentos de erudición y de ciencia, combatió con sin igual habilidad y donaire las muchas ocupaciones de su época.

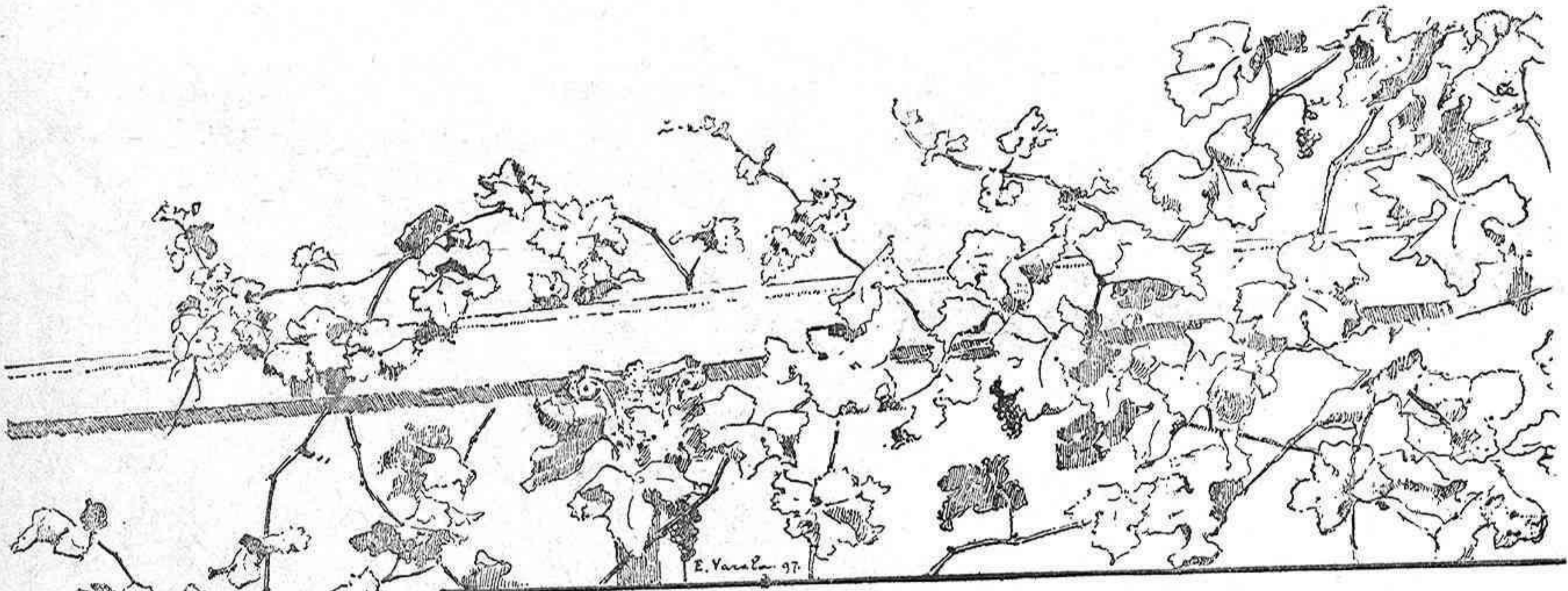


31 DÍAS

Consagrado al Corazón de María.

- 1 Lun. Santos Pedro Advíncula y Félix.
- 2 Mar. Nuestra Señora de los Ángeles.
- 3 Miér. La Invención de San Esteban.
- 4 Juev. Santo Domingo de Guzmán y S. Eleuterio.
- 5 Vier. Nuestra Señora de las Nieves.
- 6 Sáb. La Transfiguración del Señor.
- 7 Dom. Santos Cayetano, Alberto, Donato y Fausto.
- 8 Lun. Santos Emiliano, Ciriaco y Marino.
- 9 Mar. Santos Román y Marciano.
- 10 Miér. San Lorenzo.
- 11 Juev. San Tiburcio, Santas Filomena y Susana.
- 12 Vier. Santa Clara, San Eusebio.
- 13 Sáb. San Casiano, Santa Elena.
- 14 Dom. San Eusebio y Santa Anastasia.
- 15 Lun. † LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA.
- 16 Mar. Stos. Roque y Jacinto, Sta. Eufemia.
- 17 Miér. Santos Paulo y Librado, Sta. Juliãna.
- 18 Juev. Santa Clara, San Leonardo.
- 19 Vier. Santos Mariano y Luis, Santa Tecla.
- 20 Sáb. Santos Bernardo y Samuel.
- 21 Dom. San Joaquín, Santas Juana, Francisca y Ciriaea.
- 22 Lun. Stos. Fabriciano, Timoteo é Hipólito.
- 23 Mar. Stos. Felipe, Donato y Valeriano.
- 24 Mier. Stos. Bartolomé y Patricio, Sta. Aurea.
- 25 Juev. Santos Luis y Ginés, Santa Patricia.
- 26 Vier. Santos Ceferino, Segundo y Vítores.
- 27 Sáb. Stos. José, Rufo, Cesáreo y Licesio.
- 28 Dom. Stos. Agustín, Moisés, Cayo y Pelayo.
- 29 Lun. La Degollación de San Juan Bautista, Santa Sabina y S. Adolfo.
- 30 Mar. Sta. Rosa, Stos. Celedonio y Emeterio.
- 31 Miér. Stos. Ramón y Vicente, Sta. Cristeta.





AGOSTO

¡Oh, Agosto!... ¡Oh, mes de mi gusto,
que, Soberano Señor,
como el mismo Emperador
Octaviano, eres Augusto!

¡Oh, mes, que en santos anhelos
por verdaderas grandezas,
con los Angeles empiezas
de la Reina de los Cielos!

¡Oh, mes de espléndidos días
en que tu mano dorada,
suprime de una plumada
la nieve y las noches frías!

¡Mes de apacibles minutos,
protector todos los años,
de las viñas, y los baños,
y las frutas, y... los frutos!

¡Mes, cuya ansiada venida
llena al mortal de contento,
con luz, goces, movimiento,
y exuberancia de vida!...

Sin sombrero y sin abrigo,
cual siempre quisiera hallarme,
y sin miedo á constiparme,
te saludo y te bendigo.

Si hay alguien que desconoce
tu amor y desinterés,
pruébale que eres ¡oh, mes!
el mejor mes de los doce.

Sobra al pobre en tu reinado
el más modesto petate
y comiéndose un tomate
se da por alimentado.

El aguador con sus cubas
hace negocio mayor,
y cualquier trabajador
se contenta con pan y uvas.

Las escaseces y afanes
de la clase media tapas,
permitiendo empeñar capas
y levitas, y gabanes.

Y haces á muchos *sujetos*
personas de distinción
con un chico de limón
y una silla en Recoletos.

Al potentado recreas
con playas y balnearios,
sin gastos extraordinarios
de coches y chimeneas;

con supresión general
de banquetes y reuniones,
círculos y suscripciones
y abonos en el Real.

Tiene en tus hermosos días
el placer los ojos fijos,
y con tus trenes botijos,
verbena y romerías,

abres á la humanidad
un paréntesis dichoso,
y *tu siesta* es un hermoso
sueño de felicidad.

A esos goces infinitos,
¿qué opondrán tus detractores?...
¿Que hay que soportar sudores,
pulgas, chinches y mosquitos?...

Pues digan los higienistas
si daña el sudor que das...
Y respecto á lo demás,
que hablen los naturalistas.

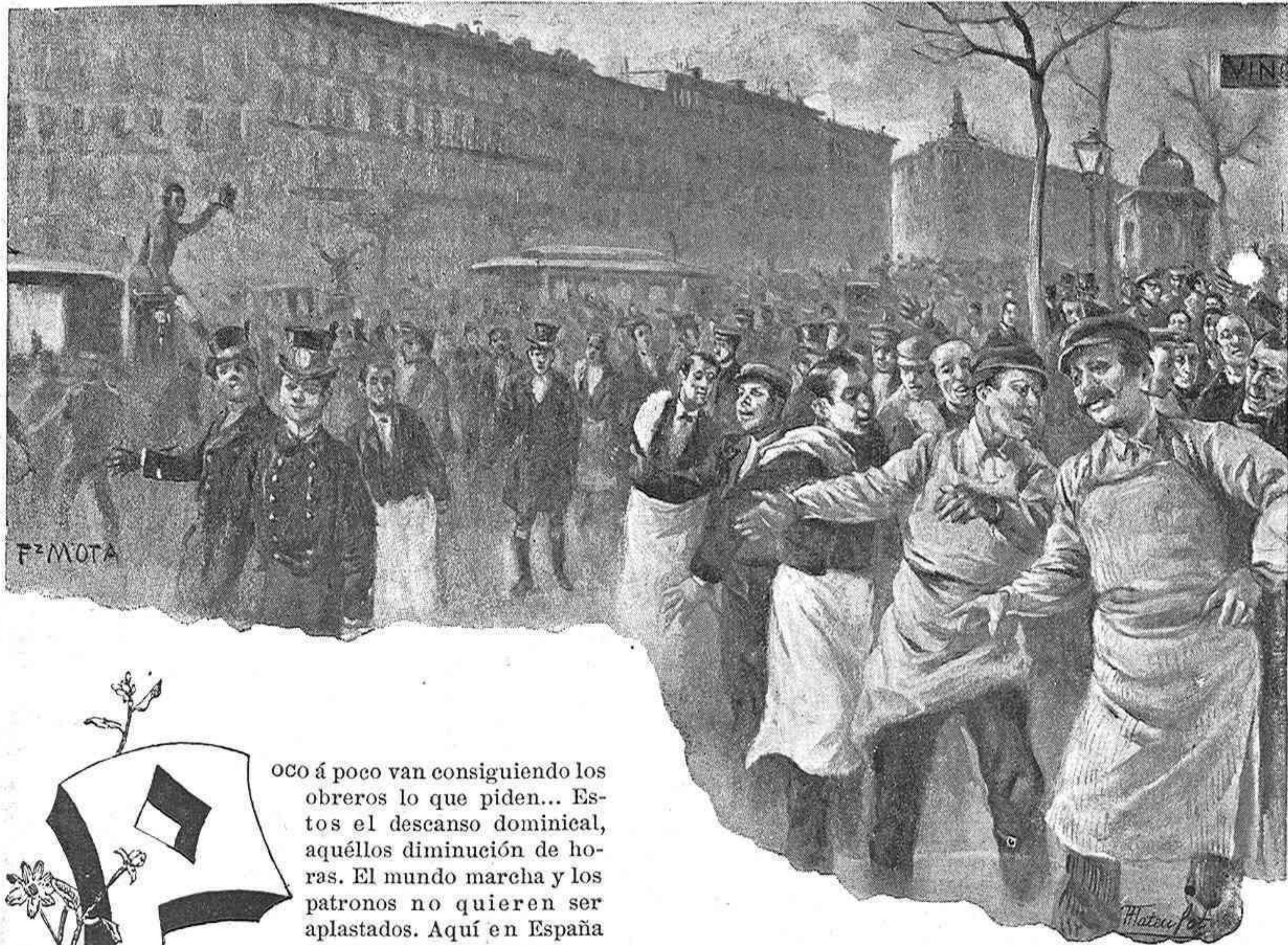
Por el calor no regañen,
ni en vano se mortifiquen:
si lo hace que se abaniquen,
y si aprieta... que se bañen.

Y, en fin, como yo prefiero,
á la blanca nieve, el mosto
y achicharrarme en Agosto
á tiritar en Enero,

bendigo al mes de mi gusto,
que, Soberano Señor,
es del año Emperador
con el renombre de *Agosto*.

JAVIER DE BURGOS.

LA HUELGA MORAL



oco á poco van consiguiendo los obreros lo que piden... Estos el descanso dominical, aquéllos disminución de horas. El mundo marcha y los patronos no quieren ser aplastados. Aquí en España resolvemos estas cuestiones

más pronto que en otros países. Los amos, los dueños de los establecimientos se ponen más pronto en la razón. Y es que hay en el fondo de todo corazón español una *sobra* de caridad y de amor al prójimo. El patrón francés ó alemán es más duro. El nuestro acaba por decir: «Después de todo, mi dependiente es un hombre como yo.» Y sobre todo aquellos que comenzaron siendo trabajadores, ceden con sinceridad que les honra.

En este Madrid, tan desordenado y tan vicioso, los únicos que no tenían una hora de expansión la van ganando y la obtienen. Y entretanto, los viciosos y los desordenados siguen haciendo de la noche día, y los restaurantes, cafés, tabernas y casinos, dan las cuatro de la mañana y los parroquianos ó socios siguen hablando, cenando, fumando, riendo y jugando...

Y yo he pensado muchas veces: «Esta vida *imposible*, que sólo se hace aquí y que retrasa todos los negocios y obliga á comenzar á ocuparse de algo á las doce ó á una del día; esta facilidad del vicio que hay en Madrid, no la evitarán ni las leyes ni las costumbres, ¡y la pueden reformar y corregir los que nos sirven á todos de noche!»

Porque si un día, ¡que ojalá venga pronto! se declaran en huelga mozos de taberna, cocineros y camareros de cafés criados de círculos y garitos, cocheros de punto y cocheros de lujo, y dicen: *A partir de mañana cesaremos de trabajar á las doce ó á una de la noche*, ¿quién va servir á tanta gente viciosa y desordenada que vive holgando de media noche al alba?

He aquí como estos dependientes lograrían que Madrid madrugara, que Madrid no fuera una población bohemia por arriba y por abajo; que Madrid no tuviera abiertas centenares, tal vez millares de casas que retienen en ellas, con dolor de madres, esposas é hijos, al marido libertino, al padre olvidado de sus deberes, al jugador empedernido, al noctámbulo incurable y al obrero disipado. Lograrían dos cosas esos obreros de la noche: descansar ellos y obligar á descansar á los demás. Todos los bandos municipales ó gubernativos son y serán inútiles para impedir que Madrid trasnoche. Y en ese trasnoche continuo consisten las tres cuartas partes de las desdichas humanas.

En aquel gran París, que pasa por ser el centro de todos los placeres (y quien dice placeres dice vicios), no hay más que cinco restaurantes abiertos toda la noche. Cafés, *brasseries* y tabernas han de estar cerrados á las dos. En Berlín no hay más que el café restaurant Baüer que quede abierto la noche entera. Prohibido está en Londres este género de vida al revés, y solamente los rusos, que en las costumbres de diversión y holganza se parecen mucho á nosotros, viven de noche y cenan á deshora y se acuestan tarde y con daño. Pues tengo por indudable que si los criados de todas las casas *nocturnas*, llámen-se como se llamen, nos dijese á todos: «Nosotros velamos mientras vosotros os divertís, y hemos concluído», seríamos más honrados todos. Mientras dura el gran baile y el cotillón de la gran fiesta, pasan los cocheros seis ó siete horas esperando el alba á las puertas de la casa rica; mientras juegan miles de duros los señoritos que mutuamente se pelan, han de estar de pie toda la noche los criados; mientras cantan y gritan borrachos y mujeres en los sitios de juelga, ha de trabajar para ellos el que les guisa y el que les escancia y el que ha de estar despierto y listo para el trabajo á la mañana, aunque no duerma más que una hora.

La huelga de toda esta gente destinada á servir al vicio y al desorden sería *lógica* y sería *moral*; y por la primera vez se vería que los de abajo daban leyes á los de arriba.

Porque, no hay que dudarlo, sin cocineros que nos sirviesen la cena, sin criados que nos la trajeran y llevaran, sin cocheros que nos esperasen á la puerta en las noches de invierno, nos iríamos todos, grandes y chicos, temprano á la cama...

Y hace falta madrugar en los tiempos que corren...

EUSEBIO BLASCO

LAS LEÑADORAS

CUENTO EXTRAORDINARIO

I

Brunilde y Lucila eran hermanas, y no contaban en este mundo con nadie que por ellas se interesara.

Su único caudal consistía en una hacha, con la cual iban al bosque á partir leña, y mientras Brunilde hacía astillas de los troncos, Lucila iba formando los haces; de noche regresaban al pueblo las dos hermanas agobiadas por la carga.

Regresaban tristes y silenciosas, contemplando las sombras que proyectaban sobre la polvorienta carretera: Brunilde, la mayor, suspiraba siempre como si un dolor oculto la fatigase con peso abrumador; Lucila, por su parte, se enjugaba con el reverso de la manga las lágrimas que cubrían sus ojos azules y soñolientos.

¡Pobres leñadoras!... Nadie en la aldea parecía prestarles un poco de cariño: los mozos jamás deslizaron en sus oídos una frase apasionada ni una palabra encomiástica; las mozas, en cambio, burlábanse sañudamente de la fealdad de las dos hermanas y de sus vestidos andrajosos.

—¡Qué desgraciadas somos, hermana mía!— exclamaba Brunilde con amargo acento.

—¡Demasiado!— afirmaba Lucila.

II

Brunilde, mientras que arrojaba un puñado de brezos á la hoguera que en el bosque habían formado las hermanas en aquella noche cruel en que la nieve les imposibilitaba regresar á la aldea, decía á Lucila lo siguiente:

—¡Si supieras cuántas noches las paso desvelada, recordando la desdicha que desde que hemos nacido nos persigue y la pena infinita que siento con estos recuerdos.

—Como yo—indicó Lucila.

—Y además la envidia que tengo á todos cuantos conocemos, porque ellos son más felices: unos tienen padres, otros hermanos, otros están casados y se ven rodeados de hijos que los aman, y nos-



F. MOTA

otras en cambio, carecemos de todo, y al paso que vamos, después de una vida miserable, moriremos peor que los gorgojos del bosque.

—Es verdad, Brunilde; peor que los gorgojos del bosque—repitió Lucila; y después de una pausa, murmuró:—¡Si al fin nosotras encontráramos una hada como las que se aparecen en los cuentos!...

—¡Bah! Esas son quimeras.

—Y ¿por qué no había de ser?...

—Porque las hadas son seres fantásticos, que sólo tienen vida en los cuentos.

Volvió á imperar el silencio entre las dos hermanas; la leña chisporroteaba, levantando su lengua tremenda de oro hacia el negro cielo de aquella noche: el reflejo de la llama, al caer sobre la nieve, la daba un tono de plata bruñida...

.....
—Por allí se acerca una viejecita—advirtió Lucila á su hermana, señalándola una tortuosa vereda.

—¡Pobre mujer, en una noche tan horrible como ésta anda por el bosque!...

—¿Quién será?

—¡Calla, que hacia aquí se acerca!

Llegó la viejecita á la hoguera, y después de pedir licencia á las hermanas, se sentó sobre un tronco que había cortado, y extendió sus manos escuálidas y amarillentas hacia la lumbre. Brunilde y Lucila contemplaban con curiosidad á la recién llegada.

III

—He oído vuestra conversación—empezó á decir á las hermanas la viejecita con voz de un timbre purísimo que contrastaba con el aspecto decrepito de su poseedora,—y vengo á ofreceros aquello que más desee vuestra voluntad.

Y notando la cara de sorpresa y duda de sus oyentes, continuó con entonación firme:

—No os extrañe la oferta: el mundo está poblado de hadas buenas y hadas malas; habéis tenido la fortuna de que vuestros lamentos sean escuchados por mí, y quiero remediar vuestra situación. Pedid ahora un dón, y yo os lo concederé...

Quedáronse perplejas las hermanas. Brunilde fué la primera que habló:

—Quiero que me hagáis rica—dijo al hada.

—Bien: serás rica—afirmó la viejecita.

Y dirigiéndose á la menor de las leñadoras, la preguntó:

—¿Y tú, qué deseas?

—Ser la mujer más hermosa del mundo.

—¡Lo serás!

Y la hada, registrándose los bolsillos de su falda, sacó de ellos una escarcela y un collar de perlas.

A Brunilde la entregó la primera y á Lucila el collar, diciéndolas:

—En este bolsillo encontrarás siempre cuanto dinero desees, y con este collar te transformarás en la mujer más hermosa; pero he de haceros una advertencia: no os separéis nunca de estos maravillosos objetos, si no queréis perder su encanto.

Y dichas estas palabras, abandonó á las dos hermanas.

Las pisadas de la viejecita hacían chasquear débilmente la capa de nieve que envolvía la tierra.

IV

Ya han pasado algunos años desde que la hada visitó á Lucila y Brunilde, y en este lapso de tiempo las dos hermanas han realizado sus ensueños.

Brunilde está casada con un príncipe y Lucila con un rey.

Las riquezas de la hermana mayor y la hermosura de la menor son tan extraordinarias, que la fama las trompeta á diario.

Y las pobres leñadoras encienden la envidia de cuantos las conocen.

Pero ¡ay! que la felicidad es ráfaga de aire y la dicha un sueño brevísimo.

Brunilde y Lucila son felices, porque creen firmemente que sus egregios esposos las idolatran.

Un día, Brunilde perdió su escarcela en un bosque, adonde había asistido con la corte á una gran cacería que en su obsequio se celebraba.

Y otro día, Lucila se encontró con que el collar de perlas le había sido robado.

Y por más que las dos hermanas trataron de recuperar los objetos perdidos, no les fué posible su hallazgo, y la advertencia de la hada cumpliése en todas sus partes.

Brunilde no pudo hacer frente á los cuantiosos gastos á que se había acostumbrado.

Y Lucila amaneció un día fea y decrepita.

Los maridos de las hermanas, al notar la terrible metamorfosis de sus mujeres, las repudiaron, arrojándolas ignominiosamente de sus palacios.

Encontráronse las dos hermanas, y después de llorar con amargura la ingratitud de que eran víctimas, emprendieron la vuelta hacia el bosque en que se les apareciera la hada.

Y como la vez primera, encendieron por la noche una hoguera, y en voz alta lamentáronse de su suerte.

Apareció ante ellas la viejecita.

Y sentándose sin decir palabra sobre el mismo tronco que en noche parecida se sentara hacía años, dijo á sus oyentes:

—Sé la causa de vuestra pena; pero me es imposible restituiros los objetos que os entregué.

—¡No importa!—replicó Brunilde.—No queremos de vuestro poder más que una cosa: el que nos restituyáis el cariño de nuestros esposos.

—¡Imposible!—exclamó la viejecita.—Para eso sería preciso inspirar el amor hacia vosotras en aquellos que, guiados tan sólo por vuestra hermosura y riqueza, os han hecho suyas.

Al oír esto las hermanas, sintieron agolpársele el llanto á sus ojos.

—¡Por lo que más queráis, oh, hada, concedednos esa gracia, porque nosotras amamos firmemente á nuestros maridos!...

—¡Imposible!—volvió á repetir la viejecita.—Para inspirar el amor no existe ningún amuleto: el amor nace en el pecho de los mortales y nadie puede á la fuerza implantar este afecto. No hay poder en la tierra que realice el milagro de que se ame á una persona si no existe mutua atracción entre ambas...



Las dos hermanas han vuelto de nuevo á su pesada faena de cortar leña. Y es fama que las leñadoras repiten muchas veces al caer el hacha sobre los troncos: Lo único que no admite disfraz es el amor!... Y dicen esto con voz apesadumbrada, como un lamento.

ALEJANDRO LARRUBIERA



García
Mencía

Impreso REVISTA MODERNA **VALENCIANA**—ACUARELA DE GARCÍA MENCÍA *Fotog. tricolor Mateu.—Madrid.*

SEPTIEMBRE

Ya ha llegado Septiembre, la vendimia
comenzará muy presto,
y á nosotros, con mimo y con cuidado,
vendrán á recogernos,
y entre flores y frutas exquisitas,
brillantes luciremos
sobre la mesa, como rico adorno,
en lujoso frutero.
En tanto que vosotros, ¡infelices!
iréis en hondo cesto
al inmundo lagar, donde iuelementes
os pisotean luego.
—Es verdad—contestaron los racimos
del humilde viñedo:—
vosotros, por nacer en esa altura,
gozáis mil privilegios;

pero pensad que al fin somos iguales
y que si, andando el tiempo,
un día nos *subimos á la parra...*
¡Dios sabe lo que haremos!

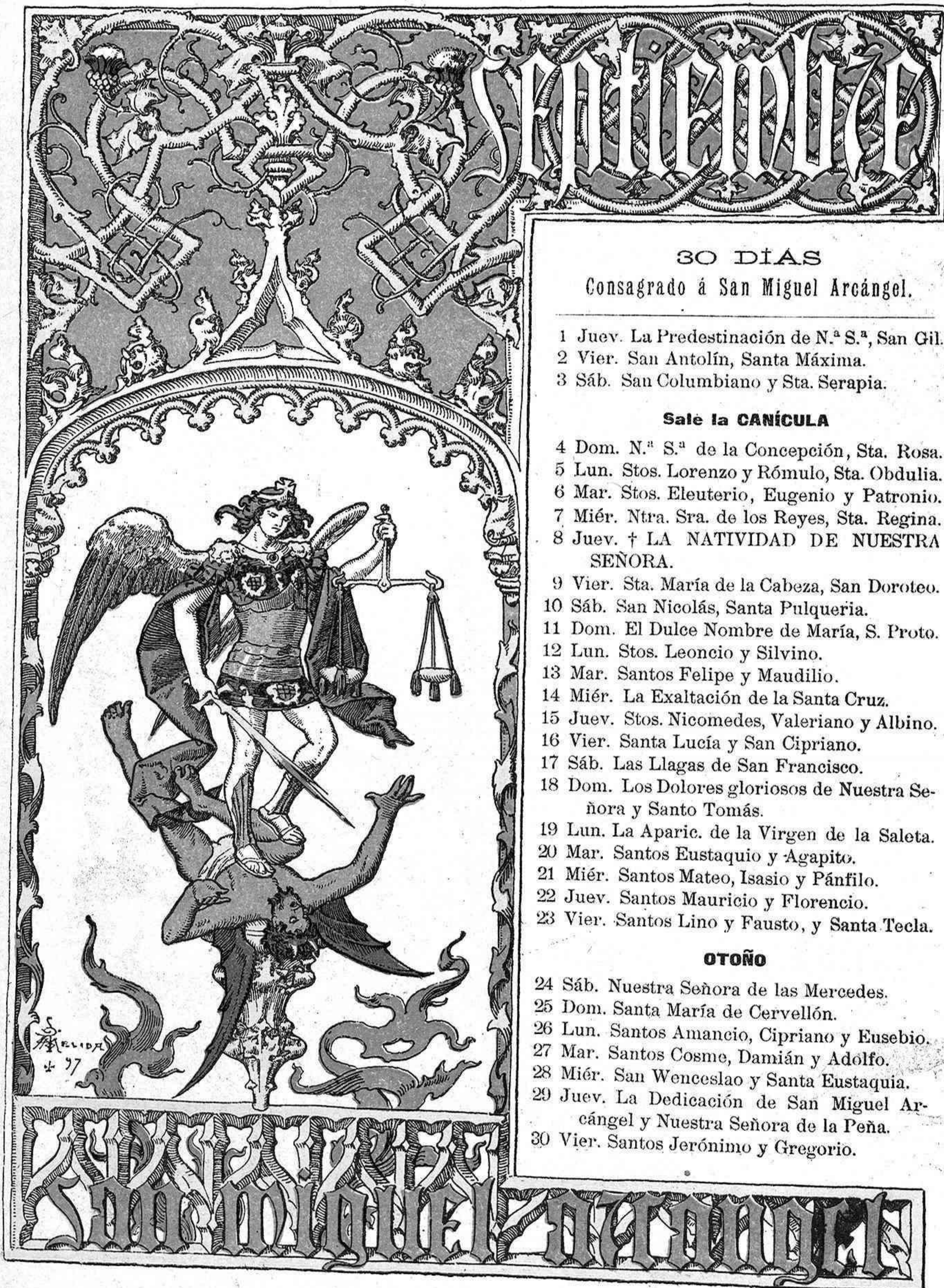
MIGUEL RAMOS CARRIÓN

LA PARRA

Apólogo.

Los dorados racimos de una parra,
altivos y soberbios,
miraban á las uvas de una viña
con el mayor desprecio.
—No queráis compararos con nosotros,
decían altaneros,
observad la marcada preferencia
con que nos trata el dueño.
Vosotros, á la orilla del camino,
humildes y rastreros,
del polvo de la sucia carretera
estáis siempre cubiertos.
Nosotros con dosel de verdes hojas,
regalados y frescos,
en apiñadas perlas transparentes
dulce jugo ofrecemos.





SEPTIEMBRE

30 DÍAS

Consagrado á San Miguel Arcángel.

- 1 Juev. La Predestinación de N.ª S.ª, San Gil.
- 2 Vier. San Antolín, Santa Máxima.
- 3 Sáb. San Columbiano y Sta. Serapia.

Salé la CANÍCULA

- 4 Dom. N.ª S.ª de la Concepción, Sta. Rosa.
- 5 Lun. Stos. Lorenzo y Rómulo, Sta. Obdulia.
- 6 Mar. Stos. Eleuterio, Eugenio y Patronio.
- 7 Miér. Ntra. Sra. de los Reyes, Sta. Regina.
- 8 Juev. † LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.
- 9 Vier. Sta. María de la Cabeza, San Doroteo.
- 10 Sáb. San Nicolás, Santa Pulqueria.
- 11 Dom. El Dulce Nombre de María, S. Proto.
- 12 Lun. Stos. Leoncio y Silvino.
- 13 Mar. Santos Felipe y Maudilio.
- 14 Miér. La Exaltación de la Santa Cruz.
- 15 Juev. Stos. Nicomedes, Valeriano y Albino.
- 16 Vier. Santa Lucía y San Cipriano.
- 17 Sáb. Las Llagas de San Francisco.
- 18 Dom. Los Dolores gloriosos de Nuestra Señora y Santo Tomás.
- 19 Lun. La Aparic. de la Virgen de la Saleta.
- 20 Mar. Santos Eustaquio y Agapito.
- 21 Miér. Santos Mateo, Isasio y Pánfilo.
- 22 Juev. Santos Mauricio y Florencio.
- 23 Vier. Santos Lino y Fausto, y Santa Tecla.

OTOÑO

- 24 Sáb. Nuestra Señora de las Mercedes.
- 25 Dom. Santa María de Cervellón.
- 26 Lun. Santos Amancio, Cipriano y Eusebio.
- 27 Mar. Santos Cosme, Damián y Adolfo.
- 28 Miér. San Wenceslao y Santa Eustaquia.
- 29 Juev. La Dedicación de San Miguel Arcángel y Nuestra Señora de la Peña.
- 30 Vier. Santos Jerónimo y Gregorio.



SAN MIGUEL

ELIDA
* 97

OCTUBRE

31 DIAS

Consagrado al Santo Angel Custodio.

- 1 Sáb. El Santo Angel Custodio de España y San Remigio.
- 2 Dom. Nuestra Señora del Rosario.
- 3 Lun. Santos Dionisio, Fausto y Cándido.
- 4 Mar. San Francisco de Asis y Santa Aurea.
- 5 Miér. Santos Froilán, Atilano y Plácido.
- 6 Juev. Santas Sabina y Fe, y San Feliciano.
- 7 Vier. Sta. Justina y Stos. Sergio y Marcos.
- 8 Sáb. Santa Brígida y San Demetrio.
- 9 Dom. Nuestra Señora de la Cinta y San Dionisio Areopagita.
- 10 Lun. Santos Francisco de Borja, Paulino y Florencio.
- 11 Mar. Santos Nicasio, Germán y Plácido.
- 12 Miér. Nuestra Señora del Pilar y Nuestra Señora del Remedio.
- 13 Juev. Santos Eduardo, Marcial y Daniel.
- 14 Vier. Santos Calixto, Bernardo y Evaristo.
- 15 Sáb. Santa Teresa de Jesús y Santa Tecla.
- 16 Dom. Santos Florentino y Ambrosio.
- 17 Lun. Santa Eduvigis y San Mariano.
- 18 Mar. Santos Lucas, Julián y Justo.
- 19 Miér. San Pedro Alcántara y Santa Rosina.
- 20 Juev. Santos Caprasio y Juan Cancio.
- 21 Vier. Santa Úrsula y San Hilarión.
- 22 Sáb. Santa María Salomé y San Marcos.
- 23 Dom. Santos Servando, Pedro Pascual y Severino.
- 24 Lun. Santos Rafael Arcángel y Martín.
- 25 Mar. Santos Frutos, Crisanto y Crispín y Santa Daría.
- 26 Miér. Santos Evaristo, Luciano y Marciano.
- 27 Juev. San Vicente y Santa Sabina.
- 28 Vier. Santos Simón y Judas Tadeo.
- 29 Sáb. Santos Narciso y Pablo y Sta. Eusebia.
- 30 Dom. Santa Cenobia y San Claudio.
- 31 Lun. Santos Urbano y Quintín.



NOVIEMBRE

OCTUBRE

El mes de Octubre mi mes.
No es famoso, ni es ilustre
cual Mayo; pero es simpático
y dulcemente transcurre.
Por ser principio de otoño,
algunos poetas cursis
le tratan mal, sin razón,
en rimas llenas de embustes
Aun no están los campos secos
y son los cielos azules.
El sol da dulce calor
y no quema con su lumbre.
Aun no está blanca la Sierra
ni el viento furioso ruje,
y brisas ligeras traen,
en vez de nieve perfumes
Si las copas de los árboles
pierden su verde y su lustre
con su ropaje amarillo
nuevas bellezas descubren;
que al fin el color del oro
es el que á todos seduce.
Algunas hojas caídas
recuerdan á los que sufren
los desengaños que llegan,
las esperanzas que huyen;
¿pero no es triste que á un mes
inocente se le acuse
de las culpas de los años,
porque ya se hizo costumbre?
De la vida en los albores,
cuando hay arranque y empuje,
todo el año es primavera
llena de flores y luces;
mas cuando ya se ha subido
fácilmente hasta la cumbre
y se principia á bajar,
para no caer de bruces,

despacio, con desaliento
y cansancio y pesadumbre,
otoño es Abril y es Mayo
como Noviembre y Octubre.
Los que padecen del pecho
y tosiendo se consumen,
contemplan caer las hojas
con mortales inquietudes,
porque ellas son de su fin
próximo presagio lúgubre;
mas también mueren las gentes
sin que las hojas lo anuncien,
en Enero, de un catarro
que se cuele de matute,
en Julio de insolación
ó de un choque en algún túnel,
y en Abril de una cornada
de algún berrendo del Duque.
Gocemos, pues, de la vida,
porque aun nos ofrece Octubre
horizontes y alegrías
de paisajes andaluces.
Aun no están los campos secos
y son los cielos azules,
y de la hierva sin nieve
nos trae el aire perfume.
¡Qué importa que al caer la tarde,
cuando el sol sereno se hunde
y corre para dormir
su cortinaje de nubes,
nubes de melancolía
nuestras alegrías turben!
Siempre es la tristeza amarga,
abruma, hiere y destruye;
pero cuando no es profunda
la melancolía, es dulce.

MIGUEL ECHEGARAY



Millas

La parisiense.

NOTAS AL VUELO

Á mi distinguido amigo el notable pintor D. Carlos Vázquez.

He aquí un asunto que no puede tratarse sin apasionamientos.

Para hablar de la parisiense de un modo «fuerte y definitivo», como quiere Zola que las páginas se escriban, sería indispensable la tan recomendada imparcialidad de Tácito, ó, cuando menos, haber alcanzado los respetables años de M. Legouvé, decano de todas las academias existentes, ó quizá hallarse espléndidamente provisto de las tres condiciones que Danton exigía para aniquilar á los enemigos del pueblo: ¡Audacia, audacia y siempre audacia!

Hacer el retrato de la parisiense sin poseer ninguna de esas tres cualidades es trazar un boceto borroso de un original movable, infinito en matices y de aspectos múltiples.

Cuando Montaigne encontró la esencia de su filosofía y escribió que el hombre es un sér ondeante, vario, diverso é inconstante, no cabe duda que su espíritu no se apartó ni un ápice de la parisiense de su época, que debía de ser idéntica á la parisiense actual.

Pero dejemos á un lado la erudición económica, y procedamos metódicamente.

En primer lugar existen: la parisiense de París, la parisiense de provincias y la parisiense de otra región cualquiera del planeta, aun cuando ésta sea el cabo de Buena Esperanza. El parisienismo es cosa que se adquiere. Es corriente ver morenitas del color del chocolate Menier, que se tienen por más parisienses que madames Réjane ó Ivette Guilbert.

París está dividido, administrativamente hablando, en veinte

distritos y en muchos más barrios, lo cual da lugar á otras tantas variedades de parisienses: las de Montrouge (vecinas mías), las de Batignolles, las de Montmartre, las de la Villette, etc., etc.

Las profesiones imprimen también carácter á la parisiense. El *chic* de una modista de sombreros se distingue del *chic* de otra ídem de *robes et manteaux*; los andares de una *brocheuse* difieren de los de una *blanchisseuse*, y éstos, á su vez, tampoco se parecen á los de una *vendeuse* del Louvre ó de *La Samaritaine*.

Carlos VAZQUEZ



Para descubrir todos estos pormenores es indispensable ser observador perspicaz, tener ojos de lince. Si la visual no se afila desaparecen los contornos, y puede incurrirse en el error grosero de confundir la vendedora de un almacén de calzado con una futura profesora en partos (*élève sage-femme*), ó con una telefonista de la Bolsa.

En estas notas se habla sólo de la parisiense «autóctona».

Autónomas todas lo son.

* * *

Dejando á un lado los caracteres individuales, hay otros generales, que convienen á todas las parisien- ses, desde la «princesa altiva» del *faubourg*, hasta la frugal obrera que se viste con un retazo de percal y almuerza espléndida y sibaríticamente, por 60 céntimos, en los restaurantes económicos. Veamos algunos de aquellos rasgos.

La parisiense anda de prisa, diríase que vuela (este detalle lo consignó ya Zola en uno de los volúmenes de sus monumentales *Rougon*, yo me he limitado solamente á comprobarlo); saluda, sonríe y se coge el vestido en tiempo seco y lluvioso de una manera monísima, agradabilísima y distinguidísima; su voz cautiva, atrae, arrebatada y desvanece, estéticamente hablando. Los órganos bucales de estas señoritas merecen todos los elogios imaginables y todas las reflexiones imaginables también. Si fuera dable colocar la garganta de una parisiense en la humanidad de una gentil valenciana de ojos soñadores, podría verse realizado el ideal de las perfecciones físicas femeninas.

Pero si las parisien- ses hablaran como las catalanas, las compañías de ferrocarriles no ingresarían tan gruesos dividendos, quebrarían los modistos de la *rue de la Paix* y ocurrirían otras catástrofes análogas. Un amigo mío tuvo, ó mantuvo relaciones honestas con una joven á quien ningún encanto exterior adornaba. Yo le veía desvivirse por ser grato á su futura dama: madrugar, desvelarse, quebrarse la cabeza; él mismo se maravillaba de que la muchacha le sedujera de tal modo; hasta que, por fin, dió con la razón de su amelonamiento: la parisiense aquella hablaba con voz de sirena, y mi buen compañero, al encontrarse junto á ella, perdía el uso de todos los sentidos, excepto el del oído.

Sin escucharlas no es posible formarse idea de la melodía con que las vendedoras de pasteles rancios cantan en las ferias:



—*Choisissez, messieur et mesdames.*

A cada palabra, á cada sílaba, á cada letra, acompaña su matiz correspondiente.

La garganta de la parisiense es un instrumento músico de la delicadeza más exquisita y refinada. ¡Oh, señoritas amables, de cuántos servicios las sois deudoras!

*
* *

La parisiense es bien educada, entendiendo por tal el empleo adecuado y acertado de las maneras exteriores, á las cuales todo lo subordinan. El buen gusto, los límites de lo legítimamente admitido y admisible, son cosas innatas en las doncellas de París. El menor desliz, la libertad menor en la *tenue* y en los modales las contrarían, é incontinentí profieren sus observaciones, generalmente con dulzura:

—*Monsieur ça n'est pas poli.*

Pero como las fórmulas predominan sin que la esencia subsista, la *politesse* adolece de un grave defecto: es puramente gutural, lo mismo que la amabilidad.

Que la molestia ocasionada ó la palabra oída excedan en un milímetro lo tolerable, y se verá que las bien templadas cuerdas bucales producirán al punto los inarmónicos sonos de una guitarra con las cuerdas flojas.

Si á cualquier mortal se le ocurre dar las buenas tardes ó las buenas noches á una joven interesante (y no escasean), después de propinarse la carrera necesaria para colocarse á la par, oirá las siguientes palabras, suavemente y con extrañeza moduladas:

—*Monsieur, vous vous trompez.*

Ó se le dirigirá una mirada severa, una mirada de esas que arrebañan, ó será acogido con una sonrisa angelical; mas ¡ay! de un agelicalismo ya agostado de puro uso.

*
* *

Néstor Roqueplan, antiguo *figarista*, hombre competentísimo en toda clase de femenismos, y parisiense hasta la médula, de tal modo que en medio de los bosques de Fontainebleau sentía la nostalgia de los no muy frondosos árboles del boulevard Montmartre, bautizó con el nombre de *parisina* el espíritu y la naturaleza peculiares á la parisiense, algo así como un perfume que se mantiene encerrado dentro del recinto de la gran capital.

Yo creo que ese espíritu existe vivo y palpitante, y que el nombre, y hasta el número de sílabas de la palabra, le convienen á maravilla. Descúbrese lo mismo en las damas suntuosamente ataviadas con sombreros de doscientos francos, de las famosas modistas Fournier ó Doucet, que en las muchachas que emplean tres ó cuatro en los suyos; lo mismo en la obrera que tiritita de frío en la imperial del ómnibus para llegar puntualmente á su taller, que en la dama que luce sus galas reclinada en un elegante carruaje de Labourdette ó Binder. Definirlo y analizarlo no es posible en unas notas ligerísimas y superficiales. No se descubriría en las psicologías cosmopolitas de Bourget, menos aún en el teatro y en los libros de Abel Hermant, en los cuales creo que se calumnia á la mujer francesa, algo acaso en las novelas de Marcelo Prevost, un moralista que desmoraliza como un condenado.

Aparte del senador Bérenger, por otro nombre llamado el «padre del pudor», y alguno que otro espíritu rezagado, la parisiense tiene más apologistas que vituperadores. En el periódico, en el libro, en la escena y en las conferencias, de que los ex concejales hacen su especialidad, todo es incienso y mirra para las perfecciones físicas y morales de las damas.

La mujer francesa es influyentísima. En las elecciones académicas su predominio es indudable. Quien aquí aspire un día á ser uno de los cuarenta, debe principiar su labor por ser grato á determinadas señoras. Sin el concurso de éstas no hay académico posible, y así se explican los continuos fiascos de Zola, el cual las es odioso en grado supremo.

Un feminista favorecidísimo y admiradísimo de las damas es Mr. Henry Fouquier (*Colomba*). Monsieur Fouquier es hombre de misericordia extraordinaria para todos los pecados grandes y chicos de sus clientes; *seulement* sus tragaderas son tan amplias, su manga es de proporciones tan descomunales, que es más que probable que tanta indulgencia le desacredite, cosa que constituirá la desesperación de su delicado público. Las doctrinas morales de *Colomba* no pueden exponerse sin echar mano de toda suerte de perífrasis y circunloquios.

*
* *

Estas señoritas son más alegres que unas castañuelas; pero necesitan una alegría alborotada, violenta y ruidosa. El contento plácido las aburre y desespera. Todo lo olvidan ante la *rigolade*. Un día á la semana saborean los estremecimientos trágicos del *Ambigu* y se conmueven infantilmente ante los recursos teatrales más sobados. El patrón de Eugenio Sué y D'ennery goza hoy de tanto crédito como en tiempo de Luis Felipe, que lo vió nacer.

Como la religión, si es algo austera, aunque lo sea poco, las atemoriza, algunos escritores, deseosos de prestar un servicio á su país, buscan hace tiempo la fórmula de un cristianismo suave, templado y atenuado, que consienta adoctrinarse y buscar la norma de vida, al mismo tiempo que en la *Imitación de Cristo*, en las páginas de la *Vida parisiense*: un cristianismo novísimo, cuyo culto acaso se inaugure con la Exposición de 1900.

HISTORIA DE UNAS ERRATAS



EL cajista que yo tenía hace cuatro años era un pobre viejo, el cual había dado en la gracia de leer lo que no había escrito. Esto, unido á lo mucho que le temblaba el pulso, acababa de completar la fiesta: pues más de cuatro veces llevaba la mano al sitio donde estaba la *y*, y se le iba á otro donde estaba la *g*; figúrese el lector si era cosa de confiarle ciertas palabras.

Ocurrióme entonces escribir un drama, lo llevé á la imprenta y cayó en la jurisdicción del cajista. Teniendo que ausentarme por unos días, confié á otro la corrección de pruebas. Cuando volví, lo primero que hice fué dirigirme á la imprenta. Allí me dijeron que la edición estaba corriente. ¡Qué satisfacción! Llego á mi casa, pido la llave de mi cuarto, desempaqueto mis dramas, tomo uno en la mano, lo hojeo con avidez, y... ¡qué horror! Lo primero que veo es una errata como un camello. *El nuevo Pilatos, drama en cinco actos...* ¡Este no es mi drama!, exclamé: el título era *Pilades...*; pero sí, mi drama es, porque mi nombre está aquí... ¡Gran Dios! ¿Cómo se le ha escapado á mi amigo un erratón semejante? ¡Mire usted que tiene bemoles! ¡Ay! ¡¡¡Cajista de los demonios!!!—*La escena representa un contrabajo...* ¡Santo Dios! *Con puerta en*

el forro.—¡Virgen de los Desamparados! ¿Si habré escrito algún desatino en el original?... Pero no... Bien claro dice aquí *un cuarto bajo con puerta en el fondo...*—*Larra perece en el tocador...* ¿Qué demonios es esto? Aquí me han puesto *Larra* en lugar de *Laura*, y *perece* en vez de *aparece*. Pues no digo nada con lo que sigue detrás...—*Esquina primera, Laura y Estola.*—Pase lo de *Estola* por *Estela*, porque al cabo todo es una *o* por una *e*, pero *jesquina* en lugar de *escena*! Es cosa de colgarse un autor. Está visto: mi cajista estaba excomulgado en la composición de esta página. Veamos otra. Abrí el drama por donde primero me ocurrió, y al ver en la primera línea *Mis rivales son machos*, en lugar de *son muchos*, no tuve ánimo para proseguir leyendo aquella plana, y busqué otra. Aquello era otra cosa; ¡qué corrección! ¡Qué esmero! Mi amigo había intervenido allí... Pero ¿qué diablos dice este último verso?

«En este torreón, amada mía,
estaremos seguros contra incendios...»

El original decía *contra ciento*, y en esta palabra consistía, á mi modo de ver, el éxito del primer acto. Júzguese si me quedaría mortal al ver una alteración tan monstruosa. Y así seguía todo el drama, plagado de tantos y tan formidables, desatinos, que era imposible leerlo. *Tapones* en vez de *te opones*; *hacer puertas* por *hacer apuestas*; *serrar los palos de la ventana* por *cerrar los pasos de la ventura*; *calderos y cirios* en lugar de *caldeos y asirios*... Aquello era una Babilonia, sin contar, por supuesto, las comas omitidas, los puntos fuera de lugar, las letras vueltas al revés, las líneas mal regleteadas, etc. Pero lo que más me indignó fué el final del último acto. Decía así el protagonista al expirar, es decir, en el manuscrito, que en el impreso no había semejante cosa:

«Adiós, amigo... El tósigo me dice
que la vida se acaba... ¡Amigo mío!
Ven á mis brazos, ven... Muero contento,
porque muero por ti... Sudores fríos

corren ya por mi frente... ¡Ay! ¡Qué sudores
tan terribles, gran Dios!... Ese abatido
aspecto que me muestras... ¡Ay! Yo muero...
y me dan... movimientos... convulsivos.»

El final no podía ser más patético, ni podía retratar mejor la agonía de un envenenado. ¿Y qué es lo que hizo el cajista?

«Adiós, amigo... El tósigo me dice
que la viuda se acaba... ¡Amigo mío!
ven á mis brazos... ven... Muero con tiento,
porque muero por ti... Sudores fritos

corren ya por mi frente... ¡Ay qué asadores
tan terribles, gran Dios! Ese abanico
abierto que me muestras... Ay, yo muero...
y me dan... movimientos... con bolsillos...»

CAE EL TELÓN.»

J. DÍAZ JIMÉNEZ





NOVIEMBRE

Ya se cuaja la nieve en las montañas,
las campanas con lánguido volteo,
con quejidos de bronce, nos anuncian
¡que es el mes de los Santos y los muertos!
¡Mes fatal, que apareces en el año
lo mismo que la sombra de un espectro,
¡frío!, inmutable imagen de la muerte,
burlador de esperanzas y deseos!
Con tus tardes penosas y sombrías,
con un sudario gris se tiñe el suelo.
¡Ni una hoja en los árboles del parque,
ni un resplandor en el nublado cielo!
¡Lívido amanecer, noches lluviosas!
¡Horas de interminables desconsuelos!
¡Mes fatal!, tu careta impenetrable,
con su mueca de risa, me da miedo.
Eres tal vez imagen de mi vida,
de mi pobre destino fiel espejo;
memorial de mis muertas esperanzas,
de mis antiguas dichas débil eco.
¡Ah! yo también cuando al nacer el año,
al vibrante sonar de los panderos,
los felices cantaban y reían,
canté también y me reí con ellos.
Era la loca juventud, la nave,
favorecida por el mar y el viento,
que dejaba la costa, y orgullosa,
dirigía la proa mar adentro.
¡No piensa en los peligros quien bien ama,
y el que piensa triunfar, no tiene miedo!
Era mi carne, carne de pelea,
y á todo amor mi corazón dispuesto,
pasó de mano en mano, como pasa
el juguete de un chico en el colegio.
Y tuve mi florida primavera,
de verdes campos y de hermoso cielo.
¡Primavera del alma, pues me tuvo
su pecho de alabastro prisionero!
¡Allí dejé las flores de mi dicha
y dejé lo mejor de mis ensueños!
Amé con un amor sin desengaños,
como se adora en el amor primero.
Después llegó el verano de mi vida,
y amé y creí con entusiasmo ciego
en esa excelsa plenitud del alma,
donde todo cariño es luz y fuego.
Llegó el otoño al cabo. Todo llega;
y al fin de la jornada, sin alientos
mirando cara á cara hacia la muerte,
tan sólo en ella y en su paz espero.

.....
¡Mes de Noviembre! Triste remembranza
y espejo fiel de mi pasado incierto,
tu pasarás y morirás, y en tanto,
á la tierra vendrán gérmenes nuevos;
cuando toquen á muerto las campanas
la vida invadirá los cementerios,
y promesas y risas y canciones
oirás vibrar en el dormido viento;
de nuevo volverá la primavera,
como á los labios el ardiente beso;
huirá el sudario de manchones grises;
la roja luz alumbrará de nuevo,
y otra vez latirán los corazones
con nuevas esperanzas y deseos.
La muchedumbre clamará egoísta
con acento burlón *paz* á los muertos,
mientras tranquila la creación prosigue
su eterno incontrastable movimiento.

.....
Náufrago de los mares de la vida,
como nada ambiciono y nada espero,
¡mes fatal, tu careta impenetrable
con su mueca de risa me da miedo!

MANUEL PASO





30 DÍAS

· Consagrado á las almas del Purgatorio.

- 1 Mar. † LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS, Santos Benigno y Cesáreo.
- 2 Miér. La Conmemoración de los Difuntos, Santos Justo y Jorge.
- 3 Juev. Santos Valentín, Hilario y Teófilo.
- 4 Vier. San Carlos Borromeo.
- 5 Sáb. San Zacarías y Santa Isabel.
- 6 Dom. Santos Leonardo y Severo.
- 7 Lun. Santos Herculano y Florencio.
- 8 Mart. Santos Severiano y Severo.
- 9 Miér. Santos Teodoro y Sotero.
- 10 Juev. Santos Aniano y Demetrio.
- 11 Vier. Santos Martín y Bartolomé.
- 12 Sáb. Santos Martín, Millán y Paterno.
- 13 Dom. Santos Estanislao y Eugenio III.
- 14 Lun. Santos Serapio y Lorenzo.
- 15 Mar. Stos. Eugenio I, Leopoldo y Leoncio.
- 16 Miér. Santos Rufino, Marcos, Edmundo y Federico.
- 17 Juev. Santos Acisclo Dionisio y Gregorio, y Santa Victoria.
- 18 Vier. Santos Román y Máximo.
- 19 Sáb. Santa Isabel y Santos Ponciano y Crispín.
- 20 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora y San Félix de Valois.
- 21 Lun. Santos Esteban y Honorio.
- 22 Mar. Santa Cecilia y San Filemón.
- 23 Miér. San Clemente y Santa Lucrecia.
- 24 Juev. Santos Juan de la Cruz y Crisógono.
- 25 Vier. Santa Catalina y San Gonzalo.
- 26 Sáb. San Pedro Alejandrino.
- 27 Dom. *I de Adviento*.— San Virgilio.
- 28 Lun. Santos Gregorio III, Esteban y Urbano.
- 29 Mar. Santa Iluminada y San Saturnino.
- 30 Miér. Santos Andrés y Constanco.

INVIerno

31 DIAS

Consagrado á la Inmaculada Concepción.

- 1 Juev. Stos. Eloy y Casiano y Sta. Natalia.
- 2 Vier. Santas Bibiana, Elisa y Aureliana.
- 3 Sáb. Santos Francisco Javier y Casiano.
- 4 Dom. *II de Adviento*.—Santa Bárbara.
- 5 Lun. Santos Sabas, Dalmacio y Julio.
- 6 Mar. San Nicolás de Bari y Santa Leoncia.
- 7 Miér. Stos. Ambrosio, Policarpo y Urbano.
- 8 Juev. † LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, Patrona de España.
- 9 Vier. Santa Leocadia y San Restituto.
- 10 Sáb. Ntra. Stra. de Loreto, S. Hermógenes.
- 11 Dom. *III de Adviento*.—San Dámaso.
- 12 Lun. Nuestra Señora de Guadalupe.
- 13 Mar. Santa Lucía y San Orestes.
- 14 Miér. Santos Nicasio, Justo y Abundio.
- 15 Juev. Santa Cristina y San Eusebio.
- 16 Vier. Sta. Adelaida, Stos. Valentín y Eugenio.
- 17 Sáb. Santos Franco de Sena y Lazaro.
- 18 Dom. *IV de Adviento*.—Ntra. Sra. de la O.
- 19 Lun. Sta. Fausta, Stos. Nemesio y Timoteo.
- 20 Mar. Stos. Domingo de Silos y Teófilo.
- 21 Mier. Santos Tomás y Temístocles.

INVIerno

- 22 Juev. Santos Demetrio y Zenón.
- 23 Vier. Santa Victoria, San Sérvulo.
- 24 Sáb. Sta. Tarsila, Stos. Gregorio y Delfino.
- 25 Dom. † LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, Santa Anastasia.
- 26 Lun. *La Infraoct. de la Natividad del Señor*.—Santos Esteban, Marino y Dionisio.
- 27 Mar. San Juan y Santa Nicereta.
- 28 Miér. La Degollación de los Santos Inocentes, Santa Teófila y San Cesáreo.
- 29 Juev. Santo Tomás Cantuaniense.
- 30 Vier. La Traslación de Santiago.
- 31 Sáb. San Silvestre y Santa Columba.



La Natividad de n. s. Jesucristo

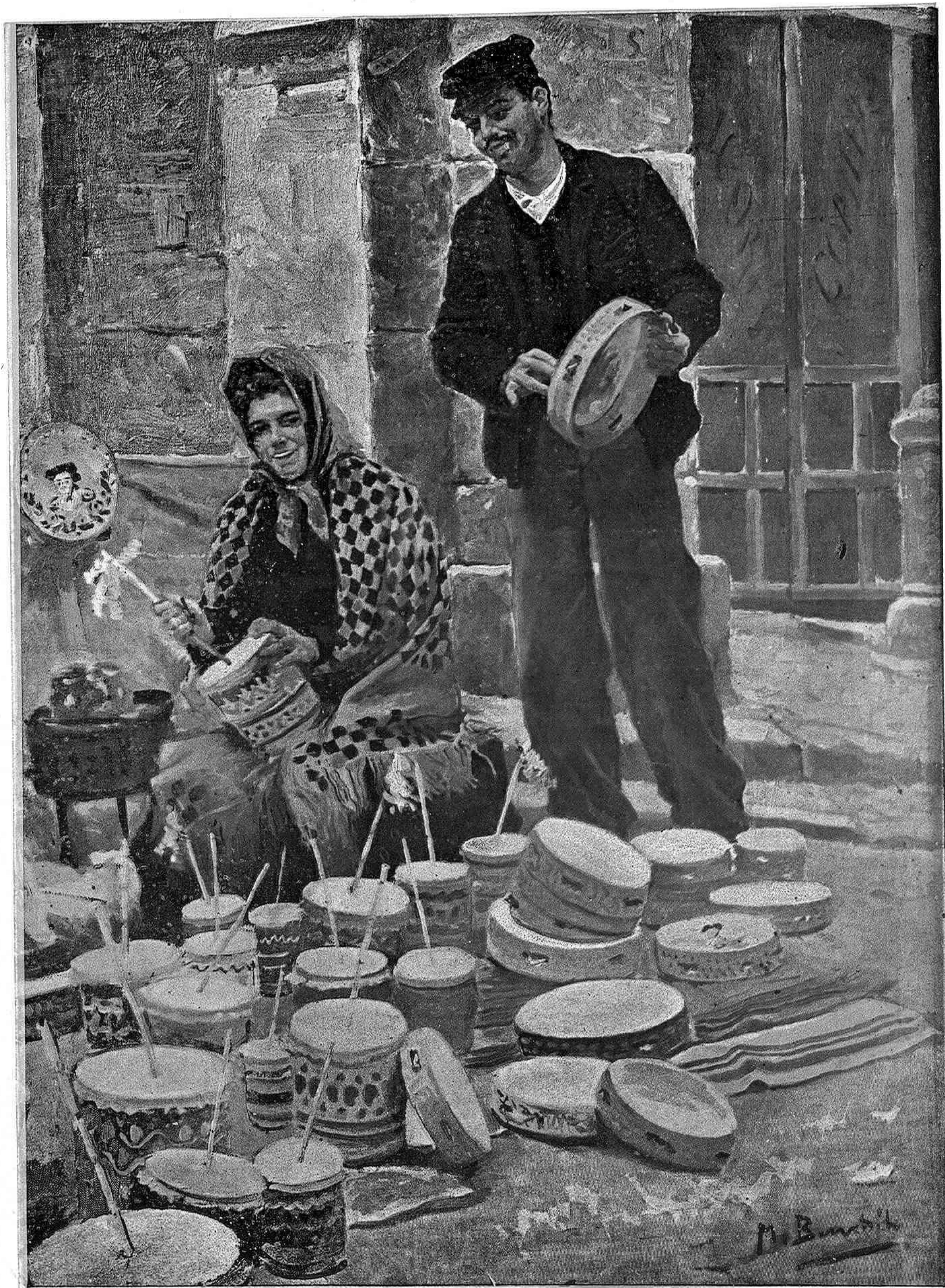


DICIEMBRE

Del empinado monte
la leñadora con su carga vuelve,
con la raída saya hecha pedazos,
salpicada de nieve.
El ramaje la hiera las espaldas
y los miembros el frío la entumece,
y los pies la destrozan los gujarros,
y el vendaval la azota brutalmente.
Ruedan las nubes cárdenas, macizas,
cubriendo al sol, que en el ocaso muere;
la densa niebla del barranco sube,
de las montañas el alud descende
y en la triste campiña solitaria,
donde reina el silencio de la muerte,
no se escuchan canciones de gañanes,
susurro de hojas, ni rumor de fuente...
y allá va la mujer hacia la aldea
para vender su carga... si la vende,
y lleva: á las pobres criaturas
que en su choza la aguardan, pan y leche.
Se la figura ver á sus chiquillos
junto al hogar, sin lumbre y sin aceite,
hambrientos, ateridos, haraposos,
diciendo con terror: «¡Madre no viene!»
y olvida sus fatigas, y quisiera
devorar el espacio. De repente,
al volver un recodo, allá, muy lejos,

divisa la ciudad, que se aparece
con su nimbo de luz, sus altas torres,
sus palacios de enhiestos capiteles.
Y piensa que á tal hora los lacayos
en los salones las alfombras tienden,
preparando la fiesta; que los coches,
en rodar incesante van y vienen,
llevando señoronas elegantes
entre la multitud que se divierte,
celebrando la Paseua
con tambores, zamponas y rabeles;
adivina de orquestas misteriosas
vibrantes notas, mágicas y alegres;
la trae el viento aromas y rumores
de orgías y banquetes
y mira á la ciudad. La mira airada,
y con rabia al marchar hunde la nieve...
No maldigas á nadie, leñadora,
no llores, no murmures, no blasfemes,
y anda aprisa á llevar á tus hijuelos,
hambrientos y desnudos, pan y leche.
Que á redimir el mundo
vino Jesús, naciendo en un pesebre,
y también tuvo sed, y frío, y hambre...
¡y era el hijo del Dios Omnipotente!

SI.ESIO DELGADO



Impreso REVISTA MODERNA

PANDEROS Y ZAMBOMBAS—CUADRO DE M. BENEDITO

Fotog. tricolor Mateu.—Madrid.

EL TEJER DE LA COMADRE

Cuento original.

I

Casi siempre, el hombre que piensa y sueña suele enlazar la última idea que despierto concibió con la primera fantasía que dormido le asalta.

Juan era pensador y soñador.

Acostóse el día último del pasado año meditando en la idea difusa que suele ocurrir al entendimiento humano cuando reflexiona acerca del profundo secreto de la vida.

Pronto se lanzó de la cama, atormentado por lo punzante de las incontestables interrogaciones que brotaban de su mente y de su conciencia.

Salió de casa, corrió vertiginosamente por las calles, vióse fuera de la ciudad en medio de los campos, vagó por ellos, subió por abruptas alturas, descendiendo luego á profundos abismos para emprender bien pronto nuevas, trabajosas y difíciles ascensiones, y llegó de pronto cerca de una tétrica y lóbrega caverna, y en ella, sin darse cuenta, penetró.

Aquella noche última del mes de Diciembre había andado la Comadre muy afanosa é inquieta, caminando por el mundo para arreglar sus últimas cuentas con el moribundo año; bajo sus escuálidos brazos de esqueleto y oculto entre los pliegues de su blanco sudario, llevaba un negro libro cerrado con prieto pasador de hierro, como cerrojo de un calabozo ó de un ataúd.

En torno de la terrible segadora de cabezas revoloteaban murciélagos vampiros de picudas alas.

Juan comprendió que aquella espantable figura era la Muerte.

Corría aquel fantasma, corría con celeridad; mas cuando se oyó dar á un reloj la hora primera del nuevo año, detúvose la Comadre y entró luego en la caverna, en su avérrico cubil, y sentándose en el suelo fangoso y pedregoso de aquel lugar, emprendió una extraña maniobra, moviendo de continuo sus secas manos y agitando sus agudísimos dedos, cual si se entretuviera en tejer ó destejer enmarañada red de hilos invisibles.

Juan, el audacísimo Juan, se atrevió á penetrar allí...

Ante la Comadre se hallaba.

—¿Qué afán más necio!...—pensó el mozo...—Está visto: no es la Muerte más que una loca envidiosa de la vida.

Aterrado y confuso, con la mente nublada por las dudas y oprimido por el miedo su corazón, Juan miraba después el teje maneje incesante de la Parca, ¡de la destructora y devoradora del tiempo! ¡Tragona insaciable!

Juan, que había salido de su casa á la ventura, no tuvo por buena la que le había fatalmente impelido en su marcha hasta hacerle dar con aquel siniestro encuentro... ¡Sin duda siniestro!

Negras sombras envolvían á la abuela de todos los abuelos y en ellas resaltaba con fosforescente brillo su imponente y trágica figura.

—¿Dónde vas? ¿Qué te trae aquí?—exclamó la Comadre, agitándose de modo que por él reveló muy á las claras el enojo que la causaba la audacia de aquel pobre Juan Lanás; y al moverse la terrible vieja, dejó ver su cuerpo hueco, formado por seco y duro costillaje, alambrado de una jaula vacía.

¡Allí jamás habían existido entrañas, ni había palpitado un corazón!

—Necio, curioso ó ambicioso..., ¿qué eres?—dijo la Parca.

—¡Señora!...—murmuró Juan.

—¡Cobarde!... ¡Cobarde!... Te llena de pavor verme frente á frente.

—No esperaba...

—En tu loco empeño—prosiguió diciendo la Muerte,—en tu afán de saber ó de buscar fortuna, has caminado con tal irreflexión y tan ciego aturdimiento, que has dado... ¿quién había de decírtelo? has dado, has dado... á tus primeros pasos con la Muerte... ¡Yo, bien lo ves, soy la Muerte!

De la descarnada boca, del vacío de aquellas horribles quijadas salió un soplo de hielo...

A Juan se le erizaron los cabellos.

Como por acción de una corriente fría, el vapor se torna en lluvia; así, al sentir aquel aliento de la Muerte, sintió Juan que brotaba de sus sienes un sudor frigidísimo. La voz de la Comadre hizo que los huesos de Juan chasqueasen y que temblaran sus carnes.

¡Mudo, extático de espanto, ni aun se atrevía á mirar á la vieja esqueletosa!

¡Ah... que en aquel momento, y fuera de aquel espantoso lugar, empezaba la fiesta inicial de un nuevo año!

Las blancas y suaves claridades del alba iban colorándose con brillantes tintas de color de rosa y relumbres de oro fulgentísimos!

Borrábase lentamente en el espacio los caprichosos dibujos de las constelaciones, y estrella por estrella iban apagándose todas las del cielo, como á los sucesivos soplos de los ángeles encargados sin duda de guardar la sagrada luminaria de la noche...

El mismo Dios empujaba al sol para que iluminase la tierra, dando luz esplendorosa al día primero de un nuevo año.

Llegaba de los bosques el variado canto de las aves; llegaba de los Océanos el murmullo dulce y el épico rugiente estruendo de las olas, así de las más apacibles, como de los mares embravecidos; llegaban, por fin, de las ciudades la suave armonía de las plegarias y los gritos de guerra y de triunfo, los cantos del trabajo, los ayes de pasión, el pujante hervor de la vida...

—¡Profano!... Llegas por tu dicha en un solemne día de bienaventuranza... No quiero ser cruel durante las horas primeras de un año naciente. Además, trabajé tanto en el año pasado, año de espantosas catástrofes, que te confieso que, aunque soy obrera veterana... me ha fatigado mi faena... ¡Después de todo..., llegas ante mí en el único en que me es dado hacer algún beneficio!... Dime qué quieres.

—¡Señora, yo!...—replicó trémulamente Juan—no me había visto hasta este momento, ni pensé verme jamás... ante una tan elevada persona como vuestra funebriedad... y ni sé... ni me atrevo... ni...

—Déjate de adulaciones y de temores y acaba de hablar de una vez...; luego decís que yo os robo el tiempo... que vosotros perdéis.

—Pues bien—dijo resueltamente Juan,—ya que tengo la suerte de hallarme ante vuestra excelsitud..., diré que soy pensador y soñador... y quiero que vos, señora, que sois más antigua que el mundo..., que sabéis tanto y que habéis destruído y habéis visto nacer y morir y renacer, brotar y secarse, aparecer y desaparecer, y desaparecer tantas cosas y tantos seres... quiero, repito, que me digáis... cuál puede ser la mejor vida...; que si no la hallare buena, preferible es que desde luego os entregue mi garganta para que con vuestra afiladísima guadaña seguéis mi cabeza.

—Por la abrasadora impaciencia que te quema has venido hasta mí—replicó la Comadre,—y te has visto en peligro de perder la existencia... ¡Todos los humanos sois igualmente necios! Espera si sabes esperar. La vida siempre es buena... si se sabe vivir.

—¡Oh, y quién enseña ese arte!

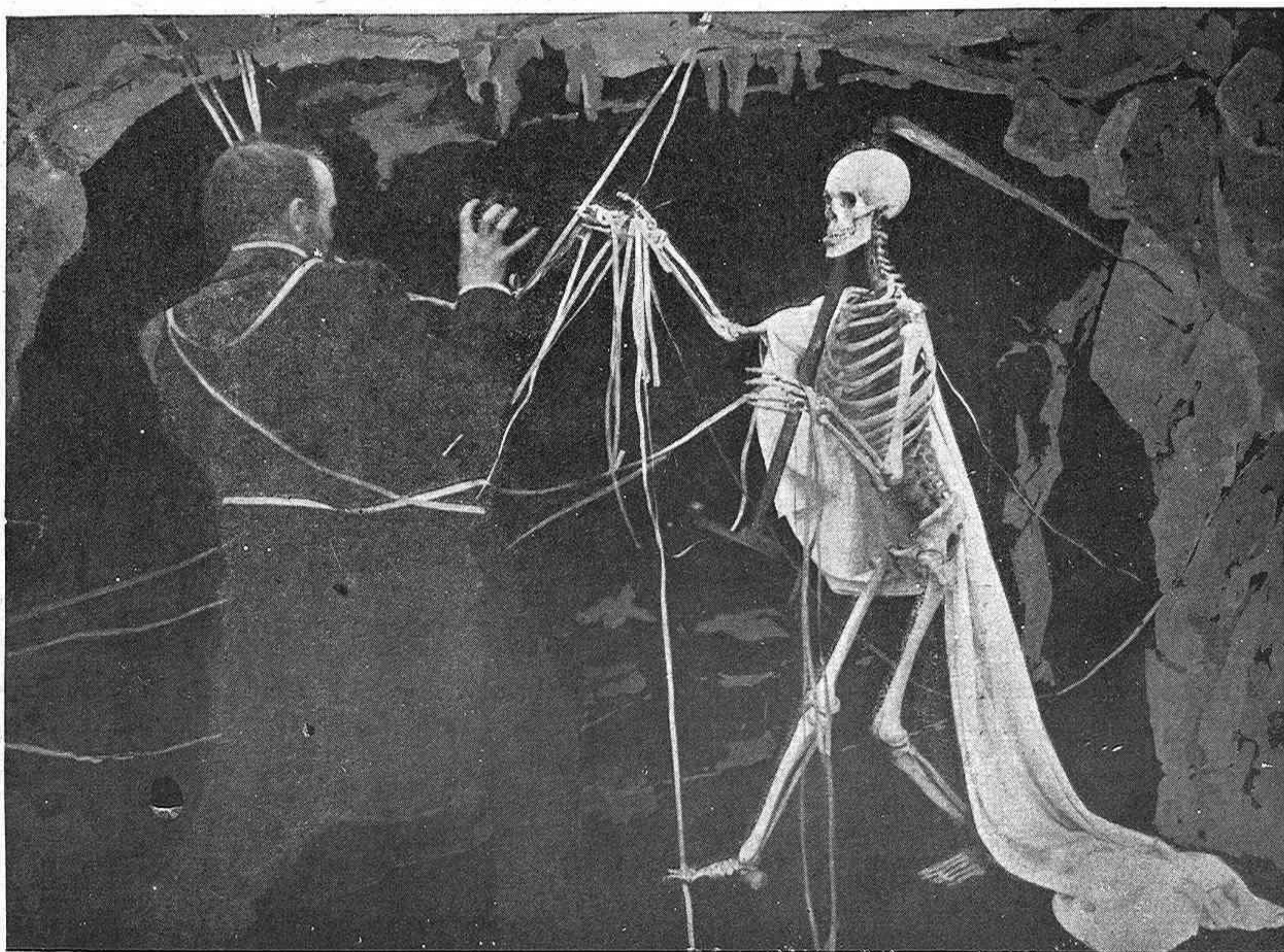
—¿Sabes lo que es la vida?

—Señora, confieso que lo ignoro.

—Pon la mano sobre tu corazón. ¿Qué sientes?—exclamó la Comadre.

—Siento que se mueve con violencia y que golpea mi pecho con violencia, como martillo al yunque.

—Pues bien... voy á revelarte un misterio... Desde tu corazón hasta mis manos viene el hilo de tu vida. Cuando naciste, al cerrarse en tu corazón el agujero botal, quedó arrollado en tu corazón, como al de todos los mortales, ese sutilísimo hilo. Ellos, los tales invisibles hilos, son los que estoy constantemente moviendo desde mi mansión sombría. Durará la vida lo que el hilo durare. Los arrebatados deseos, las locuras y vehemencias pasionales, hacen que tu mismo corazón suelte y gaste la cuerda de la vida; yo pronto recojo y arrollo entre mis dedos. Así, pues, tú mismo, tú mismo, tal vez sin saberlo, vas apu-



rando el hilo de vida y acercándote á mí. Desprende y desarrolla cuerda tu propio corazón en sus apresuramientos y violentísimos sobresaltos. Que tu corazón se ajuste al regulado y bien medido [movimiento normal... No le permitas precipitarse á bruscas rotaciones..., porque yo... yo... cumplo mi severa misión: voy recogiendo la cuerda... Lo que tú desarrollas, yo lío y arrollo... Cuando tu corazón está cerca de mí... corto la cuerda y mueres.

—Señora...

—Nada más me digas... El año empieza y pronto debo de apurar este primer día y tras él otro y otro... y otros años, hasta la medida de un siglo, y siglos y más siglos... ¡Es mi destino eterno!

II

«¡Ah!... ¡qué sueño!... Durante él he creído ver liado á mi corazón un hilo finísimo, como arrollado está el cordelillo de una peonza. He visto á la Muerte como la pintan los poetas en los cuentos de niños.» Dijo Juan al despertarse.

«¡Dios mío!... me esperará Laura... Corro, corro á verla», añadió lleno de impaciencia.

«Primero de año, vida nueva... Tarea diaria, prevenciones de calma y de reposo, proporción y ajuste..., según la marcha del tiempo, la importancia de trabajo... y la inevitable necesidad del descanso.

Sí, esta es la filosofía de la vida.

¿Podré esperar tranquilo la Fortuna, que tal vez no halle, si no llego con ardor á su encuentro?... ¿Podré librarme de las llamaradas de odio que abrasan el corazón? ¿Podré perseguir lentamente la conquista de la gloria que seduce deslumbrante?

¡Ah, no! Nada debo de conceder á los vicios..., son bestias... Pero las pasiones son demonios que impelen al hombre en su vida...; las ilusiones de noble ambición son ángeles que guían al martirio!

¿Quién puede refrenar el deseo irritador de hacer felices á los que ama?... ¿Quién resistirse al sacrificio por el bien, por ilustrar á los que ignoran y socorrer á los que padecen?

Laura... ¿quién dejará de correr desatinado tras de ti hasta hallarte? Gástese la cuerda... Tira de ella y arrolla, arrolla, vieja Comadre, que enlazando los gastados hilos del corazón... bordas la historia de las dichas... y tejes ¡oh, Muerte sagrada! el grandioso progreso humano.

¡Vive, corazón... gasta á impulsos de las pasiones el hilo de la vida!»

J. ZAHONERO

EL FRACASO

Era Luis uno de esos seres en quienes la desgracia se ceba sin compasión.

Y no lo merecía, porque su honradez acrisolada, su talento nada común, eran dignos de mejor premio.

Tenía conocimientos literarios muy profundos; se consagraba al estudio con una asiduidad rayana en el heroísmo, y su

único anhelo consistía en cuidar á su anciana madre, única familia que tenía en el mundo.

La pobre señora, herida de muerte por una afección cardíaca, sabía sobrellevar con santa paciencia sus penas, á pesar de carecer de los cuidados que su enfermedad requería.

En vano buscaba Luis un sitio en donde poder ganar algo; en vano hacía gestiones para que los periódicos le aceptasen algún artículo ó alguna composición; nada conseguía: todas las puertas se le cerraban.

No sabiendo qué registro tocar; no hallando forma posible de salir de aquel caos de desdichas, concibió la idea de escribir una obra para uno de esos teatros que rinden culto al llamado *género chico*.

Puso manos á la obra; se esmeró en el diálogo, y después de quince

días de una labor constante terminó el juguete.

Entonces fué cuando empezó su verdadero *via crucis*. Ignoraba que á la cúspide de la gloria no se llega sino dejando girones de vida en las asperezas del camino.

Fué de empresa en empresa, de director en director; en todas partes obtenía el mismo resultado: ó una negativa rotunda ó un chiste soez de

algún mal cómico elevado á la alta jerarquía literaria de censor de aquello que no entiende.

Al cabo logró, gracias á los buenos oficios de un amigo, que la obra fuese aceptada por la dirección de un teatro de tercero ó cuarto orden.

Se sacó de papeles, se repartió y dieron comienzo los ensayos.

Todos los actores tenían la seguridad de que *aquello* sería un fracaso y ensayaban de mala gana, y nadie se tomaba interés; ¿para qué?... el público *gritaría* de seguro la obra.

Llegó el día del estreno: los carteles anunciaron con letras rojas el título de la nueva comedia; los revendedores tomaron más localidades que de costumbre y la gente de bastidores se relamía de gusto pensando en el fracaso.

Cuando Luis se disponía á ir al ensayo general, sufrió su madre un violento ataque al corazón, y no quiso salir de casa.

Aquella crisis duró hasta cerca de las diez de la noche. Al cabo se mejoró la enferma y el pobre autor salió á escape en dirección al teatro con el natural deseo de conocer el resultado del estreno.

Llegó precisamente cuando el público abandonaba la sala. Quiso indagar la opinión de aquél y se colocó detrás de un grupo de mozalbetes, de esos que se dedican al nuevo *sport* del *pateo*.

Y más le valiera no haberlo hecho, porque lo que oyó era poco agradable.

—¿Has visto, decía uno de ellos, qué disparate?...

—Horrible, respondía el otro; esa obra debe ser de algún *congriso*. ¡Qué chistes, qué versos!...

—Y el desenlace...

—Y las situaciones...

—Yo me he hartado de *patear*.

—Pues yo he roto mi bastón á fuerza de golpes.

—A ése se le quitan las ganas de volver á estrenar.

Todo esto iba sazonado con ruidosas carcajadas y voces no menos ruidosas.





Lo que entonces pasó por el alma de Luis no es para descrito. Apretó el paso y se dirigió á su casa. Subió de dos en dos los escalones, penetró en su destartalada habitación y se dejó caer angustiado en una silla.

La enferma entonces le preguntó con marcado interés, incorporándose en el catre que le servía de lecho, por el resultado del estreno:

—¿Qué tal hijo mío, ha gustado?

—Mucho, respondió éste; ha sido un éxito franco, una continua ovación.

—¡No te lo decía! ¿Ves cómo al fin terminaron nuestros sufrimientos? Y rompió á llorar.

Algunos momentos después caía desplomada para no levantarse más. La alegría la había matado. La mentira de su hijo la había hecho morir feliz.

Luis se avalanzó hacia el cuerpo de su madre, cubrió su rostro de besos, recostó su cabeza en el pecho, aun caliente, de la muerta, permaneciendo así durante algunos minutos.

Entonces, en medio de su dolor, le pareció oír algo así como un cántico celeste algo como un ruido vago en fin, como cuando sube un alma al cielo, y mezclado con estas notas celestiales el ruido estridente de las carcajadas y el bastoneo de aquellos que habían contribuido al fracaso.

Eduardo Montesinos.

UNA PRECIO
PESETA.

